

Serie Fantasia

*Sophie
Saint Rose*

No

más

secretos

No más secretos

Sophie Saint Rose

Patricia al fin iba a conseguir su herencia. Estaba encantada de la vida, porque iba a ser rica. Ahora podía hacer lo que le diera la gana. Cuando su abogado le dijo que tenía que ir a Italia para hacer posesión de su herencia, se dijo que al fin iba a hacer un viaje. Pero a su llegada a Nápoles no se encontró con lo que se esperaba precisamente. Fue bajarse del avión y encontrarse con el hombre de sus sueños. Cuando le dijo que era su esclavo, se lo tomó a risa. ¿Pero quién puede resistirse a su destino?

Indice

[Indice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Patricia se levantó de la cama muy emocionada. Ese día iba a cambiar su vida. Repleta de energía fue hasta el baño bailando porque hoy al fin iba a cobrar su herencia. La herencia que al fin la liberaría del trabajo de mierda que tenía en la fotocopidora. Se miró al espejo y sus ojos verdes brillaban más intensamente y su cabello rubio parecía que tenía el color más rubio y brillante. Hasta sus ondas estaban más marcadas.

—Leche. Qué bien te sienta ser rica —dijo alucinada acercándose más al espejo. El primer día que viviera su año número veintiséis. El día anterior había cumplido veinticinco, así que ese era el primer día de su año veintiséis. Sonrió al espejo y abrió el grifo del agua lavándose las manos para ir a preparar el enorme desayuno que pensaba pegarse. Entrecerró los ojos al ver que sus manos se teñían de azul, pero al ver el agua que caía en el lavabo, la vio transparente. Se extrañó y apartó las manos para poner el tapón pensando que habría algún problema con la cañería, pero el agua era cristalina. Pero sus manos estaban de un azulado algo raro. Qué cosa más rara. ¿Sería algún producto químico que habían echado en el agua? En Nueva York cualquier cosa podía pasar.

Cogió la toalla y fue hasta la cocina secándose las manos. Abrió el grifo del fregadero y el agua salía bien. Se miró las manos y jadeó al ver que la toalla blanca estaba impecable y que sus manos volvían a su color natural. — Madre mía. ¡Con lo bien que iba el día, no me puede salir una alergia!

Nerviosa pidió cita con el médico para después de su encuentro con los abogados. Olvidándose de las manos, le guiñó el ojo al abuelo, que le sonreía desde la foto que tenía sobre la chimenea sentado en su sillón con su espesa barba rubia. Había muerto hacía cuatro años y para su sorpresa en su testamento había especificado que no podía heredar hasta después de cumplir veinticinco años. Fueron unos años difíciles porque los albaceas de su abuelo sólo le pagaban los gastos del piso que tenía en la Quinta Avenida. De su mantenimiento debía encargarse ella y trabajando en la fotocopidora no es que ganara demasiado, así que esos años no había podido permitirse ningún lujo. Pero al fin todo había terminado y era rica. Estaba forradísima y después

de pensarlo cuatro años, tenía decidido viajar por todo el mundo. Iba a tirar la casa por la ventana.

Comió más que normalmente, que ya era decir. Y fue a ducharse después de sacar del armario unos pantalones negros y un jersey de cachemira azul intenso. Era la única ropa que tenía de calidad y no quería desentonar en el despacho de abogados.

Abrió el agua de la ducha mirándola con desconfianza, pero después de quitarse el pijama se metió dentro cuando el vaho invadió el cuarto de baño. Cerró los ojos debajo de la alcachofa de la ducha y extendió las manos hasta el dispensador de champú que tenía delante. Se enjabonó con calma. No tenía ninguna prisa y disfrutó de su primera ducha sin tener que ir corriendo al trabajo. Se dio la vuelta y enjabonándose cantando a pleno pulmón “My way” de Frank Sinatra y se le metió algo de jabón en los ojos. Cerrándolos gimió porque dolía. Alargó la mano para coger la toalla mientras que con la otra cerraba el grifo. Salió de la ducha pasándose la toalla por la cara y cuando abrió los ojos se miró al espejo pasando la mano por él para quitar el vaho. Gritó trastrabillando hacia atrás chocándose con la pared cubierta de mármol. Pero ni se inmutó por el dolor en la espalda mirándose al espejo con los ojos como platos. ¡Estaba verde! ¡Y no un verde clarito, no! ¡Parecía un lagarto!

Asombrada se miró las manos y gimió al ver que sus uñas parecían doradas. Dios, todavía no se había despertado. Era eso. Se arreo un tortazo y se miró al espejo. Aquello había dolido así que no estaba dormida.

Observando su cabello que tenía unos rizos increíblemente dorados y sus ojos rasgados rodeados de pestañas azules siseó —Me cago en la leche—. Miró hacia abajo para encontrarse que tenía el pelo del sexo del mismo color. Se dio la vuelta en el espejo y casi se muere del susto al ver encima de su nalga derecha algo transparente. Temblando llevó la mano hasta allí y se lo tocó. Parecía plástico y tenía una forma curvada. Tiró de ella. —¡Auchh! — chilló cuando se la quitó como si hubiera salido de su piel. Alucinada lo puso ante su cara sintiendo su corazón a mil por hora. Tenía el tamaño de la palma de su mano y era un semicírculo algo curvado. No era transparente del todo. Al ponerlo a la luz del cuarto de baño, tenía un color ligeramente verdoso en su transparencia y estaba duro. Se le puso el pelo de punta dejándolo sobre el lavabo con el corazón a mil. A toda prisa salió del baño y se sentó sobre la cama mirando hacia allí. El vaho salía del baño y se volvió a mirar las manos. Cuando antes del desayuno se había secado se le había ido el color. Histérica

cogió las sábanas y empezó a secarse con fuerza hasta hacerse daño. Cinco minutos después el color empezó a desvanecerse lentamente y suspiró de alivio al ver que el color de pelo se desvanecía hasta volver a su color. Iba a tener una conversación muy larga con el médico en su cita de esa tarde. ¡Algo le estaba sentando fatal! Se lavaría con agua mineral hasta que descubrieran lo que tenía el agua.

Más tranquila por haber encontrado una solución se vistió mirando de reojo el baño. Se sentó en el tocador y se cepilló el cabello haciéndose una cola de caballo. Ya no tenía ánimos de alisárselo, no fuera a ser que con el calor se le pusiera rojo o algo así. Cogió su abrigo negro y el bolso antes de ir hacia la puerta de su habitación, pero nerviosa volvió a mirarse al espejo, suspirando de alivio cuando vio su color. Todo iba bien.

Una hora después llegó al despacho de los abogados. Se había mirado en casi todos los escaparates de camino hacia allí y empezaba a estar algo paranoica. Se acercó a la recepción del lujoso despacho de abogados y esperó impaciente a que la recepcionista la atendiera. Sonrió agradablemente pulsando un botón del teclado. —Buenas tardes, señorita Walters. Llega pronto a su cita.

—Es que tengo algo de prisa —susurró mirándose al espejo que tenía la recepcionista tras ella.

—No pasa nada. Si espera en la sala, avisaré al señor Williams.

—Sí, claro. —Se volvió apretando su bolso. Menuda mierda. El día que debía ser la persona más feliz del mundo, estaba totalmente acojonada. Se sentó buscando un sitio donde mirarse y suspiró de alivio al ver la mesa de cristal que tenía al lado. Al mirarse entrecerró los ojos al ver el color de su retina. Se acercó a la mesa de cristal y la recepcionista entrecerró los ojos al verla jurar por lo bajo acercándose tanto que casi podía pegar la nariz a la mesa.

—Señorita Walters. ¿Se encuentra bien?

Se sobresaltó incorporándose y dejando caer el bolso. —¡Sí! ¡Claro que estoy bien! —Forzó una sonrisa y se levantó de golpe. —Voy al baño, tengo algo en la lentilla.

La chica sonrió de alivio. —Por supuesto. —Señaló el pasillo. —Al fondo a la derecha.

Casi corrió hacia allí y al cerrar la puerta gimió cerrando los ojos. —Por favor, seré buena.

Asustada giró la cabeza hacia el espejo y abrió los párpados lentamente. De la fuerza con la que los había cerrado ahora veía chiribitas. Se acercó al lavabo encastrado en una encimera de mármol y se miró al espejo. ¡Su puntito negro estaba dorado! ¡Dorado! ¿Madre mía y cómo se secaba el ojo? ¡Unas gafas de sol! A toda prisa abrió el bolso y las buscó, pero no las encontraba. Dios, no podía tener tan mala suerte. Entonces escuchó el pitido y asustada miró hacia arriba pensando que era la alarma de incendios. Como saltaran los aspersores aquello iba a ser un espectáculo. Al ver que no saltaban escuchó atentamente y era un pitido extraño, parecía más bien una melodía aguda. ¿De dónde saldría? Encogiéndose de hombros volvió a buscar en el bolso y casi chillaba de la alegría al abrir una cremallera y encontrar el estuche de las gafas. Vacío. Estaba vacío. Casi estrella el bolso contra la pared. Se volvió a mirar al espejo. —Llevas lentillas de colores. Y son la leche. Se van a quedar de piedra porque pareces una extraterrestre.

Aparentando que no le daba importancia, salió del baño pasándose la mano por el vientre y se dio cuenta que de los nervios ni se había quitado el abrigo.

Volvió a la recepción y se sentó dando golpecitos con el pie sobre la moqueta. La chica la miró algo molesta por el ruido que hacía, pero estaba tan nerviosa que no se dio ni cuenta. Miraba de un lado a otro como si fuera una fugitiva que huyera de algo y la de recepción carraspeó. —¿Quiere que le traiga un café?

—¿Un café? —Forzó una sonrisa. —No, gracias.

—¿Agua?

—¡No! —exclamó horrorizada como si hubiera dicho un sacrilegio. Se sonrojó al ver su expresión—. Quiero decir... vengo bebida de casa.

—Ahora lo entiendo —siseó la chica volviendo a su trabajo.

Patricia gruñó por lo bajo y nerviosa movió su pierna más rápidamente. —¿Van a tardar mucho?

La chica suspiró levantando la mirada. —Enseguida la llaman. ¿Por qué

no lee una revista?

—¡Sí! Una revista. —Entonces volvió a escuchar ese ruido. ¿Se le habría cambiado la melodía del móvil? Lo miró, pero no era el suyo. Miró a la recepcionista con el ceño fruncido. —¿No piensa cogerlo?

—¿El qué?

—El teléfono. ¿Está sorda?

La chica movió los ojos de un lado a otro y forzó una sonrisa empezando a acojonarse. —¿Qué teléfono?

Patricia se levantó. —¿No lo oyes? —preguntó mirándola con los ojos como platos—. La chica levantó el teléfono lentamente. —¿Ves cómo sonaba? ¿Qué pasa? ¿Te estás quedando conmigo?

—Ni se me ocurriría, señorita Walters. ¿Señor Crown? Tenemos un problema. Su cita de las doce ya está aquí. —Y susurró —Y parece drogada.

—¿Pero qué dices chiflada? ¿Tengo pinta de drogata? —Bueno, aquello era el colmo.

Tapó el auricular y sonrió. —Es para que se dé prisa. —Atónita vio que se ponía el teléfono al oído de nuevo. —Sí, la pasaré a la sala de juntas. Cinco minutos. —Colgó el teléfono. —Venga conmigo señorita Walters. El señor Crown la atenderá en cinco minutos.

—¡Pues ya era hora!

La chica la llevó por un pasillo mirándola de reojo como si fuera a saltar sobre ella en cualquier momento. —Siéntese donde quiera. —Mostró una mesa para veinte personas por lo menos y Patricia se quitó el abrigo sentándose en la cabecera. La chica cerró la puerta a toda prisa. Tamborileando los dedos sobre la mesa miró a su alrededor. Esperaba que no hubiera problemas con la herencia. Ya estaba harta de hacer fotocopias.

Se abrió la puerta sobresaltándola y sonrió al abogado de su abuelo, que entró en el despacho tirando de la bombona de oxígeno que le acompañaba desde que tenía uso de razón. No tenía ni idea de cuántos años tenía, pero seguro que pasaba de noventa.

—¿Ahora te drogas, niña? —preguntó haciendo un gesto al ayudante que le acompañaba para que dejara una carpeta sobre la mesa.

—Esa recepcionista es una bromista —dijo acercándose y dándole un

beso en la mejilla—. ¿Cómo estás, tío Daniel?

—¿Tú qué crees?

—Tienes buen aspecto. —El hombre la miró fijamente con sus ojos rodeados de arrugas y ella pudo ver la inteligencia en ellos a pesar de tener el cuerpo hecho polvo.

—Siéntate, niña. —Tosió sentándose a su lado y cuando se recuperó le hizo un gesto a su ayudante que salió discretamente. —Ha llegado la hora.

—¡Sí! —dijo emocionada frotándose las manos—. ¿Cuánto es, tío? ¿Doscientos?

El hombre suspiró. —Es mucho más.

—¿Mucho más? Tampoco quiero pasarme de los mil millones porque hacienda... —Sonrió radiante. —¡Pagaré encantada!

—Has heredado mucho más que dinero, Patricia. Abre la carpeta.

Emocionada abrió la carpeta a toda prisa para ver una casa. —¿Qué es esto?

—Una villa en Nápoles.

—Bueno, no esperaba una villa en Italia, pero vale.

—No lo entiendes. Si he vivido tantos años, ha sido para que llegue este momento. Tu abuelo no podía quedarse a tu lado y me hizo el encargo. Algo que he hecho encantado. —Suspiró como si estuviera agotado. —Ahora puedo morirme tranquilo.

—No exageres, tío Daniel. Bueno, ¿dónde tengo el dinero?

—Tu dinero está depositado en un banco en Italia. Tu abuelo lo decidió así para que visitaras la casa. Tienes un vuelo para esta noche.

—¿Esta noche?

—¿Algún problema?

—¡No! Claro que no. —Miró la foto de la villa. Era preciosa. Se parecía a un antiguo castillo medieval y sus paredes estaban cubiertas de enredaderas. Estaba junto al mar. Le encantaba el mar.

El señor Crown sonrió. —Ese es tu hogar, pequeña. Es de donde provienen tus raíces. Allí encontrarás tu destino.

—Estás muy poético, tío. —Él se echó a reír y empezó a toser. Preocupada esperó a que se le pasara. —¿Estás mejor?

—Ver esos ojos es todo lo que necesito. No los veía desde hace sesenta y dos años.

Parpadeó sin entender ni una palabra. —Tío, ¿estás bien? ¿Llamo a un médico?

Él sonrió con tristeza y miró la casa. —Yo viví ahí, ¿sabes?

—¿Qué?

—De hecho, nací ahí, pero me enviaron aquí con dieciséis años.

—¿Quién te envió? ¿Tus padres?

La miró a los ojos. —Tu abuela. Me envió tu abuela.

Se quedó sin aliento. —¿Conociste a mi abuela? ¿Cómo nunca me dijiste nada? —preguntó emocionada—. ¿Cómo era?

—Era la mujer más hermosa del universo y el día que murió, fue el más triste de mi vida.

—Estabas enamorado de ella.

—Era un crío y tu abuelo era la persona destinada a ella. Se entendían sólo con una mirada.

—¿Eran novios en esa época? Eran muy jóvenes entonces.

La miró sorprendido. —Estaban casados.

—¿Qué?

Daniel sonrió. —Lo entenderás todo cuando llegues a tu casa. Tu abuelo quería que fuera así. —La cogió de la mano con su arrugada mano y susurró — ¿Puedes hacerme un favor?

—Lo que quieras, tío.

—Cuando muera. Lleva mis cenizas a la isla tú misma, ¿quieres? Será un honor.

—¿A la isla?

—Allí te dirán dónde está. ¿Me lo prometes? —Los ojos del anciano se llenaron de lágrimas de emoción. —Quiero que mis cenizas vuelvan a casa.

—Lo haré.

—Desde aquí te darán aviso. —Apretó su mano. —Haz que nos sintamos orgullosos. Cuida tu herencia, pequeña. La herencia de tu abuela.

Asintió asumiendo su responsabilidad. —No te preocupes. No perderé la cabeza.

Daniel sonrió. —Perfecto. —La miró como si estuviera grabando sus rasgos en su memoria. —No tengas miedo.

Patricia se echó a reír. —¿Cómo voy a tener miedo de haber heredado una fortuna?

Él asintió. —Ahora vete a casa y de ahí al aeropuerto. Por tu seguridad no te detengas en ningún sitio.

Le miró extrañada. —Tengo cita con el médico. Me ha salido una alergia rara en la piel y...

—A casa y al aeropuerto. Hablo en serio. Mi chófer te llevará.

—Bueno, ya iré al médico en Italia.

—Buena chica. —No le soltaba la mano como si se resistiera a que se fuera y le miró emocionada, porque hacía mucho que nadie la trataba así excepto su abuelo.

—Tío, ¿por qué no vienes conmigo?

—¿De verdad? ¿Me estás invitando a tu casa?

Le miró extrañada. —Pues sí. Tiene pinta de ser muy grande y además es más tuya que mía, ya que naciste allí. ¿No quieres acompañarme y volver a tu hogar?

Parecía asombrado. —Sí, por supuesto que iré contigo. Si me invitas, no puedo negarme.

—Estupendo —dijo encantada—. Así me lo enseñarás todo. Va a ser divertido.

—Veré a mis nietos y a mis hijos —dijo emocionado.

—No sabía que vivieran en Nápoles. Es increíble. Será un viaje precioso. —Se levantó cogiendo los papeles. —¿A qué hora me recoges?

—A las ocho, pequeña. El vuelo está previsto para las nueve.

—Muy bien. Iré a hacer las maletas.

—Te veo luego. —Fue hasta la puerta emocionada por la aventura que iba a vivir. —Patricia...

Se volvió sonriendo radiante a Daniel. —Te pareces muchísimo a tu abuela. Estaría muy orgullosa de ti.

—Gracias. Eres muy amable.

—Es la verdad. Ya te darás cuenta.

Asintió pensando que era una pena que un hombre como él empezara a chochear. Pero al menos en sus últimos días estaría entre su gente. Caminó por el pasillo y se encontró a la recepcionista, que la rodeó como si tuviera la peste. Ignorándola pensó en todo lo que le había dicho el tío. Cosas de lo más extrañas, como que sus abuelos estaban casados cuando él tenía dieciséis años. Si su abuelo era más joven que él al menos diez años. No entendía nada. Y eso de volver a ver a sus hijos, como si hiciera una eternidad que no estaba con ellos... Alguien de su posición, que tenía dinero de sobra para viajar todas las semanas si le daba la gana. Todo era muy raro. Bueno, ahora tendría mucho tiempo para enterarse de lo que había pasado. Seguro que se lo terminaría contando.

Cuando llegó a su apartamento, decidió qué llevarse. No tenía demasiada ropa buena porque no se la podía permitir desde que su abuelo había fallecido, pero todavía le quedaban algunas cosas que podía aprovechar. Cuando llegara a Italia tenía que comprarse ropa. Y zapatos... Gimió pensando en los zapatos italianos. Se lo iba a pasar genial.

A las ocho en punto la limusina de Daniel se detenía ante el portal y ella salió con su pequeña maleta y su enorme bolso dispuesta a empezar el viaje. Cuando entró en el coche después de darle la maleta al chófer, sonrió a Daniel sentado frente a ella. —¿Todo bien?

—Todo perfecto. Excepto por esta alergia que me está torturando, todo bien —dijo molesta porque se había dado una lucha rápida y su piel había vuelto a cambiar de color.

—Ya verás cómo en cuanto lleguemos, te encuentras mejor.

—Cuéntame algo de la historia de la casa. He vuelto a mirar la foto y parece muy antigua.

—Sí que lo es. —Sonrió con tristeza. —Y antes de esa hubo otra y otra...

—¿De veras? ¿Y a quién pertenecían?

—A tu familia. Tus antepasados siempre han vivido allí.

—Vaya, ¿y cómo el abuelo nunca me dijo nada? Pensaba que éramos de Nueva York y que mis padres también lo eran.

—Tu abuelo no quiso contarte la verdad porque eras muy pequeña. —Él le miró el cuello. —¿Dónde está el colgante que te regaló tu abuelo antes de irse?

—Oh, es que es muy ostentoso. Sólo me lo pongo en ocasiones especiales. —Sus ojos se oscurecieron. —Y últimamente no he tenido muchas de esas ocasiones.

—¿Pero lo has traído?

—Sí, claro. Siempre lo llevo conmigo. Es como si no pudiera desprenderme de él.

—Póntelo, dame el gusto. Era de tu abuela, ¿sabes?

Sonrió sacándolo de su bolso y mostrándoselo. Era una estrella cubierta de esmeraldas y diamantes. Era una joya preciosa, pero su tamaño hacía que tuviera miedo a que se la robaran. Hacía cuatro años que no se la ponía.

—Es preciosa, ¿verdad?

—La estrella más bonita del océano.

Ella se echó a reír. —¿Del océano?

—Las estrellas se reflejan en el agua y son las guías de los pescadores.

—¿Procedemos de familia de pescadores? —preguntó poniéndose el colgante al cuello.

—No, pero hemos ayudado a muchos a lo largo de los años.

—Me encanta el mar.

—Es lógico. Eres parte de ella.

—Has dicho ella.

—Nosotros la llamamos la mar.

—Caprichosa como una mujer —dijo recordando las palabras de su

abuelo.

—Eso dicen los pescadores. Caprichosa e impredecible.

—Así que te has criado al lado del mar.

—Los mejores años de mi vida.

—¿Por qué mi abuela te envió a Nueva York? ¿Eras parte del servicio y quería que estudiaras?

—Me envió a Nueva York para aprender a llevar los negocios que la familia tenía allí. Estudiar derecho era parte de mi misión.

Se miraron a los ojos. —Has sido muy fiel.

—Era mi deber. Todos tenemos una misión en la vida.

—¿Hablas del destino?

—Si quieres llamarlo destino. —Daniel miró por la ventanilla. —Cuando me fui de allí pensaba que algún día volvería, pero no esperaba que fuera tanto tiempo después. Gracias.

—¿Por qué me das las gracias? Me estás haciendo un favor. Tu nueva misión es enseñarme lo que mi abuelo tenía que haberme enseñado. Todavía no sé por qué se calló algo así. Si ni siquiera quería que viajáramos a ningún sitio. Eso me fastidiaba. ¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—¿Por qué me hizo trabajar estos últimos cuatro años cuando nos sobra el dinero?

—Porque no quería que viajaras a ningún sitio.

Frunció el ceño. —¿Qué?

—Quería protegerte. Cuando lleguemos a casa te enterarás de todo. No seas impaciente.

Tomó aire. —Me da la sensación de que me estás ocultando muchas cosas.

—Te aseguro que cuando lleguemos ya no habrá más secretos. Podrás preguntar todo lo que quieras.

—Estoy deseando llegar.

La primera sorpresa fue que iban en un avión privado. ¡Y tenía dos habitaciones! Así que el viaje lo hicieron durmiendo. La azafata la despertó cuando estaban a punto de empezar a descender y se aseó como pudo ignorando los cambios en su cuerpo. Se vistió con un favorecedor vestido color mostaza de manga larga. Al mirarse al espejo se mordió el labio inferior al ver su estrella. La acarició pensando en su abuelo. —¿Qué me ocultas, abuelo? ¿Por qué tenías tanto empeño en que viniera aquí cuando toda mi vida me has alejado de esa casa?

Le gruñó el estómago con fuerza y jadeó tocándose el vientre. —¡Vale, ya voy! —Era increíble lo exigente que tenía el estómago. Iba a salir del baño cuando lo escuchó palideciendo. Era una canción y fue tan intenso que se le erizó la piel al escuchar las voces. Varias mujeres cantaban al unísono y sus voces eran realmente dulces y atrayentes. Como si te envolvieran y te hicieran sentir segura. Eran tan maravillosas que cuando terminaron de cantar, se sintió decepcionada. Confundida salió del baño pensando que debería ir al médico para que le hicieran un escáner cerebral. Igual tenía un tumor y por eso veía cosas raras cuando se duchaba y escuchaba voces. Tenía que haber una explicación para todo aquello.

Daniel sonrió al verla acercarse a la mesa donde ya estaba el desayuno servido. —Esto es viajar.

—¿Has dormido bien?

—Como un tronco.

Se sentó en su asiento y la azafata dijo —En breve aterrizaremos, señorita.

—Entendido. Eso significa que debo darme prisa para desayunar, ¿no?

—Exacto —dijo la chica guiñándole un ojo.

Untó la mantequilla en el croissant y miró a Daniel que le observaba divertido. —¿Han puesto música de ambiente?

—¿Música de ambiente?

Se sonrojó negando con la cabeza. —Déjalo. Debía estar dormida todavía.

—Nos estarán esperando a nuestra llegada. Mi nieto vendrá a buscarnos.

—Oh, estupendo. Estoy deseando conocer a tu familia. ¿Sois muchos?

Daniel miró a su alrededor. —Unos cuantos. No los he contado nunca.

—Me refería a si tu familia es numerosa.

—Pues sí.

—¿Cuántos hermanos tienes tú?

—Doce.

Patricia que estaba a punto de beber su zumo le miró asombrada. —
¿Doce? ¡Entonces sois un montón!

—Por eso no los he contado nunca. —Sonrió cogiendo su taza de café. —
Aunque algunos han muerto.

—Oh, lo siento. Pero es normal, ¿no?

—Sí, pero han dejado hijos y nietos. —Pensativo miró su café. —A
muchos no los conozco.

—¿Cuándo volviste por última vez?

Él apretó los labios. —Hace unos veinticinco años.

—¿Y por qué has tardado tanto en volver?

—Tenía responsabilidades.

—Pero tu familia está allí. Quiero decir... aquí. ¿No es duro para ti estar
separado de ellos?

—Sólo espero tener tiempo para conocerlos un poco mejor. —Daniel
suspiró. —Sé que no lo entiendes, pero nuestra vida es así.

Seguía sin entender nada. Puede que se hubiera separado de su mujer y por
eso era tan hermético. Si no quería hablar de ello, lo entendía. —¿Cuántos
hijos tienes?

Daniel sonrió orgulloso. —Siete gallardos varones que me han dado
muchos nietos.

—Siete, vaya... en tu pueblo tienen un índice de natalidad increíble.

Su abogado se echó a reír. —Lo único que siento es no haber tenido una
preciosa hija como tú. Pero tengo dos nietas. Ahora ya tienen tu edad, pero
todos estamos muy orgullosos de ellas.

La manera de hablar de sus nietas la hizo sonreír. Era como si las adorara

y eso era estupendo. —Estoy deseando conocerlas.

—Y tengo biznietos, ¿sabes? Mis chicos ya me han dado biznietos.

—¿Ellas no?

—No, todavía no han elegido. Se divierten demasiado probando aquí y allá.

Patricia se atragantó porque no se esperaba que él supiera algo así. La azafata se acercó de inmediato para darle palmaditas en la espalda. — Tampoco hace falta que se dé tanta prisa.

Cuando se calmó, bebió un poco de zumo y Daniel entrecerró los ojos. — Has estado demasiado protegida. Se lo dije a tu abuelo millones de veces, pero no daba su brazo a torcer.

—¿Me estás hablando de sexo?

—Escúchame bien, Patricia. Solo pido que no te asustes por lo que te vas a encontrar. Intenta procesarlo.

Abrió los ojos como platos pensando en qué la podía asustar. —¡Ya lo pillo! ¡Sois una comuna!

Daniel sonrió divertido. —Algo así.

—¿Y la abuela era la jefa cuando estaba viva? —preguntó atónita.

—Sí, era la jefa. Fue la jefa desde su nacimiento.

Cada vez entendía menos. —¿Y eso por qué?

Daniel se echó a reír al ver su cara de estupefacción y el pobre se puso a toser. Cuando se recuperó, respiró por la mascarilla profundamente.

—¿Estás bien?

—Claro que sí. Termina de desayunar que vamos a aterrizar.

Se lo comió todo sin perder tiempo, pensando en todo lo que le había dicho. Era increíble que sus abuelos se criaran en una comuna. ¡Su abuelo era muy estricto! ¡Nunca la dejaba hacer nada y nunca había tenido una cita con un chico porque decía que ninguno estaría a su altura jamás! Aquello era cada vez más incomprensible.

No quiso preguntarle más a Daniel porque estaba algo pálido y quería que se recuperara para cuando viera a su nieto. Seguro que lo estaba deseando.

Capítulo 2

Cuando aterrizaron y la azafata abrió la puerta, ayudó a Daniel a bajar por la escalerilla llevando su bombona para que se sujetara a la barandilla. Al pisar suelo firme, levantó la vista y al ver como un hombre vestido con un impecable traje gris se acercaba a ellos, se quedó de piedra. Era guapísimo. Alto moreno y con unos impresionantes ojos verdes, la miraba fijamente mientras se acercaba con una seguridad que hizo que su estómago diera un vuelco.

—Ese es Mario —dijo Daniel malicioso—. Cierra la boca, pequeña. Se te va a caer la baba.

Se puso como un tomate y miró al viejo. —Viéndote tan canijo, no me imaginaba que tus genes produjeran algo así.

Daniel rió por lo bajo y Mario llegó hasta ellos. Sonrió ampliamente a su abuelo y dijo —Benvenuto.

—Habla en inglés, Mario —ordenó su abuelo perdiendo la sonrisa—. ¿Dónde están tus modales?

Mario la miró con sus ojos verdes y dijo fríamente —Bienvenida a Nápoles.

Aún sonrojada, forzó una sonrisa alargando su mano. —Gracias, estoy encantada de estar aquí.

Él miró su mano y Daniel le dijo —No puede tocarte, Patricia.

—¿Qué?

—No puede tocarte. Ya lo entenderás. Si no fuera así, no saldrías intacta del coche.

¿Pero qué clase de comuna era esa? Mario estaba muy tenso y a Patricia le

dio pena que no le hubiera gustado. No sabía por qué, pero deseaba gustarle a ese hombre.

Dos hombres recogieron el equipaje. —Abuelo, ¿puedes llegar al coche?

—Que lo acerquen.

Él hizo una seña a uno de los hombres, que aceleró el paso para ir hasta una limusina que estaba como a veinte metros.

—¿Qué tal el viaje?

—Muy bien —respondió ella ilusionada sonriendo abiertamente—. Ese avión es increíble. ¡Tiene dos habitaciones!

—Lo tendré en cuenta para su próximo viaje.

¿Por qué no la tuteaba? ¿Y que tenía que ver el con sus viajes? Daniel la miró de reojo y dijo —Mario, dile el puesto que ocupas.

Mario la miró a los ojos y siseó como si aquello no le gustara nada —Soy su esclavo.

Patricia parpadeó. —¿Perdón?

—Puede hacer conmigo lo que quiera. He nacido para servirla.

Que un hombre como él te dijera algo así, le hizo subir la temperatura varios grados mirando sus ojos y deseando mil cosas de él en ese momento. Intentó tomárselo a broma y forzó una sonrisa. —Muy gracioso.

—Habla en serio —dijo Daniel—. Es tuyo para hacer lo que quieras con él. Podrías matarle y nadie pondría objeciones.

—¿Queréis dejar de reiros de mí? —Molesta fue hasta el coche y subió sin esperarlos.

Les vio hablar y Mario estaba furioso. Daniel le dijo algo muy seriamente acabando con la discusión. Era una pena no enterarse de lo que estaban diciendo. Un pitido en el oído hizo que llevara su mano allí, porque la traspasó un dolor muy fuerte.

Mario se sentó a su lado y apretó los labios. —Disculpe, son las ondas de los radares. No recordaba los sensibles que tiene los oídos. Enseguida nos alejamos.

Pálida levantó la vista suponiendo que hablaba de lo sensibles que estaban después del vuelo. —¿Y a Daniel no te afectan?

—Somos varones —dijo como si eso lo resolviera todo. ¡Madre mía, estaban chiflados! Eso le recordó que tenía que ir al médico.

Iniciaron el camino y ella intentó relajarse mirando por la ventanilla. — Hay edificios muy antiguos. Preciosos.

—Italia es un país que tiene una arquitectura única. Si tiene oportunidad, debería visitar el país. Nunca lo olvidará.

—Esa es mi intención. —Le guiñó un ojo a Daniel. —En cuanto cobre.

—No tengas prisa, niña. Tienes todo el tiempo del mundo.

—La tuteas —dijo Mario muy tenso.

—La conozco desde niña.

—¡Claro que me tutea! Tú también puedes hacerlo. —Al ver su cara de sorpresa dijo divertida —Eres un poco antiguo, ¿no?

—No se deben perder las buenas costumbres.

—O sea, que sí.

Daniel rió por lo bajo tensando a su nieto, que la miró de reojo. Estaba claro que no la soportaba y a pesar de que la intimidaba un poco decidió preguntarle —¿Y a qué te dedicas?

Giró la cabeza hacia ella y levantó una de sus cejas negras. —Soy tu esclavo.

—Sí, eso ya lo has dicho, pero ya que hasta hoy no te había visto nunca, has debido hacer algo provechoso en la vida.

—Prepararme para ti.

Ella sonrió divertida y decidió seguir la broma. Se quitó el zapato y levantó la pierna. —Chúpame el dedo gordo. —A punto de reírse, miró a Daniel que observaba a su nieto muy serio.

A Patricia se le cortó el aliento cuando sintió que la cogía del tobillo y perdió el aliento cuando Mario lo acarició antes de que sus dedos llegaran a su empeine estremeciéndola de arriba abajo. Sin poder evitarlo miró sus ojos y separó sus labios sin poder evitarlo. ¡Dios, era lo más erótico que había experimentado en la vida! ¡Y delante de Daniel! Al recordar el amigo de su abuelo, apartó el pie y lo metió en su manoletina sintiendo que estaba intensamente sonrojada.

—No he terminado.

—Ni lo harás. —Molesta miró por la ventanilla.

Él se tensó a su lado. —¿He hecho algo mal?

—¿Quieres dejar la broma? No tiene gracia. —Se cruzó de brazos queriendo desaparecer de allí. Se sentía muy incómoda.

—Mario, ¿está todo listo?

—Como estaba previsto.

—Habláis como los de la mafia. ¿Está todo listo? —Se burló ella intentando relajar el ambiente. Al ver que no se reían, jadeó llevándose una mano al pecho. —¡No seréis de la mafia!

Eso les hizo reír a los dos y se sintió aún más estúpida, si eso podía ser. Decidió mantenerse callada mientras ellos charlaban sobre personas que no conocía.

El coche se desvió a la derecha pasando una antigua reja negra con una P en cada puerta. Recorrieron una carretera de gravilla, pero ella no se dio ni cuenta porque al ver la casa al fondo, rodeada de maravillosos macizos de flores, sintió una repentina ansiedad que apenas era capaz de reprimir. Su respiración se agitó viendo el agua cristalina del océano. Su olor. Tenía un olor que la atraía. Nunca había experimentado nada igual y la ansiedad se volvió aún más intensa. Al ver el mar en Nueva York no sentía nada igual.

—Relájate Patricia —dijo Daniel cogiendo su mano—. Respira.

—¿Qué me pasa?

—Estás en casa.

Miró de reojo a Mario, que estaba muy tenso. Parecía a punto de explotar. Respirando agitadamente apretó con su mano libre el asiento de cuero, mientras el sudor sobre su labio superior se hacía visible. —¡Debes ser fuerte! —Levantó la vista hacia Mario que siseó —No muestres debilidad.

—¿Debilidad ante quién? —preguntó atónita.

—Ante tu madre. Ante tus súbditos.

Esas tres palabras hicieron que su corazón retumbara en su pecho. —¿Qué dices? Mi madre está muerta. —Asustada por lo que estaba pasando, miró a Daniel. —¿Tío? ¿Por qué dice eso?

—Ha llegado el momento de que te enteres de todo, pequeña. Sal del coche.

La puerta se abrió en ese momento y todo le pareció irreal. Un hombre con una túnica blanca esperaba con la puerta abierta y miraba el suelo. Se apoyó en la puerta para salir y el olor del mar se hizo más intenso. Un deseo muy poderoso la recorrió de arriba abajo. Y ese deseo le decía que se metiera en el agua.

Mario se puso tras ella. Su presencia la hizo sentirse más segura. No sabía de qué iba todo aquello, pero le daba la sensación que si no se enfrentaba a ello, no le darían su herencia.

Daniel bajó del coche y sus ojos se llenaron de lágrimas. —Bienvenido a casa —dijo ella.

—Gracias, pequeña. Gracias.

El hombre caminó por el suelo de gravilla tirando de su bombona, pero no se dirigió hacia la casa. Si no que fue directamente hacia el embarcadero.

—La ha echado de menos —susurró viendo cómo se sentaba en una silla de forja blanca y miraba el mar.

—Es natural —dijo Mario—. Vamos. Te están esperando.

Levantó la mirada. —Lo de mi madre iba en serio, ¿verdad?

—Muy en serio.

Apretó los labios disgustada. —Bien, vamos allá.

Él le indicó con la mano por donde ir y Patricia caminó por la gravilla hasta unas escaleras de piedra. La enorme puerta de madera labrada con unas impresionantes figuras de la mitología griega se abrió en ese momento y otro hombre con túnica blanca estaba al otro lado. —Buenos días.

El hombre pareció sorprendido y cuando levantó la vista Mario siseó — ¡No la mires!

—¿Pero qué te pasa?

—No deben mirarte, ni tocarte, ni hablarte.

—¿Por qué?

—¡Porque así es la ley!

—¡Muy bien! —Más valía que siguiera la corriente, porque aunque no entendía nada, suponía que en algún momento alguien se lo explicaría. Eso o terminaría estallando.

Caminó por el enorme hall que tenía unos preciosos sillones de seda china. Pero lo que le llamó la atención fue el suelo de mármol blanco, que a pesar de tener muchos años, estaba impecable. Y se dio cuenta de porqué. El hombre de la túnica iba descalzo. Se volvió hacia Mario. —¿Debemos quitarnos los zapatos?

—No te preocupes por eso. Si estás más cómoda así, no hay problema. — Le hizo un gesto hacia el piso de arriba. —Debemos subir.

Al ver que no la adelantaba para indicarle el camino, siseó —¿Quieres adelantarme? Así no perderemos más tiempo.

Mario apretó las mandíbulas. —No puedo ir delante de ti.

—¡Oh, por Dios! ¡Eres exasperante! —Cabreándose empezó a subir las escaleras de mármol y entonces se dio cuenta. Lentamente se volvió a mitad de las escaleras y vio que todo era de mármol. Las paredes también. Levantó la vista hacia el techo y palideció al ver su estrella. ¡La estrella que tenía colgada en el pecho, estaba representada en una pintura en el techo! La cadena descansaba entre los dedos de una gran mano masculina y se la entregaba a una sirena de preciosos rizos rubios y una gran cola azul verdoso. Sus cabellos tapaban sus pechos y alargaba la mano hacia la del hombre sonriendo dulcemente.

—Es Parténope. Afrodita la convirtió en Sirena. La odiaba y fue su manera de intentar vengarse de ella por envidiar su belleza. Pero su plan no funcionó demasiado bien —dijo irónico.

—¿Por qué?

—Porque se sumergió en el mar con intención de suicidarse y la encontró Sileris. Sileris era otra sirena, que al ver su dolor la llevó hasta Poseidón. — La miró a los ojos. —¿Sabes quién es Poseidón?

—El dios de los océanos en la mitología griega.

Él asintió. —Se enamoró de ella. —Sin desviar la mirada continuó —Y ella le dio un hijo. Calei. El primero de muchos. Afrodita se puso furiosa porque hubiera conseguido el amor de uno de los Dioses y si algo tiene, es que es vengativa. A pesar de que Poseidón sabía del odio que sentía por

Parténope, la invitó a su mesa. Afrodita la degolló ante Poseidón y roto de dolor ni fue capaz de vengarse. Intentó salvar a su amor, pero no consiguió nada y Afrodita huyó.

—Qué triste —susurró ella mirando la pintura de nuevo.

—Su cuerpo fue entregado al mar y terminó en estas costas. Se encontró su cadáver y se la veneró. Aunque existen otras leyendas que no voy a contarte, se construyó un templo en su nombre y de ahí nació la ciudad de Nápoles.

—Es fascinante.

—Pues no sabes la mitad —susurró él indicándole que continuara.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—¿El colgante se lo dio Poseidón?

—Fue su regalo después del nacimiento de su primer hijo.

—¿Hay algún libro que describa esa historia?

—Esa historia no. Sólo hablan de leyendas. Esa historia, como otras tantas, quedan entre nosotros.

Patricia sonrió. —Eres muy bromista, ¿verdad? Pareces muy serio, pero tienes un humor extraño que no termino de pillar.

—No tengo ni idea de lo que hablas.

—Llevas quedándote conmigo desde que me conoces.

—Si me estoy quedando contigo, ¿por qué llevas en el cuello la Estrella de Poseidón?

Confusa se llevó la mano al cuello y él le indicó una enorme puerta al fondo del pasillo. La puerta labrada con un gran tridente tenía varias escenas de sirenas en sus puntas. Madre mía, ¿en qué lío se estaba metiendo?

—Cruza la puerta. Te están esperando. Y que Shine no vea tu temor. No le gustan las debilidades.

—¿No vienes conmigo?

Los ojos de Mario brillaron. —¿Me lo estás ordenando?

—Sí. Y como tengo que ordenártelo todo, vete delante.

Mario asintió pasando ante ella y le siguió hasta la puerta. Él tiró de la enorme argolla dorada y la puerta crujió al abrirse. Mario se puso a un lado para dejarla pasar, pero Patricia se quedó paralizada mirando en el interior de la habitación. Como todo lo demás era de un brillante mármol blanco, pero lo que la dejó de piedra fue el trono de oro, cuyo respaldo tenía unos diez metros de altura debido al enorme tridente que lo decoraba. Entró lentamente en la habitación y vio a un hombre con una túnica dorada mirando por la ventana. Se notaba que era mayor, pero no estaba encorvado, sino que por el ancho de sus hombros se notaba que aún era fuerte y tenía vigor. Cuando se volvió lentamente Patricia sintió que se le paralizaba el corazón. —Abuelo.

Su abuelo sonrió bajo su barba y abrió los brazos para recibirla. — Bienvenida a casa, Patricia.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y corrió hasta él abrazándolo con fuerza. —Abuelo, estás vivo —dijo sin poder creérselo todavía.

—Han sido los cuatro años más largos de mi vida. Pero al fin estás aquí.

—¿Pero qué ha pasado? —Se separó para mirarle a los ojos. —¿Qué es todo esto?

—Ven, siéntate. —La llevó hasta un sofá de estilo francés y la sentó a su lado cogiéndole la mano. —Tengo mucho que contarte. —Mario cerró la puerta y su abuelo lo miró. —Puedes irte.

—Me ha ordenado que me quede —dijo quedándose a una distancia prudencial.

Su abuelo la miró entrecerrando los ojos. —Muy bien. Puedes quedarte.

Mario apretó los labios uniendo las manos detrás de su espalda.

—Abuelo, ¿qué haces aquí? ¿Por qué me dejaste y simulaste tu muerte? —preguntó aún estupefacta porque estuviera vivo.

—Porque tenía que volver y tú aún no podías venir conmigo.

—¿Por qué no podía venir? ¡Ahora estoy aquí!

—Porque aún no estabas preparada. —Su abuelo suspiró. —Voy a contarte algo que pueden parecer fábulas infantiles, pero son la pura verdad. —Apretó los labios. —Hace veinticinco años tu madre dio a luz una preciosa niña y como hembra primogénita se esperaba mucho de ella. Era como una princesa, ¿entiendes?

—Sí —dijo empezando a entender lo que quería decirle. Su mirada fue a parar al trono y sus ojos se detuvieron en los de Mario antes de volver a su abuelo—. ¿Y qué ocurrió?

—Se festejó su nacimiento por todo lo alto. Pero tenemos una enemiga poderosa y uno de sus lacayos entró en la casa. Entre los festejos, fue descubierto por tu padre cuando estaba a punto de matar a la princesa que estaba en su cuna y tu padre se lanzó sobre él. Murió apuñalado ante la vista de todos. —Los ojos de Patricia se llenaron de lágrimas. —Antes de que consiguieran atrapar al asesino, cogió a la princesa y le puso el puñal sobre el pecho. —Se llevó la mano a la estrella. —Asustados pidieron que la soltara y yo le prometí lo que quisiera.

—¿Qué pidió?

—Pidió convertirte en humana.

—¿Qué?

Su abuelo sonrió. —Pidió que fueras humana y que hasta la edad de veinticinco años no recibieras lo que todos nosotros recibimos al nacer. Se echó a reír ante todos burlándose y me dijo, “Concédemelo y me mataré yo mismo.” Asustado por tu bienestar se lo concedí.

—Abuelo, ¿qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que acabas de recibir tus dones y debes empezar la vida que estabas destinada a tener.

—¿Qué vida? —gritó histérica.

Su abuelo apretó los labios. —Eres una sirena, Patricia. Y no una sirena cualquiera. Eres descendiente del mismísimo Poseidón.

Pálida como el mármol que la rodeaba, miró a su alrededor recordando el cambio en el color de su piel al mojarse con el agua y Mario asintió. Se levantó soltando la mano de su abuelo. —¿Por qué me llevaste a Nueva York?

—Para que no vivieras rodeada de todo esto. Queríamos alejarte de tu destino para que no te sintieras distinta. Me fui contigo para protegerte, aunque sabía que todo había sido un plan de nuestra enemiga. Todo tiene un fin. Pidió exactamente eso, por un motivo que no llegamos a entender. Esperábamos que alejándote, sus planes se frustraran. Pero hace cuatro años sucedió algo que me obligó a dejarte. Ya había planeado con Daniel que solo te diera el dinero

justo para mantener la casa. Daniel, que es uno de los nuestros, te mantenía vigilada y si en algún momento hubieras tenido la oportunidad de viajar a algún sitio, lo impediría. No podíamos dejar que salieras del entorno seguro que habíamos creado para ti.

—¡Pero podías haberme dicho la verdad! Me alejaste de todos y...

Su abuelo la miró. —No fue decisión mía.

Se le cortó el aliento mirando sus ojos verdes. —¿Fue decisión de mi madre?

—Sí.

Se volvió a la voz femenina que resonó en la sala y miró a los ojos a la mujer de unos cuarenta años, que vestida con una túnica dorada, se acercaba lentamente mirándola fríamente de arriba abajo. Su melena rubia llegaba casi hasta sus muslos y tenía el mismo tono que el suyo. Era realmente bella, pero Patricia no se sintió identificada con la mujer que le había dado la vida. Puede que fuera porque nunca la había conocido y su fría mirada no ayudaba en nada a ese sentimiento que debían tener madres e hijas.

—Patricia, ella es Shine. Tu madre.

Se miraron a los ojos y Patricia levantó la barbilla al ver el rencor en su mirada. La odiaba. No había que ser un genio para darse cuenta que la habían alejado por su culpa. —¿Por qué me alejaste?

Shine sonrió rodeándola para mirarla de arriba abajo. —Hace veinticinco años tu nacimiento trajo mucha felicidad a esta casa. Había dado una heredera en mi primer parto y esa heredera me quitó lo que más amaba.

—Me echas la culpa de la muerte de mi padre.

—Es que tienes la culpa. Si no hubieran querido llegar a ti, Roberto seguiría vivo. —Su abuelo se tensó con fuerza levantándose del sofá y Mario dio un paso hacia ella, pero Shine levantó una mano deteniéndolos. Sonrió irónica. —¿La protegéis de mí? Yo le di la vida y yo puedo quitársela.

—¡No puedes tocarla! —gritó el abuelo—. ¡Poseidón te lo ha prohibido!

Atónita miró a su abuelo. —¿Poseidón? ¿Todavía vive?

Shine se echó a reír. —Sí, el viejo todavía vive. Y todos los demás. Son inmortales estúpida. Al contrario de ti.

—Estás loca —dijo sin poder contenerse—. ¿Crees que voy a intimidarme por una chiflada que lloriquea por su amor perdido, dejando que su hija recién nacida en manos de su abuelo? No tienes sentimientos. ¡No fue culpa mía! —gritó desgarrada—. Pero me alegro que el abuelo me alejara de aquí y de no haberte conocido hasta tener la edad suficiente de hacerte frente.

Shine la cogió por el cuello pálida de furia y Mario dio un paso hacia ella, pero Patricia la empujó con fuerza de los hombros y su madre que no se lo esperaba, cayó al suelo. Patricia dio un paso hacia ella. —Mira, no estoy teniendo un buen día. Me están pasando cosas de lo más raras y no solo me encuentro con que mi abuelo está vivo, sino que mi madre, a la que no he visto nunca, me odia. ¡Pues ahora estoy aquí! ¡Es evidente que estás amargada y puede que sea el sentimiento de culpa, pero no estoy de humor para analizarlo en este momento, así que no me toques los ovarios! ¡Por muy reina que seas, a mí no me toques!

Mario sonrió al igual que su abuelo. —Sabía que te había criado bien.

—Es lo que tiene criarse en Nueva York. —Extendió la mano a su madre, que se levantó sin ayuda.

—Debí alejarte de aquí para siempre.

Patricia palideció. —Estás loca. Solo una loca diría eso de un hijo.

—Soy tu dueña. No lo olvides. Debes seguir mis órdenes.

—¿Tus órdenes? —Levantó una ceja mirándola de arriba abajo. —No te has ganado mi amor y mucho menos mi respeto. No pienso seguir las órdenes de alguien que me asquea.

Su madre se tensó de furia. —Hablaré con Poseidón.

—Como si hablas con el Presidente de los Estados Unidos.

Su abuelo se echó a reír y su madre le fulminó con la mirada. —Padre...

—No me pidas que la meta en vereda ahora, Shine. Has perdido ese privilegio. —La fulminó con la mirada. —Y recuerda que hace cuatro años me pediste ayuda. Me debes un favor que aún no me he tomado.

Shine siseó —¿Ahora me echas eso en cara?

—No me hagas hablar de eso, hija —respondió fríamente—. No me hagas hablar.

—¡No la quiero aquí! —gritó histérica apretando los puños.

Patricia no pudo evitar sentirse dolida. Dolida por todo lo que había perdido en esa absurda fiesta.

—Tendrás que vivir con ello. Como Patricia tendrá que vivir sin el amor de una madre y como yo tengo que vivir con la decepción de una hija. —Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas. —Todos tenemos que vivir con las consecuencias de esa noche. Pero no olvides el objetivo de Afrodita y analiza si su plan no está dando resultado, Shine. Al fin y al cabo, eres nuestra reina.

Shine reprimiendo las lágrimas levantó la barbilla y se volvió saliendo de la estancia furiosa.

Descompuesta miró a su abuelo. —Me alejaste para protegerme de ella.

Su abuelo suspiró y cogió su mano para sentarla de nuevo en el sofá. —Vio morir a su marido con sus propios ojos intentando protegerte. Fue un shock para ella y desquiciada te echó la culpa de todo lo que había ocurrido. Al no poder enfrentarse a su enemiga, buscó un culpable y como no habíamos sufrido ataques desde hacía trescientos años, te culpó a ti.

Asombrada miró a Mario. —¿Trescientos años? ¿Y por qué en ese momento?

—Eso mismo se pregunta tu madre. Y es otra razón para volcar su odio en ti. Para nuestra reina eres la responsable y es una idea que ha crecido en ella a lo largo de los años.

—¿No se ha vuelto a casar?

Mario miró a su abuelo que suspiró llamando su atención. —Las sirenas sólo se enamoran una vez en la vida. Si su pareja muere, nunca volverán a experimentar esa sensación.

—Muchas mueren de pena —dijo Mario—. Puede que una sirena esté con muchos, pero en cuanto entrega su amor, es imposible que miren a otro.

—Así que nunca podrá mitigar su dolor.

—Para tu madre, su marido es un recuerdo constante y siente su pérdida cada minuto del día.

Los ojos de Patricia se llenaron de lágrimas. —Lo siento mucho por ella.

—Eso no justifica como te ha tratado —dijo el abuelo—. Pero es algo con

lo tendrá que vivir lo que le quede de vida.

Superada por los acontecimientos, se dio la vuelta para que no la vieran llorar. No podía comprender por qué su madre había llegado a la conclusión de que ella era la culpable de la muerte de su padre. Y lo de su abuelo... eso por no hablar de lo de Poseidón y lo de ser sirena. ¿Estaría teniendo una pesadilla? ¡Eso era! Estaba tan excitada por recibir su herencia, que estaba teniendo una pesadilla. Cerró los ojos con fuerza y los abrió para encontrarse a Mario ante ella. —Quizás deberías descansar un poco.

—Sí, mi niña. Todo esto ha sido demasiado para ti. Debes tranquilizarte antes de continuar.

—¿Continuar? —preguntó atónita.

—Mejor te lo comentamos cuando estés más relajada.

—¡No! Quiero saberlo ahora.

Los dos se miraron y el abuelo dijo preocupado —Mejor díselo tú. Voy a ver cómo está Shine. En ese estado es impredecible y no quiero que lo pague con un inocente.

Se fue antes de que pudiera evitarlo y se dio cuenta que estaba huyendo. Hizo una mueca y miró a Mario. —Te ha dejado el marrón.

Mario sonrió. —Ven, te enseño tus habitaciones y mejor te lo cuento allí.

—¿Me quieres dar unos minutos de descanso?

—Me has sorprendido. No esperaba que tuvieras esa reacción con la reina.

—¿Y qué esperabas? —preguntó caminando a su lado.

—Que te intimidara. Que hiciera contigo lo que le diera la gana. El que no supieras de dónde provenías, te dejaba en desventaja. Todo es nuevo para ti y era un momento crítico para conocer a tu madre.

Salieron de la sala y caminaron por el pasillo hasta la otra ala de la casa. —Realmente cualquier otro se hubiera quedado de piedra —susurró pensando en ello—. Ni sé lo que ha pasado. Todo se acumula en mi cabeza.

—Has actuado por instinto y no te has equivocado. No cambies de opinión o Shine lo aprovechará para hundirte.

Llegaron al final del pasillo y torcieron a la derecha. Abrió una puerta y

dijo mirándola a los ojos. —Estas son tus habitaciones.

—¿Habitaciones? —Cuando entró se detuvo en seco al ver a cinco hombres vestidos con túnicas blancas. Estos no miraban al suelo, sino que esperaban tranquilamente de pie ante el sofá. Se volvió hacia Mario. —¿Qué es esto?

—Son tus esclavos —dijo tranquilamente.

Los cinco reaccionaron a las palabras de Mario. —La tutea —susurró el del medio al que tenía al lado.

—¿Y para qué quiero esclavos? —Mario levantó ambas cejas y ella se sonrojó. —Ah.

—Entre otras cosas. Es un honor ser elegido para ser tu esclavo.

—Oh, por favor —dijo con desprecio mirando a los tipos que no estaban nada mal. De hecho, en Nueva York se hubiera vuelto loca si seis tipos así intentaban ligársela, pero ese no era buen momento ni para saber sus nombres —. Largo. —Mario reprimió una sonrisa y los tipos se miraron los unos a los otros. —¿No me entendéis? ¿Cómo se dice largo en italiano?

—Te han entendido perfectamente. —Perdió la sonrisa y dijo fríamente — ¿No habéis oído a la princesa?

Ella puso los ojos en blanco dejándose caer en el sofá pensando en sus cosas.

—¿Hemos hecho algo mal?

Distraída levantó la vista. —¿Qué?

—Salir de la habitación. Ahora —ordenó Mario. Se apartó para que fueran saliendo uno por uno. Parecían decepcionados y Patricia gimió tapándose la cara con las manos.

—¿No sabéis que la esclavitud se abolió hace mucho tiempo?

Mario se sentó ante ella en la mesa de café y colocó los codos sobre las rodillas. —Sé que no entiendes muchas cosas, pero para un Tritón ser el elegido para ...

—¡Basta! —Se puso como un tomate pensando en ello agradándole cada vez más la idea. Entonces llegó a su cerebro toda la frase. —¿Tritón? ¿Eres un tritón?

Sonrió divertido. —¿Creías que era humano?

—Dios mío, ¿mi abuelo es un tritón?

—Tu Dios es Poseidón. No te confundas, porque te puedes meter en un lío.

—¡Es una frase hecha! —gritó histérica empezando a perder los nervios.

Él iba a tocarla, pero apartó la mano en el último momento. Apretó los labios mirando a su alrededor como si tuviera que contenerse. —Pues intenta controlar esa frase. Poseidón se puede ofender. A veces tiene muy mal carácter.

—¡Lo que me faltaba! —Levantó los brazos tapándose la cara. —Quiero despertar de esta pesadilla.

—¿Te cuento ahora lo demás o espero? —dijo molesto.

Abrió los dedos para mirarle. —¿Te has mosqueado?

—Formo parte de esa pesadilla. Perdona que me sienta ofendido.

Enderezó la espalda y sus caras quedaron una frente a la otra. —Mira, guapo. Enterarte de repente que eres una sirena no es fácil. ¡Eso por no hablar de todo lo que hay detrás! —le gritó a la cara—. ¡Así que si te sientes ofendido, me importa una mierda!

—¡Ese no es un lenguaje propio de una princesa!

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Mario apretó los labios intentando controlarse y los ojos de Patricia bajaron hasta ellos sin perder detalle. Estaba para comérselo. —Tienes que pedirme que te toque.

—Más quisieras. —Se dejó caer de nuevo en el sofá intentando controlarse. Él la observó durante varios segundos sin decir una palabra. —Vale, cuéntamelo y acabemos con esto.

—Tienes que ir a visitar a Poseidón. Está deseando verte.

Le cayó la mandíbula al pecho. —Tiene que ser una broma.

—Hablo totalmente en serio. Y como nunca has nadado con la cola, te aconsejo que des unas clases primero.

—Estupendo, ahora tengo que asistir a clases para ser sirena. ¿Me darán un carnet al terminar?

—Muy graciosa. Hay cosas que debes aprender. El océano puede ser peligroso.

—Devorada por un tiburón al ir a ver a Poseidón. Esto es la leche.

—Y hay otra cosa...

—¿Qué? —Parecía que le costaba decírselo. —¿Tan grave es?

—Hasta ahora Poseidón te ha protegido porque eres su descendencia, pero como hagas algo incorrecto o que le sienta mal... No le cabrees.

—Sigue animándome. Eres la alegría de la fiesta.

—Eres muy graciosa, ¿sabes?

—Y tú un agonías. Un agonías y un antiguo. ¿Desde cuándo para ligarse a una titi le pides permiso para tocarla?

—Desde que la titi puede hacer que Poseidón te lance un tridente y te deje seco.

—Ah. ¿Y lo hace con todas las sirenas?

—Protege a las sirenas, pero vosotras sois su familia. Nadie toca a su familia.

—¿Y por qué no ha terminado con Afrodita?

—No te das cuenta, ¿verdad? Ellos son dioses. Son inmortales. Durante siglos se odian, pero los únicos que pagamos las consecuencias somos los humanos o los medio humanos en este caso. Cuando nosotros muramos, vendrá otra disputa y serán otros los que sufran por sus caprichos. Poseidón sólo nos protege porque eres descendiente de la persona que más amó. Pero no te equivoques, él sigue siendo un Dios y tú una mortal. Tienes que ganártelo, para que durante tu reinado puedas vivir tranquila con su protección.

—Pero no nos protege. Mi padre murió...

—Hacía muchos años que no teníamos un ataque. Los tritones se habían relajado. Eso ya no pasará de nuevo.

—¿Qué quieres decir?

—Zeus está harto de la disputa y está cansado de Afrodita por sus escarceos amorosos en el Olimpo, así que le ha dado la razón a su hermano. Afrodita se mantiene fuera del alcance de Poseidón, pero como se acerque al agua, él lo sabrá y en ese momento la encerrará para siempre en las

profundidades del mar con el consentimiento de Zeus. Los tritones sólo estamos atentos por si envía a otro a cumplir sus órdenes. Hemos aprendido la lección.

—Así que Zeus y Poseidón se han aliado contra ella —susurró acercándose a él.

—¿Por qué hablas tan bajo?

—Son Dioses. Lo oyen todo. —Mario se echó a reír. —¿Qué? ¿No tengo razón?

—No saben que existimos hasta que se lo recordamos.

—No estés tan seguro. —Y conspiradora dijo —No hay que fiarse. Nunca se sabe.

Capítulo 3

—Es lista —dijo Poseidón sentado en su trono mirando la imagen que tenía ante él—. Es muy lista.

—Se lo ha tomado bien —dijo su última esposa tocando su fuerte antebrazo sentada a sus pies—. ¿Crees que ella terminará con la disputa? Esto ya dura demasiado.

Su marido se levantó de su trono y caminó hasta la imagen de su descendiente que en ese momento miraba a Mario con esos preciosos ojos verdes. Poseidón alargó la mano y tocó la imagen de agua. —Es preciosa como humana. Como sirena debe ser bellísima

—¿Qué estás pensando?

—¿Y si cuando esto termine, la caso con un semidiós?

—Todo esto ya es demasiado para ella. Espera a ver cómo se desenvuelve. Puede que salga huyendo hacia Nueva York antes de que te des cuenta.

—¡Casarse con un semidiós es un honor! No podrá contradecirme.

Su esposa levantó una ceja. —Esa te metería el tridente por el trasero y se quedaría tan pancha.

Poseidón se echó a reír a carcajadas provocando olas de más de cinco metros. Su esposa sonrió. —¡Me gustas, mujer!

—¡Lo mismo digo! —Le guiñó un ojo dejando caer la túnica que llevaba, enseñando sus pechos. —¿Qué te parece si formamos una pequeña marejada?

Ya estaba otra vez. Esa mujer era insaciable y mira que él tenía amplios apetitos, pero aquello era demasiado. Se tiró de la barba un par de veces. — Mejor lo dejamos.

Su mujer chasqueó la lengua—¿Alguna tormenta importante?

—No te enfades, mujer. —Ella salió de la sala dando un portazo y Poseidón ya la había olvidado cuando miró la imagen de nuevo. Su niña discutía con Mario. No sabía por qué tenía tanto interés en esa medio humana. Debía ser porque le había entristecido que las rencillas del pasado le hubieran cambiado la vida. Sonrió al ver como el tritón se moría por tocarla. Mario era distinto a los otros tritones. Siempre había sido un rebelde. Todavía recordaba cuando siendo un niño de unos cinco años había enfurecido a Shine al decirle que era una consentida que sólo se preocupaba por sí misma. Se tiró de la barba pensando en la madre de Patricia. Sabía que había sufrido mucho, pero había llegado el momento de poner las cosas en su sitio. Puede que la niña lo hiciera por él. Sonrió porque Patricia le estaba gritando al tritón. Tenía carácter, de eso no había duda. Estaba deseando conocerla en persona.

—¡No pienso meterme en algo que no tiene nada que ver conmigo! —gritó furiosa—. ¡Y en cuanto cobre mi herencia, me largo de aquí!

La miró como si quisiera matarla. —¡No puedes irte!

—Eso ya lo veremos.

—¡Y no hay herencia!

Frustrada miró a su alrededor. —Algo habrá. Quiero mi parte. Hablaré con mi abogado.

—¿Te refieres a ese abogado que te ha ocultado toda la vida que tu madre vivía?

Entrecerró los ojos. —Buscaré otro.

—Sí, espera. Estará encantado de oírte decir, “Mire usted, pero es que mi madre es la reina de las sirenas y no quiere darme mi herencia. Por cierto, ¿le he dicho que esa riqueza proviene del Dios Poseidón, que fue muy generoso con sus hijos?”

—Muy gracioso.

Mario se levantó. —¡Vete haciéndote a la idea de que esta es tu vida! Te ahorrarás problemas.

—¡No quiero quedarme aquí! —Mario apretó los puños intentando contenerse y ella se dio cuenta. Sonrió maliciosa. —Te encantaría darme unos azotes por llevarte la contraria, ¿verdad?

—No sabes cuánto.

Ella se echó a reír a carcajadas por su frustración y decidió provocarle un poco. —¿Tienes que hacer todo lo que yo te diga?

—Sabes que sí.

—Mmm, qué interesante. —Le miró de arriba abajo. —Quítate la chaqueta.

Él se la quitó lentamente y Patricia tragó saliva al ver lo musculoso que era. Incluso con la camisa puesta, se notaba que era perfecto. —Nadas mucho, ¿verdad? —preguntó por sus estrechas caderas.

Mario levantó una ceja. —¿Tu qué crees?

—He visto dibujos de sirenas, pero no recuerdo haber visto a un tritón. Aunque por las descripciones sé cómo sois.

—No sabes cómo somos.

Le miró a los ojos. —¿A ti también se te cambia el color de la piel?

—Sí. —Se llevó la mano a la corbata y se la quitó lentamente antes de empezar a desabrocharse la camisa. Madre mía. Se le marcaban cada uno de sus músculos.

—¿Por qué no puedes tocarme...?

—Nos sentimos atraídos por vosotras. No lo podéis evitar. Está en vuestra naturaleza. Pero sois pocas y amáis sólo una vez en la vida. Así que a los mejores nos designan vuestro cuidado. Somos vuestros compañeros, vuestros protectores y vuestros amantes hasta que os enamoráis. —A Patricia le costaba respirar. —No está mal visto que compartas tu cama con varios o con todos. Estamos aquí para servirte. Pero no podemos tocarte si no quieres, para evitar conflictos.

Su mirada bajó desde sus increíbles ojos verdes hasta su ombligo. —¿Y tus sentimientos?

—Para nosotros es un honor. Pídeme que te toque —dijo con voz ronca.

—Voy a darme una ducha.

—Deberías salir. Necesitas salir un rato al día para ejercitar la cola. Sino cuando lo hagas, te va a doler el trasero y la espalda una barbaridad.

Nerviosa se levantó intentando esquivar el tema. —Ahora no me apetece.

—Ponte una bata y bajemos al lago. Sólo será media hora.

—¿Me lo estás ordenando?

—¡Es una sugerencia!

—¡Pues ha parecido una orden!

—Hay una sutil diferencia.

—¿Cuál?

—¡Que tú puedes elegir llevarme la contraria!

Divertida se acercó a él tensándole y para fastidiarle tocó con su dedo índice su pecho hasta llegar a su pezón que estaba muy endurecido. —Tienes razón. Puedes sugerir a partir de ahora.

La respiración de Mario se alteró con evidencia y su dedo fue bajando por sus abdominales hasta rodear su ombligo. Nunca se había sentido así. Le encantaba tener la batuta y saberse deseada por él.

—Nena, ordéname que te toque.

Envalentonándose se acercó lo suficiente para besar la tetilla y sonrió cuando tensó su cuello con fuerza. —Dime algo. Si yo soy tu sirena... —Pasó la punta de la lengua por su pezón. —¿Has hecho el amor antes?

—Tenemos libertad con las humanas.

Patricia levantó la mirada. —Y con ellas mandas tú, ¿verdad?

—¡Sí!

—Pero me deseas a mí.

—¡Sí!

A Patricia le dio un vuelco el corazón. Y se enderezó alejándose. —Me voy a duchar.

Mario gruñó viéndola ir hacia una de las puertas. —¿Esa es mi habitación? —Abrió la puerta y abrió la boca atónita. —¿Qué coño es eso?

—¿El qué? —Se acercó a ella y miró en el interior de la habitación. —

¿Qué?

La habitación era gigantesca pero lo que llamaba la atención era la enorme cama de unos diez metros de ancho y unos cuatro de largo que tenían sábanas de seda blanca. El cabecero en forma de concha tenía un velo que llegaba hasta los pies de la cama. Era algo impresionante. —¿Esa es mi cama?

—Es nuestra cama.

Parpadeó sorprendida. —¿Y la de los otros?

—Si tú quieres sí —dijo molesto.

—¿Y sino dónde dormirán? —Él hizo un gesto con la mano señalando su espalda y ella se volvió para ver otra puerta. —¿Dormís todos juntos?

—¿Me estás diciendo que no voy a compartir tu cama? —Parecía atónito. —¿Es una broma?

Se cruzó de brazos mirándole. —¿Y por qué iba a dormir contigo?

—¡Soy tu favorito!

—¿Y eso cuándo lo he dicho yo? —preguntó indignada porque lo tuviera tan claro.

—Estoy aquí, ¿no?

Se sonrojó porque tenía razón. Ni había mirado a los otros. —¡Eso no significa que seas mi favorito! ¡Sólo que te conocí primero!

—¡Me pones de los nervios!

—¡Muy bien! ¡Pues hoy duermes allí! —Entró en la habitación y le cerró la puerta en las narices.

Miró a su alrededor escuchándolo gruñir al otro lado. Seguro que si pudiera elegir, tiraría la puerta abajo. Sonrió pensando que debería buscar maneras de fastidiarle. La habitación era inmensa y se preguntó si todas eran así. A la derecha del cabecero había una mesilla y una puerta. Fue hacia allí y se encontró con un gran vestidor, que apenas tenía ropa pues había llevado muy poco. Eso le recordó que tenía que ir de compras, pero había algo que no era suyo. Unas cincuenta túnicas de colores suaves todas bordadas con hilos de oro. ¿Serían para ella? No pensaba ponerse eso. Al final del vestidor había otra puerta y al abrirla vio un baño de mármol blanco con una enorme bañera. También había una ducha y sonrió al ver que habían colocado sus cosas de

aseo, así que se bajó la cremallera del vestido quitándose las manoleínas. Dejó el vestido sobre el tocador y se quitó la ropa interior.

Al abrir el agua frunció el ceño porque el olor le recordó al mar. Metió la mano en el agua que cambió de color al instante y al acercarla a la boca sacó la lengua. Hizo una mueca al ver que estaba salada. ¡Se duchaban con agua de mar! Resignada se metió en el agua y empezó a enjabonarse con una enorme esponja natural que allí había. Se enjabonó con un gel que no sabía de donde había salido porque no era suyo. Imaginó que era de alguno de los chicos. Estaba aclarándose el cabello cuando escuchó que algo se estrellaba contra el suelo con un gran estrépito y asustada se volvió para ver a Mario mirándola como si fuera una aparición. Se sonrojó intensamente girándose. —¿Qué haces aquí? —chilló tapándose como podía.

Mario pasó sobre la bandeja sin dejar de mirarla y atravesó el baño. — ¡Sal de aquí!

Se asustó porque parecía hipnotizado por lo que veía y abrió la mampara sin seguir sus órdenes. —¡Mario! ¡Hazme caso!

Él acercó la mano hacia ella y cogió un mechón de su pelo. Parecía que no se creía lo que estaba viendo. El corazón de Patricia galopó en su pecho al darse cuenta que Mario estaba fuera de control e intentó ser suave. —Mario, aléjate de mí.

Él la miró de arriba abajo y como no reaccionaba, le arreó un tortazo. Sorprendido la miró a los ojos. —¿Qué coño haces?

—¿Y tú? —No pareció nada incómodo. —¡Sal del baño!

—¿Me lo estás ordenando?

—¡Me estás tocando!

Sorprendido miró su mano y la apartó a toda prisa. Él apretó las mandíbulas con fuerza como si se estuviera conteniendo. —Es culpa tuya.

—¿No me digas? ¡Sal del baño!

La miró a los ojos. —Eres la sirena más hermosa que he visto nunca.

A Patricia se le cortó el aliento. —Y eso que no he visto tu cola. Seguro que es preciosa.

—¿Y cómo sale?

—Tienes que sumergirte en el agua del mar. Estoy deseando verte. —Le miró el cabello. —Es dorado. Nunca he conocido a ninguna sirena que lo tuviera dorado. ¿Por qué te cubres? Eres demasiado hermosa para cubrirte.

—Ya claro, voy a ir en pelotas continuamente. —Aquello ya era demasiado. —¡Largo!

Mario se tensó. —¿Me estás echando? ¡Soy el favorito! Tengo la obligación de ayudarte en el aseo.

—¡Estás fatal! ¡Lo he hecho sola toda la vida!

—¡Es privilegio mío cepillarte el cabello!

—¡Madre mía, como no te largues, te expulso de mi habitación! ¡Alguna manera tendré de líbrame de ti!

Eso sí que lo puso de mala leche. —Pues ya que me vas a echar... —Patricia abrió los ojos como platos cuando la cogió en brazos. —Voy a darme una alegría.

—¡Mario!

La sacó del baño y furioso la dejó caer sobre la cama rompiendo la delicada gasa del dosel que cayó sobre ella. Mario se llevó las manos a la cinturilla de su pantalón y lo abrió a toda prisa. —Patricia se sentó en la cama quitándose el velo de la cara y abrió los ojos como platos al ver su excitación. —¡Mario estás perdiendo el control!

—Sí... —La cogió por la nuca y la besó en los labios. Patricia abrió los ojos como platos porque fue como si la traspasara un rayo y cada poro de su piel fue consciente de su contacto. Abrió la boca casi sin darse cuenta y sus lenguas se entrelazaron. Mario se apartó lentamente y la miró a los ojos tumbándose sobre ella. Patricia gimió al sentir su sexo rozándola y cerró los ojos cuando sus pezones tomaron contacto con su pecho. —Puede que no seas mía para siempre. Pero en este momento sí. —La besó profundamente mientras Patricia no podía ni pensar por la creciente necesidad que sentía por él. Todo aquello era una locura y cuando Mario apartó su boca para besar su cuello no pudo evitar llevar las manos a su cabello. Era una delicia tocarle y lo que él le hacía, la volvía loca. Él lamió su cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja y lo acarició con suavidad, provocando que gimiera. Mario se apartó apoyándose en sus antebrazos y se miraron a los ojos. Sin saber ni lo que hacía, acarició sus hombros y él cerró los ojos disfrutando de sus caricias. Sin darse cuenta

ella abrió sus piernas rodeando su cadera y movió su pelvis contra su sexo erecto deseosa por sentirle. Eso la asustó. Su necesidad por él aumentaba a cada segundo y susurró —Mario, tengo miedo.

Él abrió los ojos y un brillo en su mirada provocó un vuelco en su corazón. —Yo siempre estaré ahí —dijo con voz ronca—. Sólo necesitas extender la mano y podrás coger la mía. —Los ojos de Patricia se llenaron de lágrimas porque sabía que hablaba en serio. —Hasta el día de mi muerte, nena. Siempre estaré ahí para ti.

Su entrega y su fuerza le dieron el valor que necesitaba y abrazó su cuello antes de atrapar su boca. Mario gimió respondiendo a su beso y acarició su costado levantando sus caderas. Cuando sintió su sexo rozando sus pliegues, apartó su boca y con la respiración agitada le miró a los ojos mientras entraba lentamente en su ser. Mario gimió y la besó suavemente en los labios sin detenerse, cuando de repente la miró sorprendido y susurró —Soy tu primer amante. —No era una pregunta. Era una afirmación, pero Patricia estaba tan sumergida en lo que estaba sintiendo que no era consciente de nada. Mario la cogió por la nuca con pasión y la besó apasionadamente antes de mover las caderas con fuerza entrando en ella. Patricia gritó en su boca por la invasión y se aferró a su cuello no queriendo separarse de esa sensación jamás. Quería todo lo que él le daba y más aún. Al sentir como salía de ella, apretó con fuerza su interior no queriendo perderle y Mario gimió con la respiración agitada. —Me vas a matar —susurró contra sus labios antes de entrar de nuevo en ella. Fue como si la traspasara un rayo y todo su cuerpo se tensó con fuerza. Arqueó su cuello hacia atrás mientras Mario perdía el control y empezaba a mover sus caderas con fuerza contra ella. Patricia gritó de placer una y otra vez sintiendo que su cuerpo se rompía por la tensión, hasta que con una fuerte estocada su cuerpo estalló en la más maravillosa de las sensaciones.

Los besos de Mario en su cuello la volvieron a la realidad y sonrió sin abrir los ojos. —Preciosa, ¿ya te has repuesto? —Parecía divertido y ella abrió los ojos poniéndose como un tomate cuando lo vio sobre ella mirándola atento a su expresión. —Todavía no he acabado, princesa. ¿Crees que podrás seguirme el ritmo?

Asombrada abrió la boca y Mario se echó a reír. Avergonzada replicó —¿Cómo que no has acabado?

—Lo tritones tenemos mucha resistencia para satisfaceros —dijo

malicioso.

¡Madre mía, ese tío la iba a matar de placer antes de los treinta! Mario movió su cadera y se le cortó el aliento al comprobar que seguía dentro de ella. Entrecerró los ojos. —Esto no puede ser bueno.

Mario se echó a reír y la cogió por la cintura sentándose con ella encima. Patricia cerró los ojos por el placer que la recorrió y le abrazó pegándose a él. A Mario se le cortó el aliento al sentir que era ella la que le abrazaba y Patricia le susurró al oído —Nunca había sentido nada igual. —Mario la abrazó a él con fuerza como si no quisiera separarse de ella jamás. —No me dejes. Júrame que tú nunca me dejarás.

La mano de Mario tembló en su espalda. —Ni después de la muerte. Siempre estaré contigo.

Los ojos de Patricia se llenaron de lágrimas y una de ellas cayó sobre el hombro de Mario, que gruñó cogiéndola del cabello para mirarla a la cara. —Escúchame bien. Puede que yo sea tuyo, pero tú eres mía, nena. No nos conocíamos hasta hoy, pero llevo a tu lado desde tu nacimiento y eso no cambiará nunca. —Le acarició la mejilla que ahora ya estaba de su color y borró una de sus lágrimas con el pulgar. Él acercó su dedo a su boca y lamió la lágrima provocándole en ese justo momento un estremecimiento que la sorprendió por su fuerza. Mario la sujetó fascinado mientras ella sentía que su corazón estallaba. Agotada se dejó caer sobre él. Le acarició la espalda mientras se calmaba y asombrada susurró sin aliento —¿Qué acaba de pasar?

—Nada —susurró él sin dejar de acariciarla—. ¿Qué has sentido?

—No ha sido como antes —susurró sintiendo que se le cerraban los ojos—. Mi corazón se me salía del pecho. Quizás debería ir al médico.

—No te pasa nada —susurró él tumbándola en la cama sin soltarla como si necesitara tocarla—. Todo está bien. —Acarició su cabello mirándola preocupado. —Ahora descansa. Han pasado muchas cosas.

Abrió los ojos y sonrió al verle a su lado. —Vale, te dejo dormir conmigo y hacerme todas esas cosas.

Mario sonrió viéndola dormirse rápidamente y susurró acariciando su cabello —Nena, ahora ya no puedes impedírmelo.

Capítulo 4

Patricia se despertó hambrienta y al volverse en la enorme cama suspiró al ver la concha sobre ella. Puso los ojos en blanco antes de sentarse y al mirar a su alrededor se preguntó qué hora sería. Con el cambio de horario estaba un poco despistada. Pero por los enormes ventanales había luz, así que era de día. Se preguntó dónde tendría su móvil porque hacía tiempo que no usaba reloj. Al posar los pies en el suelo se mareó. Perdió el equilibrio totalmente cayendo de la cama de rodillas porque las piernas no la respondían. Su corazón empezó a latir con fuerza y un sudor frío recorrió su espalda. A punto de desmayarse no fue consciente de que la cogían en brazos. Solamente suspiró cuando su mejilla acalorada reposó sobre la piel húmeda de Mario que susurró —Llevas muchas horas sin comer y no te has sumergido. Debes empezar a hacerme caso, nena.

El alivio que sintió de repente la hizo abrir los ojos para ver que la estaba metiendo en un agua con el color esmeralda más bonito que había visto nunca. Abrió los ojos como platos al ver a varias personas alrededor de la laguna y ella estaba desnuda. Vestidos con túnicas les observaban atentamente. Había dos mujeres jóvenes que estaban cuchicheando entre ellas y sonreían maliciosas.

—¡Mario! —susurró cuando el agua tocó sus piernas—. ¡Nos están mirando y estoy en pelotas!

Mario sonrió. —No necesitas la ropa. —Bajó otro escalón y antes de darse cuenta se metió del todo sumergiéndola hasta la cabeza. Ella tomó aire cogiéndose de su cuello y abrió los ojos bajo el agua furiosa porque no la hubiera avisado. Entonces él sonrió bajo el agua y a Patricia se le cayó la mandíbula al pecho al ver como la piel de su esclavo cambiaba de color a un azul verdoso increíble. Él la apartó suavemente y Patricia bajó la mirada por

su pecho hasta llegar a sus piernas que habían desaparecido totalmente para ver una poderosa cola de pez. Era tan impresionante que ni se dio cuenta que estaba respirando bajo el agua. Al volver a mirar sus ojos vio el deseo en ellos y sintió que su corazón volaba.

—Eres aún más hermosa de lo que me imaginaba.

Entonces ella se miró. ¡Dios! Era un pez. Sin darse cuenta de lo que hacía soltó sus manos y dobló su cola alucinando por su color. ¡Era dorada y verde! Era mucho más pequeña que la de Mario, pero aun así era algo impresionante. —¡Mierda! —susurró sin poder evitarlo—. ¡Soy rara de narices!

Mario se echó a reír a carcajadas y sorprendida lo miró. —¡No tiene gracia! ¡Hasta ayer era una neoyorkina chiflada más! —Al ver una pompa de oxígeno salir de su boca se llevó la mano al cuello. —¡Puedo hablar bajo el agua! —Abrió aún más los ojos. —¡Puedo respirar!

Mario la cogió de la muñeca y tiró de ella. —Vamos, esto te va a encantar.

—Hasta ahora solo me ha gustado una cosa —dijo con desconfianza haciéndole reír.

Él se colocó bajo su cuerpo sonriendo y la cogió por la cintura tirando de ella. —Así que te ha gustado, ¿eh?

Se sonrojó bajo su color verde apoyándose en sus hombros. —Me dormí.

—No sabes lo satisfactorio que fue para mí.

Le miró a los ojos. —¿De verdad?

La besó suavemente en los labios. —Más que nada en la vida.

Abrazó su cuello y preguntó maliciosa —Tú has practicado poco, ¿verdad?

Mario se echó a reír y nadó rodeando su cuerpo. Fascinada por cómo se movía estiró la mano temiendo hundirse y él se la cogió sin mirarla antes de pasar su otro brazo tras su espalda para sujetarla por la cintura. —Ven, nena. Déjame enseñarte nuestro mundo.

—¿Qué tengo que hacer?

—Mover la cola. Te acostumbrarás. Yo te ayudaré.

Mario movió su cola con fuerza y los impulsó unos metros. Ella chilló encantada e intentó hacerlo, pero se movió poquísimo. —Estás aprendiendo.

En unos días te habrás acostumbrado. Mientras tiro de ti, mueve la cola para practicar.

Ella asintió, pero Mario iba tan rápido que no fue capaz de mover la aleta porque fascinada miraba a su alrededor. Había muchísima vida a su alrededor y todo era precioso. Pasaron por una gruta y entendió que la laguna estaba debajo de la casa. Al salir al exterior el agua era más fría y mucho más oscura. Sintió temor al darse cuenta que estaban a mucha profundidad. Mario la miró y apretó la mano de su cintura pegándola a él. —No te pasará nada.

Se dio cuenta que estaba pensando tonterías. Era una sirena. Novata, pero una sirena. No se iba a ahogar. Forzó una sonrisa y él asintió sin detener el ritmo. Patricia abrió los ojos como platos al ver un barco hundido y Mario al darse cuenta que quería acercarse le dijo —Tienes que tener cuidado con ellos. Hemos perdido a algunos de los nuestros a través de los siglos por curiosear y desplomarse cosas sobre ellos. Sobre todo, con los que eran de madera.

—¿Habéis encontrado algún tesoro?

Mario se echó a reír. —Por supuesto. Es parte de la diversión.

—Increíble.

Él se detuvo ante el barco. —Este es de pescadores. Los nuestros salvaron a varios que estaban al borde de la muerte dejándolos sobre las rocas. —La miró a los ojos. —Nunca dejes que te vean. Hay muchas historias en la zona sobre nosotros y de vez en cuando aparecen algunos buscándonos como si fuéramos fenómenos.

—Entiendo.

—Ven, estarás hambrienta.

Ella le miró con horror. —¡Huevos con beicon!

Mario se echó a reír a carcajadas. —Esto es mucho mejor.

Patricia negó con la cabeza. —No hay nada mejor que los huevos con beicon.

—Humanos.

—Tritones.

Riendo tiró de ella a una velocidad increíble y se metió entre unas rocas

antes de coger lo que parecían unas ostras. Suspendidos en el agua le observó abrirlas sin ningún esfuerzo. Mario sonrió tendiéndosela. —Come, princesa. Te aseguro que no encontrarás algo mejor.

Le miró con desconfianza alargando sus brazos y cogiendo la ostra. —Es viscosa. Estas cosas nunca me han gustado.

—Eso era antes. —La miró a los ojos y ella acercó la ostra a la boca. Tomó aire y se tapó la nariz dispuesta a tragarla de golpe mientras Mario se reía. Pero cuando se la metió en la boca sorprendentemente no sintió asco. Sabía maravillosamente bien. La masticó con gusto quitando la mano de la nariz y le hizo un gesto a Mario para que le diera más.

Él sonrió y abrió unas cuantas después de tenderle la otra que tenía en la mano y la vio comer con apetito. Saciada le miró sonriendo. —No ha estado mal el desayuno.

—Solo falta el champán. —La cogió de la mano y la pegó a él. Maliciosa le miró a los ojos y Mario se echó a reír. —Nena, ¿ahora?

—¿No se puede?

—Yo nunca lo he hecho, pero sí que se puede —dijo con deseo acariciando su espalda hasta su trasero—. ¿Cómo crees que Poseidón dejó embarazada a Parténope?

—¿En tierra?

—El caso de Parténope era distinto. Ella no se transformaba en humana. Sus hijos sí por ser descendencia de Poseidón, pero ella estaba destinada a vivir y a morir en el agua. —La mano de Mario llegó desde el trasero a lo que se suponía que era el principio de su entrepierna y Patricia abrió los ojos como platos al sentir como la acariciaba. —¿Quieres probar? —preguntó con voz ronca.

Cerró los ojos disfrutando de sus caricias y él apartó su cabello dorado para mirar sus pechos. Con la mano libre le acarició uno de ellos y pellizco su pezón. Patricia gritó y él atrapó sus labios devorándola. Se apartó mirando sus ojos y la volvió colocándola de espaldas a él. La abrazó con fuerza acariciando sus pechos y susurró en su oído —Me vuelves loco.

Patricia extasiada por lo que estaba sintiendo giró la cabeza para reclamar sus labios justo cuando él entró en ella haciéndola gritar de placer. Si Mario era fuerte como humano como tritón lo era todavía más y Patricia sintió que se

deshacía en sus brazos mientras él entraba en ella una y otra vez volviéndola loca de placer. Desesperada por liberarse, alargó su mano hacia atrás clavando las uñas en su trasero justo antes de que un último empujón los liberara.

Pasaron un día maravilloso. Mario le enseñó sus sitios favoritos y sin soltarla en ningún momento intentó que ella empezara a nadar por sí misma. Cuando terminó estaba agotada. Le dolía todo y Mario apiadándose de ella la llevó a casa.

Hablando de su vida en Nueva York, ella se estaba riendo de una anécdota en la fotocopidora cuando sacaron la cabeza del agua en la laguna. A Patricia se le cortó la risa de golpe al ver allí al menos a cuarenta personas que la miraban atentamente. Nerviosa se giró y vio a su abuelo sonriendo satisfecho y a su madre mirándola como si quisiera que desapareciera para siempre.

—¿Qué ocurre?

Su abuelo se acercó al borde y Mario se puso a su lado cogiéndola por la cintura. Varios jadearon de asombro al ver a través del agua que la tocaba.

—¿La proteges de mí? —preguntó su abuelo divertido.

—No la forcéis. Acaba de llegar.

—¡Cierra la boca, tritón! —gritó su madre furiosa—. ¿Quién te crees que eres para hablar así a mi padre?

Mario apretó los labios y la miró de reojo. Patricia sintió furia porque lo tratara así. Miró a su madre y siseó —¿Y ahora qué ocurre?

—¡Sal de agua!

Su vista recayó en su abuelo que asintió. Se volvió hacia Mario y cogió su mano yendo hacia las escaleras. Varios murmuraron y la reina gritó de los nervios —¡Silencio!

Mario apretó su mano y ella le miró. Él señaló unas rocas planas al lado del agua a las que les daba el sol y supuso que se ponían allí para secarse. Se dejó guiar y llegaron hasta ellas. Mario subió ágilmente y Patricia sonrió al ver su cola en todo su esplendor. Era preciosa. Sus escamas brillaban a la luz del sol dándoles a los azules y los verdes un color más intenso. Estaba tan

ensimismada en su belleza que alargó la mano y acarició su cola mientras varios retenían el aliento. Mario la miró a los ojos y susurró —Ven, preciosa. Ven a mi lado.

Patricia alargó la mano que le tocaba y él se la cogió sentándola a su lado. Varios se taparon la boca sorprendidos y ella sonrió a Mario. —Gracias.

Pero él no respondió a su sonrisa. Estaba muy tenso y eso la molestó. Se volvió para mirar a la gente y cuando sus ojos se encontraron con los de su madre lo supo. La odiaba más que a nada. Si pudiera la mataría en ese momento ante todos. Entonces sintió temor por Mario, porque su madre le miró con la misma rabia y puede que a él sí pudiera hacerle daño. Al mirar a los demás se dio cuenta que estaban sorprendidos y un poco avergonzada por ser el centro de atención miró hacia su regazo para darse cuenta que su cola estaba totalmente dorada bajo la luz del sol. Entrecerró los ojos, ¿aquello sería normal?

—Mario...—susurró. Él la miró. —Mi cola es dorada.

—Lo sé, nena.

—Eso es malo.

—En este momento sí. —Se miraron a los ojos y vio su preocupación. —Sonríe.

Patricia forzó una sonrisa y volvió la cabeza hacia su abuelo que cruzado de brazos sonreía satisfecho. Eso le dio fuerza así que miró a la mujer que le dio la vida y preguntó —¿Y ahora qué?

Muerta de rabia apretó los puños. —¡Cómo te atreves! —gritó fuera de sí —. ¡Cómo te atreves a presentarte ante mí!

—¡Oye! ¡Qué yo venía por mi herencia! ¡Aquí la única que se podría sentir defraudada soy yo!

Mario cogió la mano que tenía apoyada en la piedra y se la apretó imperceptiblemente.

—¡Esa es la prueba de que tú eres la culpable de la muerte de tu padre! — La señaló y ella supo que lo del dorado no era algo muy normal.

Se encogió de hombros dejándola de piedra. —¿Y?

Su madre no salía de su asombro. —¿Cómo qué y? ¡Desaparece de mi vista!

—¡A ver si nos aclaramos, porque me estás poniendo la cabeza loca! ¡Qué yo no quería venir! —dijo con descaro haciendo reír a varios de los presentes. Sobre todo a las dos chicas de antes que se pusieron a cuchichear entre ellas. Pero ella decidió ignorarlas para enfrentarse a su madre—. ¡Yo vivía muy tranquila antes de todo esto! —Se señaló el cuerpo. —¿Sabes el susto que me he pegado cuando me duché el día después de mi cumpleaños y salí verde sin saber que esto me podía pasar? —Entrecerró los ojos. —¡Y todo es culpa tuya por tenerme en la inopia! ¿Qué clase de madre haría eso?

Todos miraron a la reina que estaba roja de furia. Se notaba que nadie le llevaba la contraria. Pues con ella se iba a llevar una sorpresa. —Quiero que abandones la casa inmediatamente.

—Y yo quiero que me toque la lotería, pero como no compro...

Las chicas se rieron sin poder evitarlo y Daniel carraspeó. Le guiñó un ojo a su abogado que puso los ojos en blanco como si no pudiera con ella. Un hombre con túnica blanca se acercó con una túnica verde que le dio a Mario y otra que le dio a Patricia del mismo color, aunque la tela era distinta. Era casi transparente.

Entendiendo que enseguida se secaría su piel y que volvería a su color natural iba a ponérsela cuando la laguna se agitó con fuerza. Todos dieron un paso a tras excepto ellos que al estar sobre las piedras miraron al agua viendo olas que se agitaban con fuerza en todas direcciones.

—Nena...

—Ya me imagino quien es —dijo asustada porque lo que menos le apetecía en ese momento era ver un antiguo dios que tenía la facultad de poder quitarla del medio en cualquier momento. Miró a Mario a los ojos—. Me va a echar.

—No, nena. No te echará. Te lo garantizo. No has hecho nada malo.

Su abuelo se acercó corriendo y Daniel también colocándose a su espalda mientras los demás se alejaban como si temieran que las olas se los llevaran. Las dos chicas entrecerraron los ojos y cogidas de la mano se acercaron a ellos, pero Patricia no se dio cuenta porque a través de las olas vio a su madre al otro lado de la laguna mirándola muerta de rabia.

Un brillo intenso apareció bajo el agua y sin darse cuenta se acercó más a Mario que rodeó su cintura con el brazo. Las chicas sonrieron tras ella

mirándose cómplices.

El brillo se hizo más intenso y las tres puntas de un tridente salieron del agua dejándola con la boca abierta al ver que era de oro y enorme. Aquello empezaba a ser demasiado, dijo para sí mientras veía que empezaba a aparecer un cabello cano. —¿No lleva corona? —preguntó sin poder evitarlo.

Su abuelo gimió tras ella y las olas batieron más deprisa antes de escuchar una risa estridente. ¡El tío se estaba riendo! Atónita le vio emerger. ¡Era más joven que su abuelo! Aparentaba unos cincuenta, pero tenía el cabello y la barba casi blancos. Pero menudo cuerpo. Atónita vio que sólo llevaba una túnica por encima de las rodillas de color blanco y que no tenía mangas. Sus pies descalzos quedaron sobre el agua y las olas se calmaron mientras él seguía riendo. Se volvió hacia ella y perdió la risa de golpe. Mario se tensó a su lado y ella se pegó a él sin darse cuenta. Todos se agacharon y se arrodillaron, pero Patricia no vio nada de eso mirando sus ojos. Su iris era dorado como el suyo. Entonces se dio cuenta que Mario no los tenía así. Eran de un verde precioso pero su iris no era dorado.

Poseidón dio un paso hacia ella fascinado y todos se dieron cuenta. Su piel empezaba a secarse y se cubrió los pechos con la túnica, pero Poseidón levantó su mano. —Ven aquí.

Nerviosa miró a Mario que tampoco quería que fuera, pero al parecer no podía negarse. —¡Ven aquí! —ordenó perdiendo la paciencia.

—¡Oye, a mí no me grites! —le gritó ofendida.

Todos se quedaron en silencio y Poseidón frunció el ceño. —¿Te estás negando?

—¡No me estoy negando, pero deberías pedirlo, no gritarme! —Se acercó al final de la piedra.

Poseidón parpadeó estupefacto y su madre sonrió. —Nena... —Miró a Mario, que estaba perdiendo el color. —Baja.

—¡No!

Entonces Poseidón se echó a reír a carcajadas y las olas azotaron el lago salpicándola con fuerza. Su color volvió a ser verde de cintura para arriba y su cola brillo bajo la luz del sol robándole a Poseidón la risa. El Dios alargó la mano y le hizo un gesto para que se acercara a él. —Nada para mí.

—Nado fatal.

Poseidón sonrió animándola. —Mejorarás con el tiempo. No te preocupes.

Varios los miraban asombrados y más aún cuando Poseidón dio otro paso hacia ella y alargó la mano casi hasta tocarla.

Ella alargó la suya y Poseidón sonrió cuando tiró de ella con suavidad para meterla en el agua. Mario se tensó al ver como Poseidón se sumergía con ella e iba a tirarse también, pero Daniel le cogió del hombro deteniéndole. — Esto tiene que hacerlo sola.

—Le prometí que no la dejaría sola —dijo mirando el agua y viendo como ella nadaba alrededor de su Dios. Le costaba hacerlo, pero en unos días estaría preparada para sumergirse sola.

Todos se acercaron a la orilla para ver como Poseidón le decía algo provocando la risa de Patricia. —Es tan hermosa que duele mirarla —susurró Daniel.

Mario se tensó y le dijo a su abuelo. —Es mía.

Su abuelo se echó a reír. —Eso no hace falta que lo digas. Se ve a la legua.

Incómodo miró al abuelo de Patricia. —Ella no lo sabe, pero ayer se unió a mí.

—¿No se dio cuenta?

—Con todo lo que ha pasado se lo tomó como algo extraño más.

—Entiendo. —Volvieron a mirar el agua. —La verdad es que toda esta información de golpe... —Miró a su hija con preocupación. —Mirarla. Shine se muerde las uñas por la atención que Poseidón le otorga.

—Ve como sus planes se frustran —dijo Daniel.

Las chicas escuchaban en silencio mirando el agua y en ese momento Poseidón le hizo un gesto con la mano. Ella rió y se metió en la zona más profunda de la laguna. Mario se asustó y el padre de la reina lo sujetó del brazo. —No lo hagas.

En ese momento vieron llegar a Patricia a buena velocidad y a Mario se le cortó el aliento cuando salió a la superficie antes de girar y lanzarse de cabeza de nuevo mientras se reía. Poseidón aplaudió bajo el agua haciéndola feliz

mientras el grupo la jaleaba de emoción desde arriba.

—Increíble —susurró Daniel—. Se lo ha ganado sin ningún esfuerzo.

—Es de su sangre. Es hermosa y está orgulloso de ella por cómo se lo ha tomado todo —dijo el padre de la reina. Poseidón se acercó a ella y acarició la estrella que llevaba en el pecho. Patricia le miró a los ojos sonriendo. —Le divierte. Esperemos que esa diversión dure todo su reinado y que cumpla con su cometido como tiene marcado por destino.

—Es algo más —dijo Mario preocupado—. Espero que no se encapriche de ella. —Todos le miraron asustados. —¿Sabéis que puede pasar!

—Silencio —dijo una de las chicas preocupada—. Ya vuelven.

Expectantes observaron cómo Poseidón salía al exterior hasta colocarse de pie sobre el agua mientras que Patricia sacó la cabeza sonriendo. Mario suspiró de alivio al verla tan relajada y cuando Poseidón estiró la mano, ella la alargó con naturalidad cortándoles el aliento a todos cuando él la cogió de la mano y sin esfuerzo la colocó al lado de Mario de nuevo. Poseidón le miró a los ojos muy serio. —¿Sabes cuál es tu misión?

Mario inclinó la cabeza en señal de respeto. —Por supuesto, mi Dios. Protegerla por encima de todo.

—No me falles, Tritón. Como le pase algo a mi más preciada posesión, lo pagarás con tu vida.

Patricia iba a decir algo defendiendo a Mario, pero Poseidón la miró acallándola. —Pequeña, te queda mucho que aprender sobre el pueblo que vas a gobernar, pero como tu madre no se encargará de enseñarte como sería su deber, lo dejaré en manos de tu abuelo y de... —Miró a su alrededor y vio a las dos sirenas. Sonrió divertido. —Carla, Marla.

Las dos sirenas abrieron los ojos como platos antes de inclinar la cabeza hacia delante. —Vosotras le enseñareis cómo debe comportarse una sirena. —Miró a Patricia a los ojos. —Sólo una sirena puede enseñarte cuál es tu cometido en la vida. Mario es un tritón y está acostumbrado a obedecer. Tú debes reinar. No lo olvides, pequeña. —Se volvió para mirar a Shine y entrecerró los ojos. —Me has decepcionado. —A todos se les cortó el aliento y Mario cogió la mano de Patricia protegiéndola. Patricia no entendía nada porque con ella había sido muy afable. Miró a su madre que había perdido el color y Patricia se tensó. ¿Qué ocurría allí?

—Ya no te voy a dar más oportunidades de enmendar tu error. Tu reinado llegará a su fin con el próximo solsticio de invierno cuando tu hija ya esté preparada para liderar a mis sirenas.

—Pero mi Dios... —dijo Shine asustada—. ¡No he hecho nada!

—¿No has hecho nada? —gritó furioso provocando olas de dos metros. Poseidón se elevó sobre una de ellas acercándose a su madre que dio un paso atrás asustada—. ¿Crees que no lo veo todo? ¡Te prohibí que influyeras en ella de cualquier manera!

—¡Y no lo he hecho! —gritó desquiciada. Patricia sintió pena por ella al ver el dolor en sus ojos.

—¡Qué desees el mal a tu propia sangre, es un insulto para mí porque nuestra sangre es la misma!

—¡No puedo seguir con esto! ¡No lo aguanto más! ¡Es una tortura!

A Patricia se le rompió el corazón escuchando esas palabras y Shine la señaló. —¡Mírala! ¡Por su culpa se me quitó lo que más quería! ¡Nunca podré volver a ver al hombre que amo porque ella vino al mundo!

Su abuelo la cogió por el hombro dándole apoyo, pero ella no se dio ni cuenta porque no se podía creer que lo hubiera dicho en voz alta. Poseidón se enfureció y aunque su cara no mostró nada, el aire que le rodeó les puso los pelos de punta. Los que estaban cerca de la reina se alejaron dejándola sola y ella enderezó la espalda dispuesta a soportar el castigo. —Mátame. Libérame de este dolor de una vez.

—¿Por qué no lo has hecho ya?

—No tengo el valor suficiente —respondió con lágrimas en los ojos y Patricia se llevó la mano al pecho sintiéndolo muchísimo por ella. Era evidente como sufría y era muy triste saber que nunca se recuperaría por la pérdida de su ser amado.

—¡No voy a quitarte la vida! —gritó Poseidón antes de señalarla con el tridente—. Y te prohíbo que tú te la quites. Esa será tu penitencia por tu comportamiento desde que nació tu hija.

Shine gritó de dolor abrazándose la cintura antes de dejarse caer de rodillas llorando. Sin poder soportarlo más Patricia se tiró al agua y nadó hasta ella saliendo al otro lado de la laguna y alargó la mano, pero no llegaba.

Sin darse cuenta que lloraba al igual que su madre, estiró más la mano y Shine levantó la vista hacia ella. Se miraron a los ojos antes de que Shine mirara su mano. Durante un segundo Patricia vio en sus ojos un amor infinito que le robó el aliento y susurró —Ven a nadar conmigo, madre. Te sentirás mejor.

Shine se tensó, pero Patricia alargó más la mano forzando una sonrisa. — Seguro que tienes mil cosas que mostrarme.

Su madre se enderezó haciendo jaderar a varios y Poseidón apretó los labios al ver su rechazo. Patricia apoyó la mano que le tendía en una de las rocas sin dejar de mirarla a los ojos.

—No tengo nada que mostrarte. Lo único que deseo es que me devuelvan lo que un día me arrebataron.

Patricia intentó disimular el dolor que le habían provocado esas palabras y se la quedó mirando mientras la reina se volvía para salir de allí. Mario se pegó a su espalda rodeándola con sus brazos. —No pasa nada, nena.

—Lo sé. —Se volvió entre sus brazos y vio a Poseidón observándola. Forzó una sonrisa y su nuevo Dios apretó los labios al escucharla decir —Se le pasará. Está algo alterada, pero...

—No la excuses, pequeña. Mi decisión es firme. De todas maneras, no te debes preocupar por ella. Aprende lo que debas.

—¿Y si no estoy preparada en el solsticio de invierno?

Poseidón sonrió. —Lo estarás. —Miró su colgante y suspiró. —Eres merecedora de llevar ese collar.

Esas palabras la emocionaron y sin poder decir nada se acercó a él alejándose de Mario y le hizo un gesto para que se agachara. Poseidón frunció el entrecejo sumergiéndose a su lado y ella le abrazó por el cuello con fuerza sorprendiéndole. —Gracias.

Poseidón sonrió dejándose abrazar mientras todos los observaban atónitos. —De nada, pequeña.

Patricia sintió su palmadita en su espalda. Se notaba que no estaba acostumbrado a que le abrazaran. Le dio un beso en la mejilla y se alejó yendo hacia Mario que estaba muy tenso. Patricia se preguntó porqué y se lo preguntó con la mirada, pero él no dejaba de mirar a su Dios que se echó a reír. —Está celoso, pequeña. Tu tritón tiene mucho carácter.

Sonrió abrazando por la cintura a Mario. —¿Estás celoso de este viejales? Si tiene miles de años.

Poseidón se echó a reír a carcajadas agitando el agua con fuerza. Se volvió hacia su abuelo. —Nuestra niña es de armas tomar. —El abuelo asintió sonriendo. —Lo has hecho muy bien, Carlo. Lo has hecho estupendamente bien.

—Gracias, mi Dios.

Poseidón entrecerró los ojos. —¿Cuántos deseos te quedan?

El abuelo se tensó. —Uno, mi Dios.

—Sí, uno lo usaste para cambiar el destino de tu nieta, ¿y el otro?

—Preferiría no decirlo, mi Dios.

—Abuelo, él lo ve todo.

Se sonrojó mirando a su Dios y Poseidón asintió. —Totalmente cierto. —Entrecerró los ojos. — Cuando te regalé esos tres deseos por lo bien que cuidaste de tu esposa, no me imaginaba que tendrías que utilizarlos en salvar a tu familia. No malgastes el tercero con tu hija, Carlo. No merece la pena. Como dice tu nieta, yo lo veo todo y el siguiente error no lo perdonaré.

Intrigada miró a su abuelo que se sonrojó intensamente. Supo que había gastado su segundo deseo en ocultarle a Poseidón algo que había hecho su madre. —Si no la castigué en ese momento fue por tu deseo, pero no volverá a ocurrir. No se te olvide.

—Sí, mi Dios —dijo avergonzado.

Poseidón se volvió para mirarles y sonrió satisfecho por esa pareja. Mario era el apoyo que ella necesitaba hasta que supiera defenderse sola. Miró a los ojos a su descendiente y susurró —Preciosa como mi Parténope.

Se sumergió sin decir nada más dejándolos a todos en silencio durante varios segundos. De repente toda la comunidad se puso a hablar los unos con los otros y Mario la cogió por la cintura girándola para mirarla. —¿Qué te dijo en el agua?

—Nada. —Se encogió de hombros. —Me dijo que nadaba muy bien para ser mi primer día y me dio instrucciones.

—¿Sólo eso? —preguntó muy tenso—. ¿No te ha dicho nada más?

—¿Qué ocurre, Mario? ¿Qué te preocupa?

Él sonrió. —Nada. Lo has hecho muy bien.

Patricia no se lo creía del todo. Parecía que le estaba dando vueltas a algo que le preocupaba, pero estaba claro que no quería preocuparla a ella.

—¡Patricia!

Se volvió hacia su abuelo que estaba al lado de las dos chicas. —¿Quiénes son? ¿Son sirenas?

—Ven que te las presente. Son mis primas.

—¿Las nietas de Daniel? —Sonrió acercándose y cuando llegó al otro lado de la laguna cada una la cogió por una mano subiéndola hasta el solárium.

Las dos tenían el cabello castaño rojizo y una piel blanca que le llamó la atención. Daniel se acercó orgulloso. —Estas son mis nietas. Carla. —La aludida agachó la cabeza —Y Marla.

—¿Sois gemelas?

Las chicas se echaron a reír—No, nos llevamos un año y no somos hijas de la misma sirena.

Abrió los ojos asombradas—Pues pasaríais por gemelas.

—No existen los gemelos en nuestra especie, nena. —Mario se sentó a su lado. —Y una sirena sólo tiene una hija, aunque puede tener más tritones.

—Entiendo. —Miró a las chicas y sonrió radiante. —Así que sois mis niñeras.

Se echaron a reír. —Nos lo vamos a pasar estupendamente —dijo Marla antes de abrir los ojos como platos—. ¿Has oído lo que te ha dicho Poseidón? Eres su tesoro más preciado.

—Marla... —Daniel negó con la cabeza y la sirena se sonrojó.

—¿Qué ocurre? Me verá como una nieta o algo así. —Se encogió de hombros sin darle importancia y los demás se miraron los unos a los otros disimulando. —Seguro que es una frase hecha.

Mario levantó una mano y le hizo un gesto a uno de los hombres con túnicas blancas que se acercó de inmediato. —Unas toallas. La princesa está cansada.

Y era cierto. Después de todo lo que había ocurrido ese día, le apetecía tumbarse un rato. Con Mario.

—Mañana empezaremos con tu instrucción —dijo su abuelo muy seriamente mientras Patricia miraba a su alrededor distraída.

—¿Dónde están mis esclavos? —Al ver que nadie contestaba frunció su precioso entrecejo mirando a Mario. —¿No deberían estar aquí?

—Tienes sirvientes por toda la casa.

—Sí, pero son mis esclavos, ¿no? ¿Dónde están?

El abuelo carraspeó. —Creo que me voy a dar una vuelta.

—Sí, una idea estupenda —dijo Marla mirando a su prima—. Nos esfumamos. Esto se va a poner calentito.

—¿Qué ha querido decir? —Miró a Mario que estaba algo tenso mientras todos se iban lo más rápido posible.

El sirviente se acercó con las toallas y se las tendió.

—Pues que no los necesitas. Me tienes a mí.

—Pero puedo querer algo.

Mario sonrió. —No, preciosa. De ellos ya no quieres nada.

—¿No me digas? ¿Ni un masaje en la espalda? —preguntó divertida porque estaba celoso.

—No te tocarían un solo precioso cabello dorado. —La besó suavemente en los labios.

—Normalmente es rubio.

—Sécate, nena. Te voy a dar ese masaje que estás deseando. Al ver como se secaba a toda prisa y se ponía la túnica, ella se echó a reír y en ese momento lo escuchó. Un sonido tan fuerte que la estremeció de arriba abajo.

Las chicas se acercaron corriendo mientras se quitaban las túnicas y se tiraron al agua de cabeza con varios tritones detrás. —¿Qué ocurre?

—Un naufragio —dijo Mario muy tenso—. Y es grave.

—¿Cómo lo sabes? ¿Debemos ir a ayudar?

—No. Ellos se encargan. El sonido ha sido demasiado fuerte para ser un

velero. Al menos es un pesquero de buen tamaño. Pero son suficientes. Tú te vas a descansar.

—Quiero verlo.

—¡No! —ordenó su abuelo—. Mario, llévatela a la habitación.

Se levantó sorprendiéndola porque no había visto cuando se había transformado y la cogió en brazos. —Pero...

—No discutas. Todavía no estás preparada para esa misión.

Ella chasqueó la lengua. —Hice un curso de primeros auxilios en el instituto, ¿sabes? ¿Y desde cuándo das tú las órdenes? —Entonces se dio cuenta que su relación había cambiado totalmente desde el día anterior. Ahora la tocaba cuando quería y la besaba en público. Incluso ante Poseidón.

Él no dijo una palabra. Hecho que la mosqueó aún más mientras subían las escaleras de mármol. Se le quedó mirando fijamente. —¿Mario?

—Lo hablaremos en nuestra habitación.

—¿No me digas? ¿Y si quiero hablarlo ahora?

—Pues no te haré ni caso.

Jadeó ofendida. —¡Mario! ¡Tienes que hacerme caso!

Él se echó a reír y la besó suavemente en los labios antes de decir — Nena, cúbrete con el cabello. Se te ven los pechos.

Miró hacia abajo y se cubrió con los brazos sonrojándose intensamente porque la piel de su pecho ya tenía su color. —No te molesta cuando soy verde.

Él se echó a reír. —Cielo, cuando eres verde como tú dices casi no se te ven.

Cierto. Hizo una mueca y al llegar a su habitación abrió la puerta. El salón estaba vacío. —¿Dónde están mis esclavos? —preguntó mientras el cerraba la puerta con el pie.

—Ya te he dicho...

—¡Sí, pero no me has explicado nada!

Él fue hacia la habitación y la dejó sobre la cama. Sin contestar entró en el vestidor y ella sentada en la cama miró hacia allí. Salió un minuto después con

una toalla. Concentrado empezó a secarle la cola e impresionada vio como la cola empezó a encoger como por arte de magia hasta mostrar sus piernas desnudas. Parpadeó porque había sido tan rápido que casi no le había dado tiempo a seguir el proceso. No había sentido absolutamente nada. Movi6 los dedos de los pies y Mario se ech6 a reír. —Es increíble, no he sentido nada.

—Es lógico. Eres medio humana, medio sirena. Las dos cosas forman parte de ti.

Acarició sus pantorrillas con suavidad hasta llegar al interior de sus rodillas. —Preciosa, no te lo había dicho antes porque me parecía demasiada información de repente, pero ya que te has dado cuenta que no tienes esclavos, creo que debo decirte porqué nuestra relación ha cambiado.

—¿Qué has hecho? Los has echado, ¿verdad? —Se cruzó de brazos intentando parecer molesta, pero le daba absolutamente igual.

Él levantó una ceja. —Yo no he hecho nada.

—¿Ha sido mi madre? ¿Les ha dicho que se vayan?

—Pues no.

—Pues como no te expliques... Porque no entiendo nada. ¡Ni siquiera me ha dado tiempo a enterarme de sus nombres!

—Es que te has dado un poco de prisa, nena. Normalmente las sirenas tardáis mucho más.

—¡Es que soy muy lista! No tengo ni idea de lo que he hecho, pero seguro que está bien —dijo en broma.

Él sonrió. —No has hecho nada mejor en tu vida.

—¿De veras? Pues imagínate si lo hago a propósito.

Mario acarició sus muslos hasta llegar a su trasero y ella suspiró de placer dejándose caer sobre la cama. —Al parecer sabes muy bien lo que quieres.

—Me pasa desde pequeñita —dijo cerrando los ojos cuando sus manos subieron por sus caderas hasta su cintura. La cogió levantándola y colocándosela a horcajadas sobre el regazo. —Mmm. —Patricia se restregó contra su miembro por encima de la túnica que llevaba. —Una vez quería una muñeca específica y volví loco al abuelo. Tuvo que traerla de Wisconsin.

Mario acarició su espalda. —Esta vez no querías una muñeca. Me querías

a mí.

Patricia parpadeó sujetándose en sus hombros y de repente se echó a reír. Mario entrecerró los ojos porque seguramente no era la respuesta que esperaba de ella. —¿De qué te ríes?

—¿Cuándo te he dicho yo que te quería? Vale que me gustas, estás muy bueno, estoy a gusto contigo y me encanta como me haces el amor, pero de ahí a que...—Se detuvo en seco porque él sonreía de oreja a oreja. —¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Puedo tocarte cuanto quiera, me buscas, me necesitas, te sientes segura a mi lado. —A Patricia se le cortó el aliento mirando sus ojos. —Me deseas, no quieres perderme de vista y sobre todo me lo has dicho tú y tu cuerpo.

—¿Cuándo?

—Ayer. Me abrazaste con fuerza y sentí como nuestros corazones se unían. Como si se fueran a salir del pecho. —Patricia supo exactamente en qué momento ocurrió y Mario sonrió. —Lo recuerdas, ¿verdad? Ahí me reclamaste, nena. Y somos uno.

Patricia acarició su cuello hasta llegar a su cabello. —¿Eso significa que ya no puedo darte órdenes?

—Eres la princesa. Puedes darles órdenes a todos. Otra cosa es que te haga caso.

Patricia perdió la sonrisa. —No quiero ser princesa.

—Lo sé, nena. Pero es lo que te ha tocado vivir. Como yo llevo preparándome toda la vida para ti. —La abrazó a él sonriendo. —Cuando naciste te vi en la cuna aquella noche. Eras tan pequeñita que me quedé unos minutos observándote.

—¿De verdad? ¿Cuántos años tenías?

—Seis.

—¿Y te eligieron ese día para mí?

—No precisamente. —Desvió la mirada y ella le cogió por la barbilla para que le mirara

—¿Cuándo te eligieron para mí?

—Pues... ¿exactamente?

—Sí, exactamente. Cuando te eligieron para mí, exactamente. —Por como esquivaba la pregunta, le miró con desconfianza. —Mario, ¿te han elegido para ser mi esclavo?

—No exactamente.

Jadeó asombrada. —¿Cómo que no? ¡Ayer me dijiste que eras mi esclavo! ¡Hasta lo dijo tu abuelo!

—¡Claro que lo era! ¡Sino no podía acercarme a ti a cien metros! —dijo furioso sorprendiéndola.

—Mario, ¿qué me estás diciendo? ¿No te eligieron para ser mi protector?

—No exactamente. Me ofrecí voluntario y como cumplía las expectativas necesarias... —Mario gruñó como si le fastidiara reconocerlo. —¿Contenta?

—¿Cómo que te has ofrecido voluntario? —El calor en el pecho cada vez que estaba con él se hizo más intenso. —¿Querías ser mi esclavo? —Empezó a encontrarle el lado divertido y sonrió. Mario se levantó de golpe tirándola sobre la cama y ella se echó a reír a carcajadas.

—¡No tiene gracia! ¡Era la única manera de protegerte!

—¿Y por qué no podía protegerme otro? —Apoyando el codo sobre el colchón se puso de costado y Mario gruñó al ver su desnudez. Ella dobló una pierna. —¿Qué tienes tú que no tenga otro tritón, Mario?

—Dímelo tú, nena. Tú me elegiste —dijo con voz ronca quitándose la túnica rápidamente.

Patricia le miró de arriba abajo. Realmente tenía un cuerpo impresionante y cuando sus ojos llegaron de nuevo a los suyos susurró —¿Por qué te ofreciste voluntario?

—Te lo debía.

Parpadeó asombrada —¿Por qué?

—Estaba al lado de aquella cuna el día en que murió tu padre. ¡Le mataron ante mis ojos y después te hechizaron! —Patricia palideció al ver que se echaba la culpa y sintió su impotencia. —¿Podía haberlo evitado cogiéndote en brazos y salir corriendo después, pero antes de que pudiera sujetarte bien aquel tipo te arrebató de mis brazos! —La furia recorría todos sus poros y cuando se tumbó sobre ella Patricia no protestó, sino que abrazó su cuello.

—Tú no podías evitarlo y ahora estoy aquí —susurró mirándole a los ojos.

—Veinticinco años. Todo lo que has perdido...—Besó suavemente sus labios y profundizó el beso dejándola sin aliento. Se apartó de ella y apoyó su frente sobre la suya. —Me moría por ir a buscarte y traerte a casa.

—Por eso no soportas a mi madre.

—Lo que hizo nos dejó en shock. No podíamos creer que después de lo que había pasado, te echara a ti la culpa. No lo comprendíamos.

—¿Por qué mi abuelo gastó uno de sus deseos con ella?

Mario se tensó. —Otra razón para odiarla.

—Dímelo. Tengo derecho a saberlo.

—Existe una sirena que no tiene nada que ver con tu familia. Proviene de las primeras sirenas. Una antepasada suya fue la mano derecha de Poseidón cuando estuvo casado con Parténope.

—¿Y qué ocurrió?

—Esa sirena se llamaba Semiramis. Tenía la facultad de ver el futuro y se rumoreaba que ella vio como Afrodita mataba a Parténope antes de que ocurriera. —Como se dio cuenta que lo comprendía continuó —Poseidón la desterró acusándola de no haber dicho nada sobre esa visión. Sus descendientes tienen el mismo don que tenía Semiramis. Tu madre entabló amistad con Cloe, una de sus descendientes y esta le dijo que su odio por ti se volvería en su contra. Que rectificara o Afrodita aprovecharía esa debilidad contra ella.

A Patricia se le cortó el aliento. —¿Qué hizo?

Los ojos verdes de Mario se oscurecieron de furia. —Le pidió a Cloe que te lanzara un maleficio para que murieras en Nueva York. Cloe teme a Poseidón y debió ver algo en su futuro si tomaba esa decisión, así que le siguió la corriente y se puso en contacto con tu abuelo. Él al verte en peligro, decidió volver para controlar a su hija. Malgastó uno de sus deseos intentando protegerla de nuestro Dios, porque la mataría si se enteraba. Nadie le lleva la contraria. —Sonrió divertido. —Excepto tú.

—Es un poco rudo, pero tiene buen corazón.

—No te confundas, Patricia —dijo muy serio—. Es capaz de matarte si

vas demasiado lejos. Nada le detendrá si se considera ofendido o traicionado.

—Pero a Semiramis...

—No estaba seguro. Fue simplemente una impresión suya y la desterró a lo más profundo del océano. Sufrió el resto de su vida sin poder ver el sol nunca más a pesar de que había sido su mejor amiga. —Patricia se tensó. — No te pases de la raya o lo pagaremos todos.

Patricia sintió temor por su abuelo y por él. —Tendré cuidado.

—Y si se te insinúa de alguna manera, córtale suavemente.

—Pero, ¿qué dices? ¿Si es como mi tatarabuelo?

—Tú hazme caso. Es una posibilidad. —Parecía molesto. —Te toca demasiado.

—¿Estás celoso de él?

—¡Claro que no! —le gritó a la cara. Patricia entrecerró los ojos—. ¡No me mires así! No sabes las historias que he oído. ¡Ahora están más relajados, pero en sus buenos tiempos no se cortaban ante nada!

—Estás celoso.

—¿Y qué?

—Nada. —Sonrió de oreja a oreja. —Es un poco raro. Ayer ni te conocía.

Él gruñó antes de besarla con posesividad y Patricia se entregó sin poder evitarlo porque su cuerpo y su mente eran suyos.

Capítulo 5

Tres semanas después.

Patricia entró en el vestidor a toda prisa y cuando escuchó un portazo hizo una mueca.

—¡Patricia! —gritó Mario y estaba furioso.

—¿Si?

—¿Dónde has estado?

—Con las chicas por ahí. —Se puso una túnica plateada y él apareció en la puerta cuando se sacaba su cabello aun dorado por el cuello. Mario respiraba agitadamente y sonrió acercándose. —¿Qué tal la tarde?

—¡Has aprovechado que he ido a la instrucción de los tritones para ir al barco hundido! —le gritó a la cara cuando estaba a punto de besarle.

—¿Quién se ha chivado? —preguntó indignada.

—Lo sabe todo el mundo.

—Vaya, Carla y Marla no saben guardar un secreto.

—¡Son sirenas! Han guardado secretos toda su vida.

—Sí, pues no sé cómo lo han hecho. —Le dio un beso rápido y salió del vestidor haciendo una mueca.

—¡Te veo por el espejo!

—Cariño, ha sido un juego. —Se sentó en el taburete del tocador y empezó a cepillarse el cabello. Había aprendido que si no lo hacía después de nadar, se le enredaba de manera alarmante. —Le miró emocionada. —Hemos encontrado el cuaderno de bitácora. ¿A que es increíble que esté allí después

de tantos años?

—¡Increíble es que hayas ido después de que te prohibiera ir!

—No me lo prohibiste. Me lo sugeriste, que no es lo mismo. —Se pasó el cepillo con fuerza y le gruñó el estómago.

—¡Y no has comido! ¿Sabes cuántas energías consumes en el mar? ¡Debes alimentarte o te desmayarás!

—No me he acordado.

—¡Y no puedes desaparecer cuando te dé la gana!

—¡Si estaba con las chicas! —Se volvió para mirarle con el ceño fruncido. —¿Qué pasa?

—¡Pasa que te has ido toda la tarde y has hecho algo peligroso!

Patricia mejor no le contaba cómo habían bajado a la bodega. Estaba llena de ron. —El abuelo sabía dónde estaba.

—¡Tu abuelo te tiene muy consentida!

Jadeó indignada. —¡Retira eso!

—¡No lo retiro porque es verdad! ¡Eres una princesa y haces lo que te da la gana!

—¿No es lo que hacen las princesas?

Él entrecerró los ojos. —¡No me provoques! ¡Estoy pensando en darte una zurra!

—¡Atrévete si tienes agallas! —Al darse cuenta de lo que había dicho se echó a reír.

Mario sonrió porque no se podía enfadar con ella mucho tiempo y Patricia lo sabía. Se levantó del taburete y se acercó abrazándole por la cintura y apoyando su mejilla sobre su pecho.

—Nena... —Acarició su cabello. —Temo que te pase algo.

—No estaba sola.

—Shine no soporta tu presencia. Ayer en la cena vi cómo te miraba.

Patricia ya se había acostumbrado, que en las cenas que la familia hacía en común, que eran casi todas, su madre la traspasara con su mirada. Se encogió

de hombros y se alejó de él para sentarse de nuevo y coger el cepillo. — Debes tener cuidado con ella.

—No se atrevería.

—Lo haría si quiere morir.

Patricia le miró a través del espejo. —¿Tú crees?

—La has oído como yo. Oíste lo que le dijo a nuestro Dios. —Se agachó a su lado y Patricia le miró a los ojos. —Puede culminar su vida haciéndote daño y no quiero que eso ocurra. No saldrás sin la protección de dos tritones que yo designe, si yo no puedo ir contigo.

Estaba muy preocupado así que asintió. —De acuerdo. Pero te prefiero a ti.

—Lo sé. —La besó de la que se enderezaba. —Pero no quiero que se descuide la seguridad. Afrodita puede darnos una sorpresa ahora que has vuelto.

—No te preocupes más. —Se levantó preocupada por él, porque desde que se conocían no había tenido un respiro. Siempre estaba atento a todo lo que había a su alrededor y nunca se relajaba. Y en ese momento se dio cuenta que ella no ayudaba nada con sus escapadas con las chicas. Arrepentida dijo —Prometo cuidar mi seguridad a partir de ahora, ¿de acuerdo?

Él sonrió cogiéndola por la cintura. —Y no te saltarás ninguna comida.

—No me saltaré ninguna comida. —Su estómago gruñó de nuevo. — Además no me deja. ¡Siempre está dándome la tabarra!

Mario se echó a reír. —Nena, ahora gastas muchas más energías. Entre los cambios de tu cuerpo y que no me das un respiro de noche, necesitas alimentarte porque tu metabolismo está acelerado.

—¡Cómo que no te doy un respiro! ¡Ayer te dejé dormir dos horas por lo menos! —Indignada fue hacia la puerta. —¿Ahora también te vas a quejar de eso? ¡La culpa es tuya! ¡Me voy a cenar!

Mario se echó a reír y la siguió dándole un cachete en el trasero antes de que empezara a bajar las escaleras de mármol. —¿Crees que habrá patatas fritas?

—Si quieres patatas fritas, pídelas.

—Eso sería molestar.

—Están para servirte.

Le miró de reojo porque él no lo entendía. Durante años se las había arreglado sola y no se acostumbraba a tener a tanta gente pendiente de ella. No sabía si sería capaz de ser una reina en condiciones en algún momento. De hecho, cuando salía con las chicas las trataba como sus iguales y ellas la reñían porque no marcaba límites. Ella les sacaba la lengua y se echaban a reír, pero sabía que dentro de poco debería subir al trono y no sabía cómo iba a conseguir ser lo suficientemente regia. A veces observaba a su madre, que sentada en la cabecera de la mesa en su silla de oro miraba al vacío sumida en sus pensamientos. Estaba muy sola y Patricia no sabía cómo podía soportarlo. Nadie la apreciaba y ya no tenía al amor de su vida.

Entrando en el comedor donde varios ya estaban sentados, miró de reojo a Mario, que fue hacia la mesa de la derecha donde se sentaba la familia más allegada. Le guiñó un ojo al abuelo sentándose en la silla que Mario había sacado para ella y al ver el sitio de Daniel vacío preguntó —¿Dónde está nuestro abogado favorito?

Todos se quedaron en silencio y los ojos de las chicas se llenaron de lágrimas. Asustada miró a Mario. —¿Qué ocurre?

—Esta tarde ha tenido un ataque —dijo preocupado—. El médico no cree que sobreviva mucho más. Quizás unos días.

—¿Cómo no me habías dicho nada?

—No quería preocuparte. Esto le pasó el año pasado y todavía sigue aquí. —Se sentó a su lado y la cogió de la mano. —Ahora está descansando y está bien cuidado.

—Quiero ir a verle.

Mario negó con la cabeza. —Está dormido. Come algo primero y si quieres acercarte después...

—Por supuesto que quiero visitarle. —Miró a las chicas. —Lo siento muchísimo. Yo sé lo que es perder a un abuelo y... —Su abuelo se sonrojó y las chicas le miraron de reojo. —Oh, perdona abuelo. Ya sabes lo que quiero decir.

—No te disculpes por decir la verdad —dijo Mario molesto—. Sufriste su

muerte como si fuera real y es algo que tiene que asumir.

Carlo levantó una ceja. —Gracias, Mario.

—De nada.

—Bueno, que lo siento mucho.

Carla sin ganas removió la comida en el plato. —No teníamos mucho contacto. Pero estos días han sido estupendos.

El abuelo se levantó de repente y salió del comedor a toda prisa.

—¿A dónde va? —Asombrada miró su plato que estaba intacto. —No ha cenado.

Mario miró su plato y apretó los labios antes de levantarse a toda prisa para salir del comedor. Atónita miró a las chicas. —¿Debemos seguirles?

—Tú eres la princesa. Tú decides —dijo Carla haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta.

Patricia se levantó a toda prisa y las chicas las siguieron. Corrieron tras ellos, pero no los vieron por ningún sitio.

—A la habitación del abuelo —dijo Marla cogiendo el bajo de su túnica y corriendo a las escaleras.

Al llegar arriba fueron hacia la izquierda y volvieron a torcer a la izquierda donde las chicas tenían sus habitaciones. Al llegar al final escucharon voces y la puerta de la habitación de Daniel estaba abierta.

Las chicas le indicaron con la cabeza que entrara y se asomó para quedarse de piedra al ver a Daniel de pie al lado de la cama perfectamente vestido con una túnica azul claro. Incluso estaba sin la mascarilla y tenía buen color. Asombrada entró en la habitación cuando gritaba como un poseso a su abuelo. —¡Estás loco! ¿Qué has hecho?

Carlo sonrió y le abrazó con fuerza emocionando a Daniel. Entonces Patricia se dio cuenta de lo que había hecho. Había usado su tercer deseo para salvar a su amigo. Daniel cerró los ojos. —No deberías haberlo malgastado. Tendrías que haberlo utilizado para ayudar a tu familia.

Mario apretó las mandíbulas y la miró. Patricia se dio cuenta que había intentado impedirlo y ella le sonrió más enamorada que nunca. Hubiera sacrificado a alguien que quería porque su abuelo hubiera utilizado su deseo

en ella. Las chicas entraron en la habitación y gritaron encantadas haciéndoles sonreír. Emocionadas abrazaron a su abuelo que con lágrimas en los ojos respondió a su abrazo.

—Me alegro muchísimo—dijo Patricia acercándose—. Espero que vivas muchos años más.

—Es un regalo que no merezco.

—Claro que sí —dijo Carlo—. Has sido fiel a esta familia tantos años, que te hemos mantenido separado de los tuyos injustamente. Mereces una vez rodeado de los tuyos.

Los ojos de Daniel brillaron. —Podré ir a la isla a visitar a mi esposa.

Carlo se echó a reír. —Cuidado amigo, ya no eres un jovencito.

Patricia recordó que Daniel le había pedido que llevara allí sus cenizas, pero ella aun no la conocía. —¿Dónde está la isla?

Todos se quedaron en silencio y su abuelo se volvió para mirarla. —La isla es el lugar donde vamos a morir.

Patricia perdió la sonrisa. —Nuestros cuerpos descansan allí —añadió Mario—. Está en el fondo del mar y es una isla dentro de una gruta. Desde las primeras sirenas vamos allí a reposar porque nuestros cuerpos deben permanecer ocultos.

—¿Y si una sirena o un tritón fallecen fuera? ¿En el mundo de los humanos?

—Dependen del estado en que mueran. Si son sirenas que no se pueden convertir en humanos intentamos encontrarlas en el agua, pero si se vuelven humanos en cuanto se secan vuelven a cambiar, así que no hay problema. Su familia los reclama y les llevan a la isla.

—¿Alguna vez ha habido problemas?

—Se han sacado fotos de cadáveres de supuestas sirenas, pero no se han podido contrastar porque sus cuerpos desaparecen. Con la única que hubo problemas fue con Parténope y fue a causa de Poseidón. No quiso llevarla a la isla y mira lo que ocurrió.

—Sí. Veneraron su cuerpo hasta fundar la ciudad de Nápoles. Menudo revuelo se montó —dijo Carla—. Desde entonces Poseidón ha ordenado que todos seamos enterrados allí.

Ella asintió. —¿Y cómo es? Es como un cementerio o... —Todos sonrieron. —¿Qué? Nunca me he encontrado en esta situación.

—Tienes que ir a verlo. No se puede describir. —Mario se acercó a ella. —Ahora a cenar.

—¿Cómo que no se puede describir? Ahora me pica la curiosidad.

Marla sonrió divertida. —En algún momento lo conocerás. Es inevitable. ¿Por qué tienes tanta prisa?

—La intriga me mata. —Todos se echaron a reír y así llegaron al comedor haciéndole bromas a Patricia.

Su madre les vio llegar y entrecerró los ojos. —¡Patricia!

Levantó la vista hacia ella y siseó —Ya empezamos. ¿Si, madre? —preguntó más alto.

—¡Acércate!

Sorprendida porque quisiera su compañía, aunque fuera para echarle la bronca, rodeó su mesa seguida de Mario. Su familia se les quedó mirando de pie sin sentarse a la mesa como si temieran que sucediera algo y pensarán en ayudarla.

Cuando llegó a su lado Shine se volvió lentamente en su silla y la miró de arriba abajo. —Poseidón reclama tu presencia. Mañana acudirás a verlo antes del mediodía. Quiere que vayas sola. —Miró a Mario. —La acompañarás sólo hasta el límite de su palacio.

—¿Cuándo ha solicitado mi presencia? —preguntó asombrada.

—Esta tarde. Al parecer tiene un regalo para ti —dijo con desprecio—. Ahora desaparece de mi vista.

—Quiero ver el mensaje —dijo Mario desconfiando—. ¿Dónde está?

—Lo ha traído uno de sus esclavos. —Shine entrecerró los ojos. —¿Acaso no te fías de mí?

—No mucho, la verdad.

A Patricia se le cortó el aliento al ver la mirada de odio de su madre. —¡No se te ocurra volver a hablarme así jamás! ¡Recuerda con quien estás hablando! ¡Llevo aguantando tus tonterías demasiado tiempo! —gritó levantándose de su silla—. Todavía puedo ordenar tu muerte.

Mario entrecerró los ojos y Patricia se interpuso entre ellos fulminándola con la mirada. —¿Por qué no me ha llegado a mí ese mensaje?

—¡Aun soy la reina! —le gritó a la cara—. Puede que me lo arrebatas todo, pero aun soy la reina. Un mensaje de nuestro Dios debe llegar a mí primero.

—Ella no te ha arrebatado nada —siseó Mario cogiendo a Patricia del brazo para apartarla—. Y los dos sabemos que no harás nada contra mí, ¿verdad?

Shine entrecerró los ojos. —Solo porque intentaste ayudar a mi marido en sus últimos momentos. Te has aprovechado de eso toda la vida.

—Y tú lo has utilizado para hacer daño a tu propia sangre. Me pregunto si todo ese dolor que dices que sientes, no te vino de perlas para mostrarte tal y como eras.

Shine palideció y tuvo que apoyar la mano en la mesa para sostenerse. —Desaparece de mi vista. ¡Los dos!

Mario que aun cogía del brazo a Patricia, tiró de ella y volvieron con los suyos. —¿Intentaste ayudar a mi padre?

—No quiero hablar de eso. Nena, cena algo. —La ayudó a sentarse y todos los demás hicieron lo mismo preocupados, sabiendo que la reina les había cambiado el humor por completo.

—¿Qué ocurre?

—Poseidón ordena que vaya —dijo Mario molesto—. No me gusta. Quiere que vaya sola.

—¿Por qué te preocupas? Si quisiera hacerme algo, lo haría en cualquier parte. —Le cogió la mano sobre la mesa y se la apretó. —Todo irá bien.

—Patricia tiene razón. Si nuestro Dios tuviera malas intenciones, no se molestaría en llamarla. Enviaría a por ella o vendría él mismo. No debes preocuparte —dijo Carla sonriendo.

Mario tomó aire y la miró antes de ver que su plato estaba vacío. —Come.

—Claro que sí. —Soltó su mano y empezó a servirse macarrones con queso que habían dejado allí los sirvientes especialmente para ella. Cuando se llenó el plato hasta los topes el abuelo levantó una ceja. Con la boca llena dijo —Me gusta la comida que me dais en el mar, pero no hay nada mejor que los

macarrones con queso.

Todos se echaron a reír y Shine levantó la vista de su plato. Al ver reír a su hija desvió la mirada dolida sin poder evitarlo. Apartó la silla sorprendiendo a sus comensales y abandonó el comedor.

Carlo apretó los labios porque lo había visto todo y sintió pena por su hija. Por no poder compartir esos momentos con Patricia como cualquier madre.

Al día siguiente Mario y Patricia cogidos de la mano se dirigieron a los dominios de Poseidón. La asombró lo profundo que estaba y se tensó cuando escuchó el sonido de una canción.

—¿Qué es eso?

—Son las sirenas cantando —dijo sonriendo—. ¿No las has escuchado antes?

—Sí, pero pensaba que estaba loca y que necesitaba un escáner cerebral.

Mario se echó a reír. —Me gustaría oírte cantar.

Le miró con horror. —¡Canto fatal!

—Ninguna sirena canta mal. —Entonces pasaron por un cortinaje de algas y Patricia abrió los ojos como platos. ¡Era una estructura de mármol que se parecía al Partenón que había en Atenas! Había visto fotos e imágenes en la televisión, pero verlo en directo de mármol y en el fondo del mar, era impresionante. —¿Cómo han hecho eso ahí?

Él levantó una ceja. —Se la copió a su hermano. Ya sabes, rivalidades tontas. La de Poseidón es mucho más grande.

Patricia puso los ojos en blanco y Mario se detuvo. —Yo ya no puedo seguir. —Indecisa asintió. —Te esperaré aquí.

—¿Y si tardo mucho?

La miró a los ojos. —Aquí estaré todo el tiempo que haga falta.

—Bien. —Le besó suavemente en los labios. —Estoy nerviosa.

—No te preocupes. Sé natural, pero sin pasarte que te conozco.

—Vaya, gracias. —Indignada se volvió, pero él la cogió por la cintura reteniéndola.

La miró a los ojos y susurró —Te amo más que a nada. No lo olvides nunca.

Emocionada porque era la primera vez que se lo decía susurró —¿Para siempre?

—Hasta después de la muerte. —La besó apasionadamente y ella le correspondió de la misma manera. Se separaron a regañadientes y Patricia se alejó sin dejar de mirarle. —Te veo luego, nena.

Patricia asintió y se volvió para nadar hasta la puerta de aquella monstruosidad. Indecisa fue hasta las columnas que parecían la entrada y entrecerró los ojos porque parecía que allí no había nadie. El enorme portalón estaba cerrado y ella buscó el llamador.

Antes de que pudiera moverse la puerta se abrió y varias sirenas salieron riendo. Al verla se detuvieron en seco y la miraron de arriba abajo atónitas. Incómoda preguntó —Poseidón, ¿está por aquí?

—¿Eres la hija de la reina Shine? —preguntó una de las más mayores.

—Sí. —Sonrió ampliamente ganándoselas al instante. —Soy Patricia.

—Hemos oído hablar de ti, pero no nos imaginábamos que fueras tan hermosa. ¿Te espera nuestro Dios?

—Sí.

—Pues no le hagas esperar. Hablaremos en otra ocasión. —La sirena se volvió hacia las más jóvenes. —¡Venga, daros prisa!

Patricia entró lentamente y se quedó con la boca abierta al ver una enorme estatua de su antepasado en el centro de la estancia. —Serás engreído.

La risa de Poseidón la hizo sonreír y se giró a su derecha para verle caminando hacia ella. —Hola. —Nadó hasta él a toda prisa y le dio un beso en la mejilla. —Tu casa es increíble.

—¿Cómo estás, pequeña?

—Muy bien. —Miró a su alrededor y vio la estatua de una sirena. —Esa es ...

—Sí, esa era mi esposa. —Suspiró con pena. —Me dio los mejores años

de mi vida.

La cogió de la mano y caminaron juntos hasta la estatua de Parténope. Llevaba en el cuello su estrella y sin darse cuenta la acarició mientras miraba su rostro. —Era hermosa.

—He tenido muchas mujeres más hermosas —dijo él sin jactarse. Ella levantó una ceja mirándolo de arriba abajo y Poseidón se echó a reír—. ¡De verdad! Lo que me fascinó de ella no fue su hermosura. Fue su corazón.

—Eso es precioso. —Volvió a mirar la estatua de mármol. Y le llamó la atención que su larga melena estaba atada en una trenza. —¿No se soltaba el cabello?

—No se acostumbraba a nadar con él suelto —dijo nostálgico—. Discutíamos muchísimo por ese tema, porque era tan hermoso como todo en ella. Sólo se lo soltaba para mí cuando...

—Uy, ¿por qué no me enseñas el resto de tu choza?

Poseidón se echó a reír a carcajadas y ella miró hacia arriba temiendo que derrumbara la estructura. Aunque suponía que llevaba allí siglos. Entonces se le ocurrió algo. —¿Tú estornudas? Verlo debe ser increíble. ¿Has tirado alguna vez la casa?

Él no pudo parar de reír y ella levantó las manos. —¡Para o vas a provocar un maremoto!

Su antepasado se llevó la mano al estómago sin poder parar de reír y en ese momento llegó una mujer. —¿Qué estás haciendo, esposo? ¿Quieres provocar un cataclismo?

—Eso mismo le digo yo. —Sonrió a la mujer que parecía enfadada. La miró con las manos en las caderas y abrió los ojos como platos cuando la vio bien.

—Esposa, te presento a Patricia.

—Eso ya lo veo —dijo acercándose mientras su marido ponía los ojos en blanco—. Encantada de conocerte, Patricia. Soy Lunai.

—Es un nombre precioso.

—No hace falta que me hagas la pelota. Sólo soy semidiosa.

Patricia sonrió. —¿Sólo eso? Vale, entonces paso de ti.

Lunai se echó a reír y miró a su marido satisfecha. —Encantadora. Pasa por aquí. ¿Te apetece comer algo?

—No, gracias —dijo queriendo acabar lo antes posible, pero entonces su estómago gruñó y riendo Poseidón la cogió del brazo.

—Claro que sí. Nos hablarás de tu etapa de humana. Seguro que es de lo más interesante.

Se pasaron mucho tiempo hablando y Poseidón hizo un gesto a uno de sus lacayos cuando habían pasado al menos cuatro horas. —Tengo algo para ti.

Preocupada por Mario dijo —Tengo que irme. Mario me espera fuera y...

Poseidón frunció el ceño. —¿Y por qué no ha venido él?

Esas palabras la tensaron. —Mi madre me dijo que sólo me recibirías a mí.

—¿Cómo? —Furioso se levantó. —En mi mensaje le decía que debía acompañarte hasta aquí. Precisamente quería regalaros... —Uno de los sirvientes llegó con un cofre de oro en las manos y Patricia asustada se levantó de su asiento nadando a toda prisa hacia la puerta. Cuando llegó al sitio donde se suponía que Mario debía estar esperándola, gritó de furia porque no estaba allí.

—Al parecer no está —dijo Poseidón tras ella preocupado—. ¿Se habrá vuelto a casa?

—No se iría sin mí. —Se llevó las manos a la cabeza apartando sus rizos. —Le ha hecho algo.

—¿A quién te refieres? —preguntó su esposa mirando a su alrededor.

—¡Mi madre! Le ha hecho algo —rogó con la mirada a Poseidón—. Ayúdame.

—No le prohibí que a Mario no le hiciera nada. —Se pasó la mano por su espesa barba pensativo—. No puedo castigarla por hacer lo que quiera con los suyos.

Asombrada flotó hacia atrás.

—Entiéndelo, Patricia. No puede mediar en vuestras disputas. Debéis arreglarlo vosotras. ¡Es Poseidón, Dios de todos los mares! No un director de colegio.

—¡Pues si hubiera mediado, habría salvado a su esposa como era su deber! —dijo fuera de sí—. ¡En lugar de ese jueguito que se trae con Afrodita que sólo nos perjudica a nosotros! —Le señaló con el dedo y Poseidón asombrado dio un paso atrás. —¡Nunca nos has querido y lo peor de todo, nunca la quisiste a ella!

Se volvió y sin pensar en las consecuencias de esas palabras nadó todo lo rápido que pudo de vuelta a casa. Durante un momento temió haberse perdido y angustiada miró a su alrededor buscando una referencia. Entonces vio el mástil a lo lejos. ¡El barco! Todo lo rápido que pudo entró en la gruta y cuando saltó sobre la piedra varios la miraron. —¿Está aquí Mario?

—Salió contigo hace horas y no ha vuelto —dijo Carla que entraba en ese momento—. ¿Qué ocurre?

—Ha desaparecido. ¡Una toalla, rápido!

Carla se acercó corriendo cogiendo una de las toallas y le secó la cola mientras se ponía una de las túnicas. Cuando ya estuvo seca y aparecieron sus piernas, se levantó a toda prisa y corrió todo lo rápido que pudo hacia las escaleras de mármol. Subiéndolas de dos en dos, giró a la derecha al llegar arriba hasta las habitaciones reales. Entró en la sala del trono y gritó —¡Shine! —Vio una puerta a la derecha y recorrió el enorme salón hasta ella abriéndola de golpe. Daba a un pasillo y volvió a gritar llamándola —¡Shine! ¡Sal de una maldita vez!

Recorrió el pasillo abriendo las puertas y una por una. Al abrir una de las puertas la vio de espaldas a ella metida en una enorme bañera que había en el suelo. El final de su cola salía de la bañera y se acercó a toda prisa ignorando el color gris verdoso de sus escamas. —¿Qué has hecho con él?

Su madre sorprendida la miró. —¿Qué haces aquí? —chilló metiendo la cola bajo el agua.

—¿Dónde está Mario? —gritó asustada—. ¿Qué has hecho con él?

Su madre la miró como si no la conociera y susurró —Tiene que estar contigo. Es su misión.

Al ver sus ojos supo que no sabía de qué le estaba hablando y sus ojos se llenaron de lágrimas por el miedo que la recorrió de arriba abajo. —¡Dime que lo tienes tú! ¡Por favor! —gritó desgarrada—. Dime que lo has hecho para hacerme sufrir lo que tú sentiste o para darme una lección... —Su madre la

miró con pena. —¡Dímelo!

—No es cosa mía, hija.

—¡Me mentiste! Me dijiste que él no podía entrar en los dominios de Poseidón, pero él me ha dicho que ese no era su mensaje.

—Te transmití lo que me dijeron —dijo pálida sintiendo su dolor—. Lo siento mucho, hija. A nadie le desearía lo que yo estoy pasando.

—¡No está muerto! —gritó apretándose el vientre—. Está vivo y le voy a encontrar. ¡Me estás mintiendo! —Se acercó fuera de sí y la cogió por su rubia melena tirando de su cabeza hacia atrás. —¿Dónde está?

Una lágrima cayó por la mejilla de su madre y susurró mirando sus ojos — Lo siento. Siento todo lo que he hecho. Siento no haber sido una buena madre para ti y siento haberte echado la culpa de todo lo que ocurrió, porque no tenía a nadie más para expiar mi dolor. —Patricia sollozó soltándola. —Pero yo no tengo nada que ver con la desaparición de tu pareja. Te lo juro por todos los Dioses.

A Carla se le cortó el aliento y gritó —¡Le tiene Afrodita! —Histérica y sin saber qué hacer preguntó —¿Cómo puedo llegar hasta ella?

—Te matará —dijo su madre muy tensa.

—Antes prefiero morir a vivir como tú.

Se miraron a los ojos y Shine apretó los labios. —Te matará. Ella es inmortal. No puedes luchar contra un inmortal.

Ella pensó en ello y se volvió a mirar por la ventana donde se veía como el mar estaba realmente picado. Su Dios estaba furioso y no le extrañaba después de lo que le había dicho. Si no la mataba, la desterraría. Pero lo único que le importaba era encontrar a Mario y si Afrodita lo tenía, no estaba en el agua.

—¿Dónde vive?

—¡No está allí! —gritó su madre saliendo de la bañera. Carla se acercó a secarla—. Nadie sabe dónde encontrarla.

Se volvió para ver a su amiga arrodillada ante su madre secando su cola. —Tiene que estar en algún sitio. ¿Cómo sabes que no está allí?

Su madre se sonrojó y Carla se detuvo mirando. —¿Mi reina? Si sabe

algo, debe decirlo ahora. Si tenemos la posibilidad de encontrar a mi primo...

—Me lo ha dicho Cloe —siseó furiosa—. Le pido todas las semanas que me diga dónde va a estar, pero no la encuentra. Ni Poseidón la puede encontrar. ¿Cómo la vamos a encontrar nosotras?

—¿Cómo un Dios no va a poder encontrarla? Nos está mintiendo. —Las dos la miraron asombradas. —Pensar en ello. Lo ve todo. Todo lo que le interesa, quiero decir. ¿Creéis que no encontraría a Afrodita si estuviera interesado?

—¿Qué estás diciendo? —Su madre se levantó sin preocuparse por su desnudez atónita por sus palabras. —¿Que nos ha mentido?

—Como me acaba de decir su esposa, es un Dios. No puede meterse en nuestras disputas como si fuera un director de colegio. ¡No dudo que quisiera a Parténope, pero no se vengó porque no le dio la gana! Si a mí me pasara algo, Mario no se detendría ante nada.

Shine entrecerró los ojos. —Afrodita la odiaba porque pensaba que su hechizo la haría desgraciada, pero al unirse a Poseidón no pudo soportar que fuera feliz y la mató.

—Envidiaba su belleza —dijo Carla.

—No, no era eso. —Furiosa y frustrada se pasó su mano por la frente intentando pensar. —Poseidón me ha dicho que él ha estado con mujeres mucho más hermosas. Que lo que le enamoró de ella fue su corazón.

Las tres se miraron y Shine apretó las mandíbulas. Patricia podía sentir como la rabia la recorría de arriba abajo. —Eso es lo que envidiaba Afrodita. Su corazón. Y cuando enamoró a un Dios, la quitó del medio porque su belleza interior no podía destruirla. Y desde entonces nos hace la vida imposible.

—No soporta que seáis felices. Ese rencor lo ha canalizado hacia nosotras —dijo Carla preocupada.

—Cuéntame exactamente cómo ocurrió todo aquella noche. Tú eres la única que lo recuerda.

—Continuamente. —Su madre se emocionó.

—¡No hay tiempo para eso, madre! ¡Cuéntamelo!

Su madre asintió. —Era la celebración de tu nacimiento. Apenas tenías un mes y tu padre quiso celebrarlo por todo lo alto. Habíamos tenido una

heredera y era motivo para festejarlo, así que no vi nada malo en ello.

—¿Cuándo anunciasteis la fiesta?

—Como una semana antes.

—Tiempo suficiente para que Afrodita ideara su plan.

—Sí. —Su madre cogió la túnica que Carla le tendió y se la puso pensando en ello. —Estaba tan contento. Emocionadísimo. Y estábamos tan enamorados.

—El culmen de la felicidad —añadió su amiga mirándola con pena.

—Exacto. —Su madre se echó a llorar. —Nunca había sido más feliz como en ese momento.

Patricia sintió su dolor. Lo sintió muchísimo, pero estaba tan preocupada por Mario que la instó a continuar. —Madre, cuenta lo que ocurrió esa noche.

—Estábamos sentados a la mesa y tu padre se levantó para hacer un brindis. Recuerdo que le comentó algo al abuelo sobre cómo Mario te vigilaba. Como si fuera la misión de su vida. Estaba pegado a la cuna y no te quitaba ojo. En ese momento un hombre se acercó a la cuna y tu padre dejó caer su copa sobresaltándome cuando chocó contra el plato haciéndose añicos. Al levantar la vista les vi tras la mesa y ya había apuñalado a Roberto en el estómago. —Su madre se echó a llorar descompuesta. —El dolor me paralizó. Lo sentí como si hubiera sido a mí a quien hubiera traspasado esa daga.

Patricia frunció el ceño. —¿Dónde estaba la cuna?

—A la derecha de la mesa. A un par de pasos de donde tu padre cayó muerto.

—¿Y por qué mató a papá si iba a por mí? ¿Por qué no me apuñaló a mí si esa era su misión? Le hubiera dado tiempo sin sacarme de la cuna. Hubiera cumplido su misión y si no le importaba morir, podía haberlo llevado a cabo.

Su madre palideció. —¿Qué quieres decir?

Se miraron a los ojos. —La cuna estaba primero. Antes de que papá llegara hasta él podía haber cumplido su misión. No quería mi muerte. Su misión no era matarme. Aprovechó la fiesta para quitarte lo que más querías, porque eras feliz. Como ahora me ha quitado a mí a Mario. Lo que sucedió después fue pura casualidad. El tipo me cogió de la cuna al verse rodeado, el abuelo le ofreció lo que quisiera y ese tipo aprovechó la oportunidad.

—¿Y por qué pedir que no fueras sirena hasta los veinticinco años? — preguntó Carla—. ¿Qué sentido tiene?

—¿Con una madre recién enviudada que está muerta de dolor por perder a su pareja? Qué mejor que aprovechar la oportunidad para destruirla del todo, teniendo a una hija que no tiene la condición de sirena hasta que fuera mayor. Que la niña, yo en este caso, no se identificara con su madre, no pudiera aprender de ella, y estuviera desligada de su familia porque le faltaba lo más importante. Su don. —Señaló a su madre. —Ella me echaría la culpa. Y si no era sirena, no tenía por qué convivir con vosotros. Sabía que mi madre no soportaría ni mirarme y me desterraría.

—¡No te desterré!

—¡Intentaste matarme! ¡Y cuando volviera, mi odio por ti sería tan profundo por alejarme de mi familia, que la relación sería insoportable! ¡Consiguió lo que quería, que era debilitarnos! Esperaba que nos destruyéramos la una a la otra.

Shine descompuesta se echó a llorar. —No merezco ni que me mires.

Patricia dio un paso hacia ella. —No sé lo que has sentido tú, pero si lo que siento yo en este momento por la desaparición de Mario, se parece mínimamente, me volvería loca. Ahora quiere quitármelo a mí y no pienso consentirlo. —Y añadió con rabia —Antes los elimino a todos.

—¿Crees que aún está vivo?

—Si quisiera matarlo, podría haber dejado allí su cadáver. Todavía quiere algo y voy a averiguar qué es.

—¿Cómo vas a encontrarle?

—Tengo que encontrarla a ella, aunque creo que será Afrodita la que quiera algo de nosotras.

—¿Te refieres como a un rescate?

—Va a hacer algo que nos destruya definitivamente y necesitaba a Mario. Quiere algo.

—¿Y Poseidón? —preguntó su madre.

—No nos va a ayudar. No lo hizo por Parténope, no lo va a hacer ahora. —Sus ojos brillaron por la idea que se le acababa de pasar por la cabeza. — Pero hay algo a lo que le tiene un cariño especial y seguro que querrá

recuperarlo.

A su madre se le cortó el aliento. —¿Qué vas a hacer?

—¿No quiere ayudar? Vamos a ver si lo hace por recuperar algo que ama.

—Te matará —dijo Carla asustada—. ¡Piensa lo que vas a hacer!

—¡Necesito encontrar a Afrodita! ¡Si no me ayuda, le obligaré a que lo haga!

—¿Qué vas a hacer? Te ayudaré. —El ofrecimiento de su madre la sorprendió tanto que la miró a los ojos. —Ya es hora que canalice este dolor en algo provechoso y si puedo joderles, mejor.

—Estáis locas —susurró Carla antes de hacer una mueca—. Pero me apunto.

—¿Qué? —preguntaron las dos a la vez.

—¡No vais a divertir os solas! ¡Si queréis ir contra dos dioses, necesitareis ayuda!

—Es cierto. Necesitamos ayuda —dijo su madre volviéndose y yendo hacia la puerta.

—¿Qué haces?

—Declarar la guerra. Eso es lo que hace una reina.

Capítulo 6

Apenas diez minutos después toda la familia estaba congregada en el salón del trono y su madre sentada en su trono, observando a más de doscientos miembros que habían acudido a su llamada. Hijos, nietos de sus súbditos esperaban impacientes porque ya habían escuchado rumores. Su abuelo se acercó a ella, que se había colocado a la derecha de su madre y Daniel se puso en primera fila con toda la familia detrás. El anciano informado por Carla entrecerraba los ojos a la espera de la decisión de la reina, pero se notaba que quería sangre por la desaparición de su nieto predilecto.

—Deberíamos hablar —dijo el abuelo preocupado—. Me he enterado de lo de Mario y me da la sensación que os estáis precipitando.

Patricia le miró a los ojos y vio su miedo dando un paso atrás. —No pienso dejar que nos vuelvan a hacer esto. Somos juguetes en sus manos y esto se ha terminado. ¿Estás dispuesto a luchar?

Su abuelo enderezó la espalda. —Por supuesto. Hasta la muerte.

Shine miró a su padre. —Puede que sea así, padre. Son demasiados siglos y tú sabes de lo que hablo.

Patricia miró sorprendida al abuelo. —¿Qué me habéis ocultado? Dijisteis que hacía trescientos años desde su último ataque.

—De un ataque abierto como el de aquella noche sí. Pero... —Su abuelo desvió la mirada. —Ocurrieron cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

Shine la miró. —Mi madre murió y aún no sabemos por qué.

—¿Qué queréis decir?

—Apareció muerta en unas de sus salidas. Creímos que tuvo un accidente,

pero no lo sabemos con seguridad.

—¿Y ese tipo de cosas ocurrieron a menudo?

—Es una suposición. No lo sabemos a ciencia cierta —añadió el abuelo—. Poseidón no lo achacó a Afrodita. Él lo hubiera sabido.

—Al parecer Poseidón lo sabe todo —dijo Patricia con rabia—. Pero no mueve un solo dedo para proteger a los suyos.

Su abuelo la miró asombrado. —Retrátate.

—¡No pienso hacerlo!

—Te estás buscando un enemigo muy poderoso.

—¿Y qué va a hacer? ¿Matarme? ¿Quitarme lo que más quiero? Si Mario está muerto, eso me importa muy poco.

Su abuelo asintió y se puso a su lado a la espera. Shine miró a sus súbditos. —Os he llamado porque uno de los nuestros ha desaparecido. Mario, el esposo de nuestra princesa. —Los rumores recorrieron la sala. — Todos le conocéis, es uno de nuestros tritones más conocidos por su implicación en nuestra sociedad y la instrucción a otros tritones. No sabemos lo que ha ocurrido, pero que haya desaparecido es suficiente para nosotras e iniciar acciones.

—¿Qué quieres decir? —preguntó una anciana colocada al lado de Daniel.

—Nuestra prioridad en este momento es encontrar a nuestro tritón, pero como todos sabemos, Afrodita es la mayor sospechosa. También sabemos que ella no está en el agua, porque nos enteraríamos de inmediato por otras familias, pero ha debido enviar a alguien a cumplir la misión. Mario debe estar en sus manos en este momento con un fin que desconocemos y Poseidón no nos va a ayudar.

Los rumores recorrieron la sala y Shine la miró. Entrecerró los ojos antes de dirigirse a la sala. —Por eso os convoco a la guerra. —Todos las miraron con los ojos como platos. —Estamos hartas de sus juegos y de sus manipulaciones. El juego ha terminado. —Varios asintieron.

—¿Y cómo vamos a vencer a una diosa? ¡Si ni Poseidón puede con ella! —gritó un tritón al fondo de la sala.

—No os pido que perdáis la vida inútilmente en una disputa que no podemos ganar —dijo su madre sonriendo abiertamente por primera vez en

muchos años—. Vamos a dar un rodeo. Les vamos a enfrentar a ellos para que sea una lucha igualada. Pretendemos obligar a Poseidón para que se implique, porque al fin y al cabo ha sido responsable de que esto llegara demasiado lejos. Como uno de los tres dioses más poderosos, debería ser capaz de conseguir que su tía Afrodita le respetara, pero no ha sido capaz de imponerse ante ella.

—¡Zeus está de nuestra parte! —gritó otro.

—¡Pero no se implican! ¡Afrodita no se acerca al agua y Zeus parece que olvida todas sus indiscreciones! ¡Ha puesto el Olimpo patas arriba con sus devaneos y él lo ha consentido también! No nos van a ayudar a menos que les obliguemos a ello.

Todos se quedaron en silencio. —¡Y cómo piensas obligarles!

Shine miró a su hija. —Eso es algo que no os puedo decir. Sabéis que lo ven todo y no podemos revelar nuestros planes. Sé que os estoy pidiendo un acto de fe, pero es lo único que puedo explicaros. Mi hija y yo haremos todo lo posible para que Mario vuelva a casa. ¿Estáis con nosotras?

Daniel y toda su familia dio un paso adelante sin dudar. —Por supuesto, mi reina. —Arrodillaron una pierna en señal de sumisión y poco a poco todos los suyos se fueron arrodillando ante ellas. Shine asintió. —Muy bien. Todos los menores de veinte años no participarán. Debemos proteger a los jóvenes, pues son nuestro futuro.

Muchos suspiraron de alivio mirando a sus hijos. Algunos protestaron sobre todos los tritones al borde de esa edad. —¡Podemos ayudar! ¡Queremos ayudar a Mario!

—Ahora lo que quiero es que salgáis ahí fuera y busquéis cualquier pista que pueda llevarnos al tritón. —Se levantó de su trono. —Si os enteráis de algo, quiero que se me informe de inmediato. Retiraos.

Sin discutir la decisión de la reina salieron todos del salón del trono excepto la familia de Daniel. Carla y Marla se acercaron a Patricia. —¿Qué hacemos nosotras?

—¿Hija? Ahora dependemos de tu plan.

—Pues como Poseidón lo ve todo, no os lo pienso decir hasta que llegue el momento. Alimentaros y prepararos para salir.

—¿Nos llevamos a los tritones?

—No. Sólo nosotras. Será suficiente.

—Yo también voy —dijo su madre.

—No. Debes quedarte aquí por si necesitamos ayuda. Si nos cogen...

—No tengo ni idea de lo que vais a hacer, pero está claro que os estáis jugando el cuello —dijo Daniel—. Deberíamos ir los más mayores. —Miró a su amigo. —Ves cómo lo necesitarías en el futuro. No deberías haber malgastado tu deseo conmigo.

—Hizo lo que creía adecuado y a mí me pareció muy bien —dijo Patricia con cariño—. Pero en este momento necesito a las chicas porque son mucho más rápidas.

—Los tritones pueden ir más rápido aún —dijo su madre—. Piénsalo.

—Cuanto más peor. Debemos pasar desapercibidas.

—Bien. Pues vamos a alimentarnos —dijo Marla volviéndose—. Cuanto antes nos preparemos, antes nos pondremos en marcha y antes recuperaremos a Mario.

Lo dijo con tal convicción que Patricia sintió esperanza. Asintió y se volvió hacia su abuelo que estaba emocionado. —Toda la vida protegiéndote para esto.

—No te preocupes. Es mi destino. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla antes de volverse hacia su madre que no estaba nada contenta con tener que quedarse allí. —No me mires así. Alguien debe dirigirlos.

—¿Dirigirlos hacia dónde?

Miró a Daniel. —¿Recuerdas el sitio que me pediste al que te llevara una vez diciendo que sería un honor?

Los ojos de Daniel brillaron. —Por supuesto, princesa.

—Nos vemos allí en cuatro horas. Lleva a los tritones sin decirles a donde van.

—Allí estaré.

—Si no estamos allí, es que nos han cogido y deberéis avisar al resto de las familias.

—No se unirán a nosotros. Temen demasiado a Poseidón para enfrentarse a él.

—Si nosotros, que somos de su propia familia, estamos dispuestos a ello, cuántos no tendrán más motivos aún.

Todos se quedaron en silencio. —Vamos a ver qué dice Poseidón cuando se dé cuenta que tiene a su gente en su contra. ¿Qué dioses creéis que nos apoyarán?

—Su rivalidad con Zeus es legendaria. Creo que en lo único que están de acuerdo es en que Afrodita es un estorbo —dijo Marla sonriendo.

—Ya veremos qué ocurre. De momento os quiero en ese sitio a esa hora. —Miró a su madre. —Si alguien tiene noticias de Mario...

—Enviaré un ejército en su busca si todavía estás fuera. Por eso no debes preocuparte.

—Bien, pues vamos allá.

Las tres sirenas estaban suspendidas detrás de las cortinas de algas que ocultaban los dominios de Poseidón. El sol casi se había ocultado y al estar a aquella profundidad, era prácticamente de noche.

Miró a sus amigas que estaban a su derecha y susurró —¿Listas?

—¿Qué debemos hacer?

—Vigilar que no nos pillen.

Ambas asintieron. —Cuando quieras.

Metió las manos entre el cortinaje y apartó las algas lentamente para mirar al otro lado. No se veía movimiento y el mar estaba en calma, lo que indicaba que Poseidón no estaba tan enfadado por sus palabras como había supuesto. Si estuviera enfadado la tempestad sería enorme. Pensando en ello, se dio cuenta que en toda la tarde había estado igual. Qué extraño. Con el carácter que tenía, debería haber un oleaje impresionante. Apartando esos pensamientos de la cabeza, traspasó las algas y sus amigas la siguieron. Recordaba donde estaban las habitaciones del Dios porque esa tarde habían estado en su salón privado, así que a toda velocidad recorrió el espacio que la separaba de su palacio y lo

rodeó hasta las ventanas del ala derecha. Dentro estaba oscuro excepto en cuatro ventanas. Se acercó lentamente para ver a varias sirenas riendo mientras una tocaba un arpa. Poseidón estaba con su esposa sentado a la mesa con una copa de oro en la mano y sonreía relajadamente por algo que le estaba contando ella, mientras un sirviente servía su plato. Patricia sintió una rabia enorme y furiosa se volvió a sus amigas señalando las ventanas posteriores. Fueron hasta allí y Patricia metió la cabeza entrecerrando los ojos. Estaba muy oscuro, pero estaba segura que esas eran sus habitaciones. Metió medio cuerpo dentro y juró por lo bajo porque se había equivocado. Se sorprendió al ver que era una biblioteca, pero no pensó en eso saliendo de nuevo y entrando por la siguiente ventana. Al ver la enorme cama, sonrió y nadó hasta el interior. Sus amigas se quedaron fuera mirando a su alrededor y ella buscó lo que quería. Sonrió al verlo apoyado en la pared. Su tamaño era enorme y en ese momento se alegró de no haber ido sola, porque seguramente no podría con él. Se acercó a la ventana y tocó el hombro de sus amigas, que se volvieron sobresaltadas. Les hizo un gesto con la mano y asintieron antes de entrar en la habitación. Patricia se acercó al enorme tridente y sus amigas abrieron la boca atónitas negando con la cabeza. Patricia asintió y lo cogió por el mango, pero el peso hizo que se deslizara hacia la derecha. Sus amigas nadaron a toda velocidad para ayudarla evitando que cayera al suelo. —¡No podemos llevárnoslo! —susurró Carla asustada.

—¡Esto es lo que más quiere! Nos lo llevamos hasta que me devuelvan a Mario. —Decidida nadó hasta las tres puntas y cogió una de ellas tirando de él. Resignadas sus amigas la ayudaron y con esfuerzo lo llevaron hasta la ventana. No salía. Increíble. Ahora no podían sacarlo de allí porque la puñetera ventana era demasiado pequeña. Furiosa se giró y fue hasta la puerta mientras sus amigas gemían resignadas. —No seáis tan pesadas. ¿Habéis venido a ayudarme o no?

—¡No sabíamos que le ibas a robar esto! —protestó Carla.

—¡Si secuestro a su mujer, es capaz de hacer una fiesta!

—¿Queréis callaros? ¡Nos van a pillar!

En silencio abrió la puerta y Patricia que iba delante, sacó la cabeza para mirar al exterior. —No hay nadie. A toda leche. ¿Me habéis entendido?

Las primas asintieron y para salir tuvieron que ponerlo de pie de nuevo porque chocaba contra la pared de enfrente. —Qué cosa más ostentosa e inútil,

aparte de pesada —dijo Patricia frustrada.

—Shuss. —Carla miró hacia el final del pasillo donde estaban cenando y de repente se abrió una puerta. Ellas sin saber dónde esconderse miraron a su alrededor y Carla señaló hacia arriba. Subiendo el enorme tridente, se pegaron al techo mientras un sirviente salía con una bandeja. Al verle pasar, suspiraron de alivio y empezaron a avanzar todo recto pasando por encima de las enormes puertas que daban al comedor, escuchando las risas de sus compañeras. Patricia apretó el tridente antes de seguir adelante. Su posesión más preciada, la había llamado a ella. Menudo mentiroso. Le importaba una mierda. Ni siquiera había querido intervenir cuando creía que su madre lo había organizado todo, así que no la ayudaría con Afrodita. Pero ahora sí que tenía su posesión más querida y se iba a enterar. Llegaron al enorme hall y esquivaron las estatuas. Las tres miraron la de Poseidón que parecía que las observaba con su tridente de mármol en la mano. Sonrieron maliciosas y al llegar a la puerta que estaba cerrada Patricia miró a las chicas. —Carla, baja a abrirla.

Su amiga soltó el tridente y nadó deprisa hacia el cierre. Tiró de la argolla de oro y la puerta se abrió dejando pasar una corriente de agua fría. Su amiga volvió de inmediato y entre las tres sacaron el tridente sin hacer ruido. Ni se molestaron en cerrar la puerta de nuevo dirigiéndose hacia el cortinaje de algas lo más rápido que podían dado el peso de aquel chisme. Cuando llegaron al otro lado, lo dejaron caer sobre la arena y la tierra tembló con fuerza.

Abrieron los ojos como platos al darse cuenta de su poder y Patricia gritó —¡Cogerlo rápido!

Con esfuerzo nadaron lo más aprisa que pudieron mientras que Marla, que estaba la última, miraba hacia atrás por si las seguían. —¿A dónde vamos?

—A la isla. No se imaginará que está allí. Y si lo ve, tendrá que entrar a por él.

Las chicas sonrieron y Marla dijo —Déjame ir delante.

Sin soltar el tridente de nuevo se cambiaron de sitio y Marla las dirigió. Nadaron lo más rápido que podían y Patricia sintió que se hundían poco a poco debido al peso. Tuvieron que hacer un esfuerzo enorme para subir hasta la entrada de una gruta y era tan estrecho que las puntas del tridente chocaban con las paredes de piedra de vez en cuando provocando que saltaran chispas

que las sobresaltaban, pero al final llegaron a la salida y Marla dijo — Debemos hacer fuerza para subir.

No supo de dónde sacaron las fuerzas, pero consiguieron subir a la superficie. Patricia se quedó sin aliento al ver que la gigantesca gruta tenía una isla en el centro. ¡Una isla de verdad! Incluso tenía vegetación. Al mirar hacia arriba vio lo que parecía un cráter y se dio cuenta que estaban dentro de un volcán. Madre mía aquello tenía mala pinta. Menos mal que cuando la metieran allí ya habría estirado la pata.

Fascinada miró la isla mientras avanzaban y susurró —¿Están las sirenas enterradas ahí?

—Y los tritones. Cada familia tiene un panteón —dijo Carla sonriendo—. Ya verás el tuyo. Es el más hermoso que habrás visto nunca.

—No ha visto ninguno, idiota.

—Bueno, ella me entiende.

En ese momento estaban como a diez metros de la isla y Patricia tuvo un estremecimiento al ver una casita hecha con conchas y detrás de esa había otra y otra. Parecía un pequeño pueblo de casitas hermosamente decoradas. Era impresionante, pero la que la dejó de piedra eran unas casas de mayor tamaño que había sobre una pequeña colina. —¿Aquellas casas más grandes?

—De las familias más antiguas —dijo Marla con esfuerzo antes de llegar a la playa de la isla y deja su parte del tridente a un lado tumbándose sobre la arena agotada. Todas hicieron lo mismo y cuando Patricia se recuperó se arrastró fuera de la playa echándose arena a la cola para secarla rápidamente. Sus amigas hicieron lo mismo y unos minutos después estaban de pie.

—¿Dónde lo escondemos? —preguntó Patricia mirando a su alrededor. Se quedó sin aliento al mirar en lo alto de la colina y ver una casa igual que la de Poseidón. Esta no tenía conchas, si no que era de mármol—. ¿Y aquella casa?

—Es tu panteón. El panteón de tu familia. Sois los únicos emparentados con un nuestro Dios y estáis arriba del todo.

—¿Y la vuestra?

Ella señalaron una de conchas entre las pequeñas. —Bonita.

Las chicas se echaron a reír divertidas. —Al lado de tu panteón no es nada, pero la construyeron nuestros antepasados y estamos orgullosas de él. —

Carla la miró sonriendo y perdió la sonrisa poco a poco. —Tiene la puerta abierta.

Marla se tensó y Patricia miró hacia allí. Era cierto que la puerta tenía una abertura. —¿Y eso es malo? Alguien se la habrá olvidado abierta.

—No. Nunca dejamos la puerta abierta. Es una superstición. Como si invitaras a los muertos a regresar a la vida —dijo Marla asustada.

—Pues yo creo que un golpe de aire la ha abierto. No os preocupéis. — Fue hasta las puntas del tridente y tiró de él. —Debemos enterrarlo o algo. — Al ver que no le respondían se volvió. —¿Queréis...

Se enderezó al no verlas tras ella y las vio caminar hacia su panteón. — ¡Chicas! ¡No van a salir! ¡Los muertos no se levantan!

Alucinada las siguió y gimió cuando le dolió el trasero. Entonces recordó los masajes de Mario y la rabia la espabiló. Tenía que encontrarle costara lo que costara. Vio que las chicas abrían lentamente la puerta como si tuvieran miedo de lo que había al otro lado. —No pasa nada y tenemos que... —Se detuvo en seco al sentir un escalofrío. Como si alguien la hubiera rozado en el brazo. Asustada se volvió, pero no había nadie. —Es la sugestión... —dijo para sí—. Este sitio me pone los pelos de punta y mi imaginación se está desmadrando.

—¿Qué pasa?

Gritó sobresaltada por la pregunta de Carla que frunció el ceño. —¿Tienes miedo?

—¡Mira quien fue a hablar! ¡La que estaba cagada por una puerta abierta!

—¡Oye, que es una superstición muy seria! Dicen que como encuentren una puerta abierta, se levantarán para invadir los mares.

Patricia hizo una mueca. —Después de tantos siglos deben ser un montón. ¿Te imaginas? Los zombis con aleta... —dijo tétricamente.

—¡No tiene gracia!

—¿Enterramos el maldito chisme? Los tritones estarán al llegar.

—¿Cómo vamos a enterrar...

Escucharon un golpe en el interior del panteón y ambas se volvieron hacia la puerta. —¿Qué ha sido eso? —preguntó Patricia tensándose—. ¡Marla! ¡Sal

de una vez!

Al no recibir respuesta entrecerró los ojos. —Esto no me gusta —susurró su amiga—. ¿Marla? ¿Será Poseidón que ya ha llegado y nos quiere coger una por una?

—Sí, claro. Un dios se va a esconder antes de eliminarnos como si fuera un seal de las fuerzas especiales.

—Muy graciosa.

—Se le habrá caído algo a tu prima. —Se acercó a la puerta y vio una luz en el suelo. El perfil de unas escaleras indicaba que había que bajar. —Estupendo. En las pelis cuando se baja a un sótano, la espichas fijo.

—¿Marla? —gritó Carla más alto—. No nos asustes, no tiene gracia.

—Eso también se dice antes de espicharla.

—¿Quieres cerrar la boca? —Se sonrojó al darse cuenta con quien estaba hablando. —¿Princesa?

—Sí, ahora arréglalo. —Miró hacia dentro y metió un pie dispuesta a entrar, pero su amiga la cogió del brazo.

—¡Bajaré yo! Es mi familia.

—¡Déjate de chorradas y acabemos con esto de una vez!

—Bajaré yo.

—¿Y si necesitas ayuda para subirla?

Carla hizo una mueca. —Muy bien.

Patricia puso los ojos en blanco antes de apoyar la mano en la pared de piedra y empezar a bajar los escalones. Frunció el ceño al ver los cuerpos metidos en nichos unos sobre otros y se detuvo en seco en el último escalón. —Cómo es posible... —Miró la cola de una sirena que debía tener veinte años.

—Esa es mi madre.

Asombrada la miró. —Pero sí parecen que están dormidos. No se han deteriorado nada.

—Sí. No sabemos por qué ocurre eso. Incluso a Parténope tuvimos que ir a desenterrarla por si algún día se les ocurría hacerle una autopsia y veían que

su cuerpo seguía intacto. Sólo incineramos a los más mayores.

—¿Por qué?

—Porque si se despiertan no nos servirían de mucho y ocupan espacio — dijo como si fuera idiota.

—¿Es coña?

—Sí, es coña. Los mayores sí que se descomponen. Eso es lo extraño.

—Madre mía. ¡No entiendo nada! ¿Por qué se conservan tan bien?

—Es parte de la leyenda, pero no me creo una palabra. ¡Marla! —Giraron hacia la derecha y Patricia abrió la boca asombrada del enorme pasillo que allí había y que estaba lleno de gente.

—¿Qué leyenda?

—¿Nadie te la ha contado? —La miró extrañada.

—¿Qué leyenda?

Carla la miró preocupada. —Pensaba que tu abuelo te lo habría contado por el parecido...

—¿Qué parecido?

—Cuando murió Parténope, Poseidón muerto de dolor, acudió a su hermano. Zeus le entendió, pero no quiso ayudarlo por no ponerse en contra de Afrodita y los demás. Le dijo que los conflictos familiares deberían acabar después de siglos de disputas. Poseidón furioso dijo “¡Os maldigo a todos! Algún día mi sirena más preciada levantará un ejército inimaginable y os destruirá a todos” Zeus se echó a reír. “Son mortales. ¿Qué puede hacernos una mortal?”. Entonces Poseidón replicó “Esta será especial y para que la reconozcas cuando haga temblar la tierra, verás desde el Olimpo que su cola es dorada como la corona que llevas”—A Patricia se le cortó el aliento. Carla la miró a los ojos. —Por eso pensaba que lo sabías. Según la leyenda esa eres tú.

—¿Cuánto de verdad tiene esa leyenda?

—Pues no lo sé. —Carla entrecerró los ojos. —Pero teniendo en cuenta que acabamos de entrar en guerra, empiezo a pensar que tiene mucho de verdad.

A Patricia se le puso la piel de gallina y miró alrededor. —¿Cuánta de esta

gente odia a los dioses?

—¿Todos? —Carla sonrió divertida. —Pasamos toda la vida temiéndolos.

Patricia se quedó mirando a un tritón que no debía tener más de seis años. —Ha llegado el momento de liberarnos —dijo Carla tras ella.

A Patricia se le pusieron los pelos de punta y se volvió para mirarla. —¿Dónde está Mario?

La miró sorprendida. —¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Me acabo de dar cuenta que todo esto lo habéis ideado vosotros, ¿verdad? ¡Habéis utilizado a Mario para que yo provocara esto! —gritó furiosa—. ¡Todo ha sido una conspiración desde mi infancia! ¡Por eso matasteis a mi padre, echándole la culpa a Afrodita! Me bañaron cuando era un bebé y vieron mi cola dorada. ¿Qué ocurrió? ¿Mi padre no estaba de acuerdo?

—Exactamente. —La voz de su madre la sobresaltó y detrás iban su abuelo y Marla. Los dos tenían túnicas doradas y su cabello estaba seco, lo que indicaba que llevaban allí un buen rato. —Lo supimos después de darte el primer baño y Mario también lo sabía. Estaba presente en aquel momento. Mi marido no estaba de acuerdo en el destino que te había tocado y Poseidón fue quien le mató. —Patricia apretó los puños furiosa por cómo habían jugado con ella. —Entonces tu abuelo utilizó uno de sus deseos para que nadie viera tu cola dorada hasta que no fueras lo suficientemente mayor para enfrentarte a tu destino.

—¿Y qué destino es ese?

—La venganza —susurró su madre mirando sus ojos—. La venganza de todos aquellos que han sufrido en sus manos. Pero sobre todo la venganza de Parténope. Ella es nuestra madre. Y es a ella a quien hay que vengar. —Sonrió con tristeza. —No puedes evitar el destino. Incluso has ido a robarle el tridente a Poseidón tú sola sin que nadie te dijera nada. Lo necesitarás para levantar tu ejército.

Estaban locos. —¿Dónde está Mario?

Su madre apretó los labios mirando a su abuelo. —Está a buen recaudo hasta que culmines tu obra.

—¿Creéis que voy a entrar en guerra con Zeus y Afrodita por vengar a

personas que no tienen nada que ver conmigo? —Miró a su madre con desprecio. —¿Dejaste que mataran a tu marido?

—¡No sabía que Poseidón iba a hacer eso! —gritó desgarrada—. ¡Le dije que me diera tiempo! ¡Qué le convencería! ¡Pero no tiene paciencia y cuando tu padre habló de llevarte lejos él, tomó la decisión y me lo arrebató!

Patricia miró a su abuelo. —Por eso me llevaste lejos. Para que no escuchara la leyenda.

—Era lo mejor. Alejada de este mundo, no te dejarías influir por nadie y tomarías la decisión correcta.

—¿La decisión correcta? —Les fulminó con la mirada. —¡Yo lo único que quiero es que mi marido esté bien!

—Está bien. Sabe que ha llegado el momento y lo acepta como todos nosotros. —Su madre miró a su alrededor. —Según el último recuento, dispones de catorce mil trescientos veintiséis. Y eso sin contar los que estamos vivos. Unos veinte mil entre todos. Un ejército poderoso en mar y en tierra, pues muchos podemos caminar. Todas las familias están dispuestas a luchar por la venganza y la liberación.

—¿Y Poseidón?

Los ojos de su madre refulgieron de furia. —Él cree que estamos de su parte para derrocar a Zeus, pero caerá como los demás. No seguiremos bajo su yugo. Puede que sufriera por Parténope, pero se le pasó enseguida y ha vuelto a tener una relación con sus familiares. Incluso hace unos cien años invitó a Afrodita a su casa como si no hubiera pasado nada. Si él continúa con el plan, es porque ambiciona el puesto de Zeus y si fracasas echará la culpa a Afrodita por sus acciones pasadas. Todo es un juego de ajedrez y Poseidón ya ha jugado su partida. Si fracasamos, no nos apoyará. Y si vencemos, sustituirá a Zeus. Para él todo son ventajas.

La furia la recorrió de arriba abajo. —¿Y cómo les mataremos?

Su madre sonrió. —Tienes el tridente. Es lo único que necesitas.

Ella se mordió el labio inferior y susurró —Me habéis mentido toda la vida.

—¡Lo hicimos para protegerte! —gritó su abuelo—. ¡No queríamos que alguien se enterara del color de tu cola y que intentaran matarte!

—¿Mario lo sabía?

Carla apretó los labios. —No se separaba de tu cuna. Cuando la reina decidió exiliarte, él no quería separarse de ti. Odiaba lo que habían hecho contigo y se presentó voluntario para protegerte cuando volvieras. Fue una sorpresa para todos que os enamorarais. ¡Eso no estaba en el plan! Eras tan feliz que...

—Claro, se suponía que tenía que ser desgraciada y debería estar furiosa con Afrodita por arrebatármelo todo. A mi padre, a mi madre, mi don... queríais provocar mi rencor hacia ellos, ¿verdad? ¡Por eso habéis fingido el secuestro de Mario! ¡Para que mi temor por él provocara la guerra que os liberara de los Dioses! —Miró a mi madre a los ojos. —¿Qué es lo que hiciste para que el abuelo tuviera que remediarlo con su segundo deseo?

Su madre miró de reojo a su abuelo que asintió. —Quería hacerte volver. Estaba desesperada por verte y los remordimientos por abandonarte ya eran insoportables. —El mundo se le cayó encima al escuchar esas palabras. —Tuvo que impedirme que fuera hasta Nueva York y para ello me lo prohibió con un deseo. Cloe me lo advirtió y ella misma llamó a tu abuelo.

Capítulo 7

Patricia palideció porque Mario la había mentido. La había mentido sobre lo que había ocurrido con ese deseo y puede que en mil cosas más. Destrozada miraba a su familia aparentando serenidad. Todo aquello era una locura. Habían destruido su vida y habían matado a su padre para una absurda batalla que ella no pensaba dirigir porque en ese momento ya no le importaba recuperar a Mario. Si algo le dolía era que él la hubiera mentido y utilizado. Eso sí que le dolía.

Miró a su madre a los ojos y se dio cuenta de todo lo que había hecho para que aquel plan se llevara a cabo. La había mentido desde el mismo momento en que la vio, mostrándole un desprecio que no sentía y siguiendo la charada que su abuelo había organizado para protegerla. Sonrió sin ganas. Menuda manera de protegerla. El único que la había amado realmente, había sido su padre que había dado su vida por ella.

Después miró a Carla y Marla. Por supuesto Poseidón las eligió para que la guiaran por la dirección correcta. Y no se separaban de ella cuando no estaba Mario, para que nadie le hablara de la leyenda.

—¿Y ahora qué se supone que tengo que hacer? —preguntó aparentando diversión—. ¿Seguir la charada de Poseidón y despertar a los muertos? Si ni siquiera sé dónde está Afrodita y Zeus. ¡Vuestro plan hace aguas por todas partes! ¡No voy a llevar a un ejército a ningún sitio, para conducirlos a todos a la muerte, porque por una casualidad del destino tengo la cola dorada como hace siglos dijo Poseidón! —Se volvió mirándolos uno por uno. —¿Ahora le creéis cuando os ha mentido toda la vida? —Su madre palideció y Patricia sonrió ampliamente. —¿Cuando traicionó a su propia esposa, no vengando su muerte? Es ridículo. Ya ha manipulado suficiente mi vida y no pienso dejar que la manipule más.

—¡No puedes echarme para atrás ahora! —exclamó su abuelo.

—¿Cómo sabéis que debo hacerlo ahora y no dentro de veinte o cincuenta años? —Ellos se miraron los unos a los otros y Patricia se echó a reír. —No lo sabéis, ¿verdad? Sois tan manipulables. Vais a ciegas y sólo os guiáis por lo que él os dice cuando le odiáis. —Dio un paso hacia Marla y no se apartó para dejarla pasar. —Aparta de mi camino.

—¡No puedes irte! Poseidón nos matará a todos por nuestra traición si no continuamos.

—Ese no es mi problema —dijo fríamente—. ¿Crees que me importáis alguno? Si hasta mi abuelo me mintió durante toda la vida. —Dio otro paso hacia Marla, pero no se apartó. —¡Me alejasteis! Pues ahora no esperéis que sienta algo por un pueblo que a mí no me ha aportado nada.

—Matará a Mario —dijo su madre asustada—. Lo hará como me lo ha hecho a mí. Lo hará para castigarte.

Algo tembló dentro de ella y entrecerró los ojos sabiéndose ligada a él para siempre. Puede que le odiara por lo que había hecho, pero eso no significaba que dejara de amarle. —Escúchame bien y díselo a Poseidón. ¡Díselo al mismísimo Zeus si te da la gana! ¡Como alguien le toque un solo cabello a mi marido, como le rocen siquiera, voy a destruir todo que haya a mi paso! ¡Poseidón incluido!

Los ojos de su madre brillaron de impotencia. —Te quitará el tridente y no podrás luchar contra nadie.

Patricia se echó a reír dejándoles asombrados. —Es que no se lo voy a devolver. —Todos la miraron asombrados. —Si se lo devuelvo le entregaría su poder de destrucción y no pienso hacerlo. Además, lo necesito para mantenerle a raya el resto de lo que me quede de vida y poder tener una vejez tranquila.

—No puedes hacer eso —dijo su abuelo asustado—. El equilibrio se alterará. Le robarán el trono.

Los ojos de Patricia brillaron. —Interesante idea. Me lo pensaré.

—¡Debes matarlos a todos para que el equilibrio se mantenga! —gritó su madre asustada.

—¡He dicho que me lo pensaré! —gritó furiosa—. No quiero hablar más

de eso. —Empujó a Marla que no se quitaba del medio y pasó hacia las escaleras. Al llegar arriba apretó los puños al ver a los tritones rodeando el tridente y se acercó a toda prisa. —¡Apartar!

Se quitaron del medio de inmediato y supo que a partir de ese momento que quien mandaba era ella. Entonces miró el tridente en el suelo y lo cogió por debajo de las tres puntas sintiendo que era suyo. Para su asombro lo levantó sin esfuerzo y todos la miraron con atención. Miró el tridente. Qué diablos iba a hacer con aquella cosa que era tan enorme. No se lo podía llevar continuamente como si fuera un llavero. Maldita sea. Miró a su alrededor y vio su panteón a lo lejos. Entonces recordó a Parténope. La habían desenterrado y la habían llevado hasta allí. Entrecerró los ojos y sonrió de oreja a oreja empezando a caminar hacia allí.

Los tritones la siguieron y como no la molestaban no les dijo nada. Subió la colina y al llegar al panteón vio que era mucho más grande de lo que había pensado. Abrió la puerta, que crujió de manera tétrica poniéndole los pelos de punta. Dio un paso a su interior y para su sorpresa un ligero olor llegó hasta sus fosas nasales, tan familiar que la detuvo en seco. Olía a flores y recordaba ese olor. Cerró los ojos y aspiró recordando los sueños. Hasta ese momento no había sido consciente que soñaba con sirenas desde su infancia y un montón de imágenes se acumularon en su memoria. Entonces la vio. Una sirena preciosa que portaba su collar, le sonreía animándola con la mano a que se acercara a ella. Nadó hasta allí y al extender la mano se dio cuenta que era un bebé. La mujer riendo la cogió en brazos y la acunó cantándole una nana. El sonido era maravilloso e hipnotizada miraba sus ojos verdes mientras cogía su trenza rubia en su puñito.

—No te asustes —susurró la mujer—. Ahora estás lejos de tu familia, pero estamos aquí. —La besó en la frente. —Algún día volverás y velarás por todos. No tengas miedo de tus decisiones porque siempre harás lo correcto. —Acarició su pelito dorado y se echó a reír cuando tiró de su trenza con fuerza. —Tienes carácter. Poseidón no sabrá qué hacer contigo, pero no te preocupes por él. No te hará daño temiendo cometer un error que le haga vulnerable ante los suyos. —Sonrió divertida. —Es porque se lo he dicho yo en sueños, ¿sabes? Piensa que serás más poderosa que él algún día y que te necesita para continuar en el trono. Aprovechalo para liberar a tu pueblo. Yo no quiero venganzas, no llevan a ningún sitio. Quiero justicia. Nos utilizan como títeres para divertirse en su eterna vida y les importamos muy poco. —Le acarició la

mejilla con ternura. —Duerme, pequeña. Deberás enfrentarte a muchas cosas en el futuro y no olvides que la familia y el amor es lo más importante.

Patricia abrió los ojos en el presente y apretó las mandíbulas furiosa. Dio un paso al frente y otro más hasta llegar al centro del mausoleo mirando a su alrededor para ver a sus antepasados descansando en sus nichos. Parténope no estaba allí y decidida fue hasta la escalera y comenzó a bajar. Se quedó sin aliento cuando unas luciérnagas iluminaron la estancia y vio al final del enorme panteón un nicho en la pared del fondo. Estaba bellamente decorado con flores de todos los tipos rodeando a la sirena que descansaba con las manos en su vientre. Llevaba su cabello recogido en la trenza que recordaba en su sueño y estaba en su forma de sirena con una maravillosa cola con intensos azules y violetas. Patricia recordó que Parténope no podía convertirse en humana después del hechizo de Afrodita y era lógico que después de morir no pudiera volver a ser humana. Caminó hacia ella lentamente y se puso a su lado para verla. Parecía dormida. Si no fuera por el corte que tenía en el cuello parecería que estaba dormida y descansaba plácidamente. Era hermosa y le dio pena que precisamente por su belleza le hubiera ocurrido eso. Ya no sabía si era porque tenía un gran corazón si había sido demasiado feliz para que Afrodita lo soportara o porque era tan bella que quitaba el aliento. Después de todas las mentiras que tenía a su alrededor ya no sabía qué creer. Lo que sí sabía es que la habían matado y que era la única que podía ayudarla.

Entrecerró los ojos mirando su tridente. —¿Qué debo hacer ahora? —Lo levantó ligeramente pero el tridente no hizo nada. —Devuélvela a la vida. —El tridente no soltó ni una chispa. —Menuda mierda de chisme, pesas un montón y no me sirves para nada. —Furiosa gritó —¡Devuelve a Parténope la vida! —Golpeó el tridente contra el suelo y este tembló. Patricia abrió los ojos como platos temiendo haber provocado un maremoto o algo así. —¡Mierda!

La mano de Parténope cayó desde su pecho y ella gritó asustada dando un paso atrás e hizo una mueca cuando el pecho de su antepasada se hinchó con evidencia antes de oírla suspirar. ¡Madre mía, en menudo lío se había metido! ¡Con lo bien que estaba haciendo fotocopias!

Los párpados se movieron y tomó aire antes de abrirlos del todo. Frunció el ceño mirando al techo del nicho y susurró —Posi, ¿me he desmayado?

¿Posi? Increíble. Patricia carraspeó y la sirena volvió la cabeza para

verla. —¿Sabes que estás desnuda? —preguntó asombrada por su descaro—. Deberías cubrirte ante desconocidos.

Lo que le faltaba por oír. —Es que me he dejado la túnica en casa —soltó irónica—. Tenía prisa.

—Espera, que le pido a uno de mis lacayos que te... —Abrió los ojos como platos al ver a uno de los suyos en la pared de al lado y chilló sentándose de golpe. Asustada la miró. —¿Dónde estoy?

—Mira, voy a intentar ser lo más suave posible...

—¿Están muertos?

—Pues sí.

Sacó la cola del nicho y Patricia gimió porque allí no había agua. Tendría que arrastrarse hasta la costa porque no pensaba cargar con ella. Bastante tenía con el pincho de las narices. Menuda entrada triunfal iba a hacer la reina todopoderosa arrastrándose por el suelo. Desvió ese pensamiento hacia cosas más importantes y la miró a los ojos. —Pues verás Parténope, estás muerta.

—¡No! —Se llevó la mano al pecho y jadeó tocándoselo antes de mirarlo. —Mi collar.

—Lo tengo yo.

Parténope entrecerró los ojos y levantó la vista hacia su estrella. — ¡Devuélvemelo! ¡Me lo regaló Posi!

—Céntrate, ¿quieres? ¡Ahora es mío! Me lo regaló mi abuelo.

—¡Tu abuelo me lo ha robado a mí!

—No, porque era de mi abuela —dijo abriendo los ojos como platos esperando que entendiera.

—¡Tu abuela me lo ha robado a mí!

—¡No! ¡Porque ella lo heredó de su madre y así una detrás de otra!

—¡Eso es imposible! Si fuera así, yo no estaría aquí y... —Miró a su alrededor. —Dios de todos los mares, ¿estoy muerta?

—¡Al fin! Pues mira, un poco. ¡De hecho llevas siglos en el otro barrio!

—¿Qué es un barrio? Hablas de una manera muy extraña. —Estiró la mano. —¿Me lo devuelves?

—Lo siento maja, pero es mío.

Sorprendida porque le llevara la contraria, la miró con detenimiento y al llegar a sus ojos sonrió. —Tienes los ojos de Posi. ¿Eres familiar suyo? Es un bromista.

—Sí, tan bromista que me ha metido un lío de primera.

—Me suena tu cara. ¿Nos hemos visto antes?

—Sí, en sueños.

Pareció pensarlo y de repente palideció llevándose la mano al cuello. Tocó la fina línea que tenía sobre la yugular y apretó los labios. —Lo recuerdo. Afrodita.

—Sí, Afrodita. La muy zorra te quitó del medio. ¿Me puedes explicar la razón?

—Siempre ha estado celosa de mí —susurró—. Ella nació en el mar. ¿Lo sabes?

Patricia negó con la cabeza. —Es tan hermosa que quita el aliento con un largo cabello negro y siempre lleva una túnica transparente para mostrar sus encantos.

Menudo putón, pensó Patricia chasqueando la lengua. —Pero un día paseaba con sus sirvientes por el bosque y me vio. Estaba ayudando a un niño que se había hecho daño y le estaba vendado la herida que tenía en el brazo cuando me percaté de su presencia. Uno de sus seguidores le dijo que yo era la más hermosa de las mujeres y... —Se emocionó. —Y me convirtió en sirena para siempre, porque en la profundidad del mar no la eclipsaría.

—¿Esas fueron sus palabras?

—Sí. Pero cuando me llevaron hasta Posi, él se enamoró de mí. Y yo de él. Eso la sacó de sus casillas e intentó poner a mi amado esposo en mi contra. Intentando que nos lleváramos bien, la invitó a pasar unos días con nosotros y...

—¿Dime una cosa? ¿Por qué crees que Poseidón no se vengó él mismo?

La miró sorprendida. —Porque ella le ama más que a nada en esta vida.

Esas palabras la dejaron en shock. —Perdona, ¿qué has dicho? ¿Pero no es tía suya?

—¿Tía? Sí, algo así. Es una de las diosas de la generación anterior, pero se enamoró de Poseidón incluso antes de ser el dueño de los mares. Antes de que Zeus y los demás retaran a su padre.

¡Madre mía, qué familia! —Pero Poseidón pidió ayuda a Zeus para castigarla. Eso puso furioso a Poseidón porque su hermano no lo ayudara.

—Por supuesto que no le ayudaría y Posi lo sabía...

—¿Cómo que lo sabía? —preguntó asombrada—. ¿Me estás diciendo que fue a pedirle ayuda sabiendo que le diría que no?

—Si Zeus es el Dios de todos los dioses, es gracias a ella. Ella sedujo a Crono para drogarle y que Zeus ganara la batalla.

Eso la dejó de piedra. —Entonces todo fue teatro.

—Rivalidades entre hermanos. Posi siempre ambicionó ser como él y le provocó para iniciar una disputa. Pero Zeus estaba harto de guerrear con todos. Seguro que se echó a reír, eso sacaría de quicio a mi Posi.

—¡Tu Posi ha destrozado mi vida!

Parténope la miró a los ojos. —¿Todavía no lo entiendes? Se entretienen con nosotros. Nos utilizan para divertirse. Puede que a mí me amara más que a las demás, pero tampoco era importante para él. Lo más importante para mi Dios, es eso que llevas en la mano y llegar a ser algún día Dios de todos los dioses y de los hombres. —Miró el tridente. —¿Te lo ha dado él?

—Ha dejado que lo robe.

—¿Para despertar a los muertos?

—Veo que ya lo recuerdas todo.

—He velado por ti desde el más allá. Sabía que sufrías, aunque no te dieras cuenta. Vivir con tu abuelo hizo que te sintieras muy sola, cuando deberías estar rodeada de personas que te amarán.

—Mató a mi padre —dijo con rabia—. Eso lo va a pagar.

—Tu padre cometió un error. No debería haberse puesto en contra de los deseos de un Dios. Aprendí esa lección hace mucho tiempo. Afrodita me la enseñó. —La miró a los ojos muy seriamente. —Si quieres ganar esta guerra, debes ocultar tus pensamientos a todos los que te rodean. Sino él leerá tus intenciones en sus acciones. ¿Entiendes?

—Sabe que estoy aquí contigo, ¿verdad?

—Seguramente. —Sonrió radiante. —Me encantaría verle.

—¿Cómo puedes amar a un hombre así?

Parpadeó sorprendida. —No es un hombre. Es un Dios. Puede que le ame, pero sé que esto no puede seguir así. Ahora has llegado tú y es el principio de una nueva era. Debes eliminarles a todos. El mismo Poseidón retó al destino al maldecir a su hermano cuando fue a pedirle ayuda. Él mismo te invocó y ahora pagará las consecuencias como todos. —La miró con pena al ver su confusión. —No hicieron bien al separarte de tu vida, pero eso te ha hecho más fuerte que al resto. Tú no necesitas a nadie. —Patricia pensó en Mario.

—No puedo confiar en nadie.

—No. Ni siquiera en tu marido. Él se ha criado aquí y aunque te ama cree que tiene que protegerte para llevar a cabo un fin. El fin es el correcto, pero sólo tú decidirás cómo se lleva a cabo. Ir por cualquier otro camino, puede ser un error descomunal que contradeciría el destino y provocaría un cataclismo. Recuerda esto Patricia, el destino está marcado a fuego y si actuamos de una manera, es porque está marcado así. Si se altera ese camino, las consecuencias son imprevisibles.

—Vale, acojóname más.

—¿Qué significa eso?

—Déjalo. —Se mordió el labio inferior. —¿Y si mi instinto me dice que no debo hacer nada?

—Entonces es que no ha llegado el momento. Sólo tú decidirás cómo y cuándo. No dejes que otros fuercen lo que debes hacer. Jamás.

Patricia asintió. —Gracias. —Miró su cola. —¿Quieres que te lleve hasta la playa?

—No debería estar aquí. Mi tiempo se ha acabado hasta que decidas que debo luchar.

—¿Lucharás a mi lado?

—Por supuesto. Nada me gustaría más que matar yo misma a Afrodita por todo lo que me robó, pero eso es algo que sólo puedes hacer tú. —Señaló el tridente. —Ahora vendrá a por él. Lo sabes, ¿verdad? Al no cumplir con lo que él creía que harías, le habrás enfadado.

—Me lo imagino. Le estaré esperando.

—Intentará matarte.

—Puede que lo consiga. —Se encogió de hombros. —Puede que tengas razón y mi destino sea quitarle del medio.

—Si Poseidón muere todos los dioses se lanzarán sobre ti. Ten cuidado.

—Lo tendré. —Miró a su alrededor. —Entonces ahora qué hago. ¿Te mato de nuevo?

Parténope se echó a reír de una manera encantadora que la fascinó. Ahora entendía el influjo de las sirenas y entendió por qué Poseidón se enamoró de ella. —Sólo tienes que indicarme que me muera de nuevo.

Sintió un estremecimiento. —¿No te haré daño?

—Espero que no.—Se tumbó de nuevo en la posición que tenía antes y esperó. Patricia no estaba convencida de aquello. ¿Y si la necesitaba de nuevo para hacerle una pregunta? Además, sería útil en caso de que Poseidón se presentara allí. Eso por no hablar de que quería verle la cara cuando la viera vivita y coleando.

—¡No! —exclamó decidida.

Su antepasada giró la cabeza para mirarla. —¿Cómo qué no?

—Creo que te vas a quedar un tiempo con nosotros. —Se sentó de inmediato. —Me apetece tu compañía.

—Bueno, si tú lo dices... —susurró dudosa—. ¿Vas a despertar a alguien más?

Sonrió radiante. —Quiero conocer a mi padre.

—Vaya, ¿y quién es?

Se quedó allí de pie y palideció al darse cuenta que no sabía ni cómo era. Su abuelo nunca les había enseñado una fotografía ni nada por el estilo. De hecho, le dijo que sus padres habían muerto en un incendio y que no había quedado nada. Era inconcebible lo que habían hecho con ella. Parténope al darse cuenta de lo que ocurría sacó su cola del nicho lentamente. —No te preocupes. Lo encontrarás.

—Sí, en cuanto obligue a mi familia a decirme quien es. —Se volvió con intención de ir a por su madre cuando se dio cuenta de que la dejaba allí. —

Espera, que enseguida viene alguien a ayudarte.

—Tranquila, tengo todo el tiempo del mundo. —Se colocó la trenza coquetamente de manera que le tapara la cicatriz y Patricia evitó un gesto exasperado. ¿Cómo era posible que todos estuvieran hasta las narices de los dioses, pero nadie hiciera nada? Aceptaban lo que hacían de una manera resignada que la ponía de los nervios. Al llegar arriba vio varias túnicas colgadas detrás de la puerta y cogió una dorada que debía ser de su madre. Se la puso y salió al exterior para casi chocarse con toda su familia que esperaba impaciente, pero lo que la sorprendió fue encontrarse con Mario. Sus ojos se encontraron, pero ella le miró fríamente antes de volverse hacia su madre.

—Ven conmigo.

—Hija, debemos hablar de... —La fulminó con la mirada cortándola de golpe y su madre tartamudeó —Sí, por supuesto. Lo que digas.

Entró de nuevo en el Panteón cerrando la puerta de golpe tras su madre que se sobresaltó. —Dime cuál es mi padre.

Shine palideció y negó con la cabeza. —No puedes hacer eso. ¡Va contra natura!

—Peor es que te maten cuando lo único que quieres es proteger a tu hija. ¡Dime quién es!

Notaba que su madre se debatía entre su deseo por verle y su deber. —Deberías despertarles a todos. ¿Qué estás haciendo?

—Seguir mi instinto. Dime quién es.

Su madre se mordió el labio inferior y se giró hacia la derecha señalando a un hombre con una túnica azul claro y ribetes dorados. A Patricia se le cortó el aliento por su parecido con Mario. Tenía el cabello negro y de complexión eran iguales. De hecho, debían tener la misma edad. El corazón se le retorció porque la imagen de Mario allí tumbado le apareció en la mente. Se acercó hasta él y vio su mano reposando en el frío mármol. Emocionada se la cogió como si temiera tocarle. Estaba frío. Tan frío como el mármol en el que reposaba y al mirar su cara vio la cara de Mario. Sobresaltada dio un paso atrás y gritó de furia sintiendo lo mismo que debió sentir su madre en ese momento.

Shine la cogió por los hombros consolando su llanto y la puerta del panteón se abrió. Mario vestido con una túnica del mismo color que la de su

padre se acercó a ella a toda prisa, pero antes de que pudiera tocarla ella levantó una mano separándolo. —¡No me toques!

Mario perdió el color de su cara por su rechazo. —Patricia, solo quería protegerte hasta que estuvieras preparada.

—¡Mintiéndome! ¡Me has mentido a mí! —gritó destrozada de dolor—. ¡No puedo confiar en ti! ¡Nunca más!

—¡No digas eso! —le gritó él—. ¡Si tuviera que hacerlo de nuevo para protegerte, lo haría! ¿Qué querías que hiciera cuando no sabías nada de este mundo? ¿Decirte el primer día que estás destinada a liberarnos y que tenías que matar a los Dioses? ¡Pensarías que estaba loco! Seguí la corriente como los demás, esperando que algún día estuvieras preparada.

—¡Y me tendiste una trampa! —Le miró con lágrimas en los ojos. — ¿Sabes lo que sentí cuando no te encontré donde habíamos quedado?

Mario apretó los labios. —¡Necesitábamos que te dieras cuenta de lo que llegamos a sufrir nosotros por los caprichos de los dioses ya que no has convivido con nosotros!

—¡No he convivido con vosotros porque me echasteis!

—Yo no quería eso —siseó—. ¡No quería que te fueras!

—¿Por qué?

—¡Porque me enamoré de ti nada más verte! —gritó impotente provocando en Patricia un vuelco al corazón—. Eras un bebé y sentí que estábamos unidos. Cuando el enviado de Poseidón mató a tu padre, es cierto que te cogí en brazos porque te pusiste a llorar. En ese momento tu abuelo te miró y lo decidió. ¡Lo decidieron ellos! Yo no quería que te fueras.

—Eso es totalmente cierto —dijo Shine con lágrimas en los ojos—. Incluso me odia por no haber ido a buscarte. Cuando apareció tu abuelo para impedir que fuera a Nueva York, nos gritó que estábamos cometiendo un error al dejarte sola. Pero Poseidón estaba de acuerdo y ordenó a mi padre que se quedara aquí hasta que terminara el hechizo.

Escucharon que alguien gemía y se volvieron hacia las escaleras para ver a Parténope arrastrándose escaleras arriba. Cuando llegó al último escalón sonrió radiante y Shine puso los ojos en blanco antes de caer redonda en el suelo.

—¿No te dije que pediría ayuda? —preguntó exasperada.

—No quería molestar.

—¿La has despertado? —preguntó Mario atónito—. ¿Estás loca, mujer? ¡No puedes ir despertando a quien te da la gana!

—Claro que sí. Es mi destino. Si los despierto, es por algo. —Esas palabras le dejaron de piedra y no supo qué contestar. —Ella me ha contado lo que ocurrió con Afrodita y él me contará lo que ocurrió con Poseidón. Sabré la verdad. Así de simple.

—¿Y después? ¿Qué harás con ellos?

—Todavía no lo he pensado.

—Gracias —dijo Parténope irónica.

—¡No fastidies, llevas durmiendo siglos! ¡Por un paseíto no te va a pasar nada!

—En eso tienes razón —dijo sentándose en el último escalón. Miró a Mario con una sonrisa en los labios—. Hola, hermoso. ¿Cómo te llamas?

—¡Oye! ¡Qué te estoy viendo!

—Soy una sirena, mi función es seducir —dijo como si fuera rarísima—. ¿Tú no lo haces?

—¡Pues no! A mí me quiere tan burra como soy.

Mario sonrió. —En eso tienes toda la razón. Pero si me cantaras algo...

—¡Para cantar estoy yo! —Miró a su madre. —Se lo va a perder. Despiértala, Mario.

Se acercó a su madre y posó una rodilla en el suelo antes de darle un tortazo que le volvió la cara. Patricia abrió la boca asombrada. —Lo has hecho a propósito.

—Le tiene algo de inquina a la mujer —dijo Parténope entrecerrando los ojos—. Pero ha funcionado. Buen trabajo, guapo.

Su madre gimió llevándose la mano a la mejilla. —¿Qué ha pasado?

—Que me has visto y ...

Shine chilló girándose y de rodillas refuló hacia la puerta sin dejar de mirar a Parténope. —¡Patricia! ¿Qué has hecho?

—Despertarla —respondió como si fuera obvio.

Su madre la fulminó con la mirada. —Uy... qué desconfiada eres.

—¡Esto es la leche! ¡Encima de todas las mentiras que han salido por tu boca, si crees que voy a confiar en ti, lo llevas claro!

—¡Lo hice por protegerte! Si alguien se enteraba de que eras la sirena de la maldición, te quitarían del medio. ¡Por eso todos hicimos lo que hicimos!

—¿Y por qué no me dijiste la verdad al llegar?

—¡Tenía que justificar que no te había visto en la vida! ¿Cómo ibas a llegar y recibirte con los brazos abiertos? Eso no tiene mucho sentido, ¿no crees?

—Estáis de atar.

—¡Yo no voy despertando a los muertos!

—¡No! ¡Tú quieres que los despierte a todos!

Su madre se sonrojó y Mario se echó a reír a carcajadas. —¿Sabéis que discutís como madre e hija a pesar de no haber estado nunca juntas?

—¡Cállate, Mario! —ordenaron las dos a la vez retándose con la mirada. Patricia siseó —Voy a despertar a papá.

—Se va a cabrear. Te lo advierto.

—¡Claro se va a cabrear contigo, porque eres una trolera! ¡Te va a poner fina! —Su madre se sonrojó y Patricia puso cara de asco. —¡No me refería a eso! ¡Estás fatal!

—Son muchos años sola y ...

Parténope se echó a reír a carcajadas y los tres la miraron. —Sois muy divertidas.

—Madre mía, qué lío —susurró su madre—. Cuando la vea Poseidón se va a montar una bien gorda.

—¿Quién va a montar a una gorda? —preguntó Parténope interesada—. En mi época las había bien gordas. Pero yo he sabido conservarme, incluso después del paso de los hijos.

—Claro que sí, mi reina —dijo su madre levantándose a toda prisa para hacer una reverencia—. Está usted preciosa.

—¡Serás pelota!

—¡Más respeto a los mayores, niña! —Y su madre susurró —Ahora sí que la hemos hecho buena. ¡Despiértalos antes de que llegue Poseidón!

Ella chasqueó la lengua y se volvió hacia su padre. —Primero quiero hablar con él.

—¡Roberto no estaría de acuerdo!

—Ya me imagino —dijo irónica antes de decir—. ¡Quiero que devuelvas a Roberto a la vida! —Golpeó con el tridente el suelo de mármol y una grieta se abrió ante ella llegando hasta la tumba de su padre. Hizo una mueca y miró de reojo a Mario que observaba atentamente a su padre.

Su madre se echó a llorar al ver como hinchaba su pecho y Patricia sonrió expectante. Cuando su padre abrió los ojos de golpe sentándose y chocando con el techo todos gimieron de dolor. Pero sobre todo él, que se llevó una mano a la frente. —¡Me cago en la leche! —exclamó haciendo que Patricia sonriera—. ¿Qué coño es esto?

No eran las primeras palabras que esperaba de su padre, pero como no esperaba ningunas no estaba mal. —Hola —dijo impaciente dando un paso hasta él.

Roberto apartó la mano y la miró sorprendido de que estuviera allí. Al ver a su madre susurró —Cariño, estás más vieja. ¿Te han hechizado? —Shine gimió llevándose las manos al cabello—. ¿Qué te ha pasado?

—Mi amor... —Shine se acercó a él. —¿Cómo estás?

—Bien. —Miró a Mario antes de mirar a Patricia, que sonrió de oreja a oreja. Volvió a mirar a su mujer y susurró —Mi vida, esta mujer también tiene los cabellos dorados.

—Sí. —Inquieta respondió —Ella es Patricia. —Su padre palideció. —Nuestra hija.

—Pero eso es imposible, si es un bebé. ¡Nos han hechizado a todos! ¡Sabía que Poseidón haría algo! Nos han hechizado hasta hacerla mayor, ¿verdad?

—No, querido. El tiempo ha pasado normalmente. Sólo tú te has quedado como estás. —Nerviosa miró a su yerno. —¿Recuerdas a Mario?

—¿Cómo no le voy a recordar si le acabo de ver al lado de la cuna de

Patricia? Mujer, ¿estás bien?

—Papá... —Atónito se giró hacia ella. —Te he resucitado.

—¿Que me has qué? —vociferó levantándose de su nicho y enfrentándose a ella—. ¿Cómo que me has resucitado? —La olfateó —Habéis bebido de más en la fiesta. ¿Es eso? No recuerdo haberte invitado. —La miró con desconfianza. —¿Eres una enviada de Poseidón? ¿De Afrodita? ¡Dime quién eres! —le gritó a la cara.

—Soy Patricia. Pero no me grites, que Mario se está poniendo nervioso.

Su padre les miró atónito a los dos. Sobre todo a Mario, que muy tenso se había colocado al lado de su mujer. —Pero eso significa... —Se sentó derrotado en el borde de su nicho. —Poseidón inicia la batalla.

—No exactamente —dijo ella resuelta—. ¿Podrías contestar algunas preguntas?

—¿Cómo que no exactamente? —preguntaron Mario y su madre a voz en grito.

—No lo tengo claro. —Miró a Roberto y sonrió. —Me alegra conocerte.

Roberto correspondió a su sonrisa. —Así que estoy muerto.

—Ahora no —dijo Parténope desde su sitio sin perder detalle.

Su padre se quedó de piedra. —Dios de los mares, vamos a morir todos.

—¿Qué era lo que no te gustaba del plan de Poseidón?

—¿Del plan de Poseidón? ¡Todo! ¡No me gustaba nada! ¡Siempre tiene esos tejemanajes con su familia y al final siempre sufrimos nosotros! ¡Cuando se enteró que la sirena de cola dorada había nacido, se presentó en la casa y quiso conocerte! ¡Todos sabíamos la leyenda de su pelea con Zeus! No tuvimos más remedio que mostrarte ante él en tu segundo baño, pero lo que me puso los pelos de punta fue lo que dijo “Ha llegado la hora de ocupar mi lugar”—Les miró a todos. —¡No quería vengar su muerte! —Señaló a Parténope, que se encogió de hombros sorprendiéndolos. —¿No te importa?

—Lo que me importa es todo lo que vino después de mi muerte. Lo que me importa es que por una mirada sean capaces de robarte la vida. Eso es lo que me importa. Sabía que no duraría mucho tiempo viva a su lado, pero en cierta manera fui feliz con él. Supongo que el ser humano se adapta a todo. Pero ya es suficiente. Espero que la vida de Patricia sea la última con la que jueguen.

—¡Pues a mí me importa! —gritó furioso poniéndose de pie—. ¡Me importa que me hayan robado a mi hija y a mi mujer! Me importa que se crean con el derecho de hacernos lo que les da la gana. ¡Me importa estar muerto, joder!

Shine se echó a llorar y Roberto la abrazó con fuerza cuando de repente se abrió la puerta de golpe y Poseidón apareció al otro lado. Patricia se tensó apretando el tridente y cogió a Mario de la mano para ponerle tras ella. Él no se movió un milímetro de su lado.

Poseidón la miró a los ojos. —Devuélveme lo que es mío.

—Oh, pues ahí la tienes. —Dio un paso a un lado para que viera a Parténope sentada en la escalera.

Esa imagen robó el aliento a su Dios, que la miraba como si fuera una aparición. —Parténope, sigues tan hermosa como siempre.

—Querido... —Extendió los brazos y él se acercó a toda prisa para abrazarla levantándola.

—Bueno, esto es el colmo —dijo Roberto recibiendo un pellizco en el costado de su mujer para que cerrara la boca—. ¿Qué? ¡Encima me tengo que callar cuando me liquidó! ¡Si la quería viva, podía haberla resucitado él cómo ha hecho la niña!

Esas palabras les dejaron de piedra a todos incluido Poseidón, que lentamente se separó de Parténope que estaba pálida como el mármol que la rodeaba. Ella forzó una sonrisa. —Pero es que ya no le importaba lo suficiente, ¿verdad? Ya había pasado mi tiempo a su lado y mi muerte le vino de perlas para todo lo demás. —Poseidón la dejó caer al suelo y ella elevó la mirada sin poder disimular que estaba dolida. —Podías habérmelo dicho.

—¡No atendías a razones! ¡Te lo dije muchas veces, pero siempre me contestabas que éramos felices!

—Así que llamaste a Afrodita. —Sonrió con tristeza. —A mi enemiga.

—Si lo hacía yo, me pondría en contra a mis propios hijos y era algo que no pensaba consentir —dijo fríamente. Se volvió hacia ellos—. De vez en cuando eliminaba a alguien diciendo que había sido Afrodita. A ella no le importaba en absoluto. De hecho, le hacía gracia que las sirenas la temieran.

—Y ahora te has aliado con Zeus contra ella —dijo Patricia mirándole

con odio.

—Sus devaneos amorosos en el Olimpo han dado quebraderos de cabeza a Zeus durante siglos.

—Claro, ella no puede contar la verdad a Zeus sobre que tú ordenaste la muerte de Parténope. Sino se preguntaría la razón de la maldición contra él cuando fuiste a pedirle ayuda y descubriría que quieres derrocarlo.

Poseidón apretó los labios. —Eso fue hace muchos siglos.

—¡Pero pensabas seguir adelante! —gritó Patricia furiosa—. ¡De hecho, destrozaste a mi familia por esa maldición!

Él sonrió divertido. —¿Qué os creéis que sois? ¡Sois míos! Para hacer lo que quiera con vosotros hasta que exhaléis vuestro último aliento.

—No lo creo —dijo Patricia fríamente provocando que Poseidón se tensara—. Nos dejarás en paz para siempre. No volverás a molestarnos jamás o te juro por todos los dioses que Zeus sabrá lo que has hecho.

Poseidón se echó a reír a carcajadas. —Él no puede ver lo que pasa en mis dominios.

Claro, qué idiota, sino hubiera visto como convencía a Afrodita. Entrecerró los ojos y levantó el tridente. —Entonces no me dejas otra opción. —Dejó caer el tridente pensando lo que quería y en ese momento el techo de mármol se desprendió en mil pedazos y todos miraron hacia arriba, donde una nube se arremolinó alrededor del cráter del volcán y cuando se disipó tan rápido como había aparecido, la cara de un hombre con barba blanca surgió en el cielo. Y estaba furioso.

—¡Hermano! —Poseidón palideció porque no tenía su tridente para defenderse. Zeus les miró a todos con sus ojos de hielo antes de que su mirada recayera en Patricia que portaba el tridente. —Veo que tu sirena dorada ha llegado. —Miró a Poseidón. —Y se ha vuelto contra ti. Sube al Olimpo, hermano. Tenemos que hablar de Afrodita. Trae a Parténope. Estoy deseando conocerla.

—¡No puedo subir ahora! ¡Tengo asuntos que arreglar aquí!

—¿Asuntos que tienen que ver con conspiraciones? ¡Ya estoy harto de vosotros! —gritó haciendo retumbar el edificio—. Sube ahora o te subo yo.

Poseidón la miró furioso y siseó —Volveré.

Patricia entrecerró los ojos levantando la barbilla. —Te estaré esperando.

Capítulo 8

Poseidón levitó y debió recordar que debía llevarse a su otra mujer, porque miró a Parténope como si fuera una molestia. Extendió el brazo y Parténope resignada se arregló la trenza mientras se elevaban. Cuando salieron del cráter, su desaparición fue fulminante y todos se quedaron mirando el techo durante varios segundos.

—Ahora sí que la has hecho buena —susurró Marla.

Se volvió hacia ella para ver allí a toda la familia. —He hecho lo que he creído apropiado. Zeus está al tanto de todo y le tenemos de nuestro lado.

—¡Los dioses no están del lado de nadie! —le gritó Carla—. ¡Poseidón volverá y lo arrasará todo a su paso! Ahora sí que estamos condenados. ¡Nos matará a todos!

—Y le estaremos esperando.

—No podremos enfrentarnos a él —dijo su padre—. Además, no sabemos qué historia le contará a su hermano. Puede que cuando vuelva, Zeus apoye a su hermano.

—Parténope está con ellos. Dirá la verdad. —Se volvió como si sus opiniones no le importasen nada y miró a Mario. —¿Y ahora qué hago contigo?

—¿Eso qué rayos quiere decir?

—Ya no confié en ti. Te quiero fuera de mis habitaciones.

La cara de sorpresa de Mario le hubiera dado risa en otra ocasión, pero en ese momento todavía estaba furiosa con él por haberle mentado desde el principio. Se volvió con intención de irse, pero Mario la cogió del brazo volviéndola de golpe. Mario salió despedido hacia atrás chocando contra la

pared y cayendo al suelo con fuerza. Asustada se acercó a él corriendo. —
¿Mario? ¿Estás bien? —Él gruñó desde el suelo apretándose el vientre. —
¿Qué te ha pasado?

—Nena, suelta ese chisme.

Toda la familia le rodeó y era evidente que no podía levantarse. —
¿Cariño? Dime qué te duele. —Arrodilló una pierna apoyándose en el tridente
y tocando su mejilla. —¿Estás bien?

De repente Mario empezó a convulsionar y asustada retiró la mano. Mario
se detuvo al momento. —Madre mía, ¿soy yo?

—Es el tridente. Conoce tus pensamientos más íntimos y te protege de tus
enemigos. Poseidón dejó que te lo llevaras, así que ahora está ligado a ti —
dijo el abuelo—. Chico, te ha metido una descarga... ¿Cómo te encuentras
ahora?

Mario fulminó con la mirada a Patricia. —¡No es culpa mía!

—¡Son tus pensamientos!

—¡Pues menos mal que no te encontré hace una hora, porque te habría
fulminado! —le gritó a la cara—. ¡Así que no te quejes!

Sin más se levantó y fue hacia la salida. —Arregla el techo. —Golpeó el
suelo y con un enorme estruendo el mármol volvió a su sitio. Hizo una mueca
desde la puerta mirando el techo. —Buen, trabajo. —Miró al tridente. —Eres
muy útil y muy listo. —Le dio un beso a una de las puntas poniéndose de
puntillas y todos la miraron con la boca abierta como si hubiera perdido un
tornillo. —¿Qué? ¡Al menos él me hace caso!

Salió del panteón y caminó hacia la playa mientras los tritones la miraban
con respeto. Patricia entrecerró los ojos pensando en qué estarían pensando.
Sintió la presencia de Mario tras ella y mosqueada se volvió. Estaba algo
pálido y se acariciaba el vientre como si le doliera. —¿A dónde vas? —
preguntó molesta consigo misma porque le diera pena el trallazo que le había
pegado.

Él se enderezó mosqueado. —Contigo. ¿A dónde voy a ir?

—Eso mismo me pregunto yo. —Dio un paso hacia él. —Mira. Creo que
no he sido lo suficientemente clara. Culpa mía por preocuparme de ti después
de decirte que estás fuera de mis habitaciones. Pero fue un acto reflejo.

Repito, culpa mía. Pero para que te quede claro, te diré que... —Se acercó más a él mirándolo fríamente. —Como te vuelvas a acercarme a mí, te voy a meter el tridente por el trasero. —Forzó una sonrisa para que no viera lo dolida que estaba con él. —¿Me has entendido?

—No puedes alejarme. Formo parte de ti.

—Pero yo no formo parte de ti, ¿verdad? —Mario palideció. —Está claro que los tritones estáis para servir y no tenéis esa dependencia hacia nosotras. Mi abuelo, por ejemplo, no está tan triste por haber perdido a la abuela como mi madre sufría la ausencia de mi padre.

—Para nosotros es distinto.

—Claro. Vosotros sentís una fuerte atracción sexual, pero nada más. —Emocionada se dio la vuelta. —Estoy segura que si desapareciera mañana, no tardarías en ir detrás de otra sirena.

—¡No entiendo a qué viene todo esto!

—Viene a que no eres fiel. No eres fiel a tu palabra, ni eres fiel a tu pareja porque en realidad te importo una mierda. —Sus ojos se llenaron de lágrimas volviéndose dorados dejando a Mario con la boca abierta. —No puedo estar con alguien que no me ama lo suficiente como para intentar protegerme a mí en lugar de a los demás. ¡Yo lo hubiera dado todo por ti! ¡Estaba dispuesta a enfrentarme con los mismísimos dioses con tal de recuperarte y tú me estabas engañando!

—Nena, no fue...

—¿No fue así? Fue exactamente así, pero ya no importa. Puede que sienta una dependencia por ti de por vida, pero prefiero sufrir por la distancia, a volver a sentir el dolor que me has provocado al saber tu traición. No te perdonaré y no volverás a compartir mi cama. Te expulso de la casa.

Se volvió dándole la espalda y Mario la miraba asombrado mientras se acercaba al agua y le decía al tridente que se quedara de pie mientras se quitaba la túnica que lanzó sobre la arena. Los tritones se acercaron para verla coger de nuevo el tridente y sumergirse. Su cola más dorada que de costumbre apareció durante una décima de segundo antes de desaparecer del todo.

Saliendo de la isla, Patricia dio rienda suelta a sus lágrimas, he intentado evitarlas a toda costa se mordió el labio inferior. Se detuvo a mitad de camino recordando las mentiras que le habían contado durante toda su vida. Las mentiras de su abuelo al decirle siendo una niña que sus padres habían muerto en un horrible incendio cuando tenía unos días de vida para justificar que no había fotos de ellos. Las mentiras sobre su condición y los enfados que tenía cuando había algún viaje en el colegio o en el instituto, diciéndole que temía perderla como a su hija. Resignada lo asumió porque le quería tanto que nunca le hubiera hecho daño a propósito. Sonrió con tristeza porque a él le había importado tan poco como para simular su muerte. Todavía recordaba el vacío que había sentido al recibir la llamada de Daniel diciéndole que su abuelo había sido atropellado en la Quinta avenida y el funeral posterior. El dolor de perderle y quedarse sola en la vida. Estuvo días sin salir de casa, sin comer, ni dormir por ese dolor y era todo mentira. Pero la mentira continuó. Mintiéndole sobre la muerte de su padre para aumentar su rencor. No se podía creer que su abuelo, la persona que la había criado, sintiera tan poco amor por ella como para hacer todo eso.

Se detuvo y se sentó en una roca sumida en sus pensamientos. No podía fingir que descubrir que su madre estaba viva no la había sorprendido, pero también la había hecho feliz en su fuero interno. ¿Cómo podía una madre que no ha visto a su hija en veinticinco años hablarle de esa manera tan despótica y cruel cuando en realidad la quiere? Es imposible. No sabía lo que era tener un hijo, pero si a ella intentaran quitarle a un hijo lucharía con uñas y dientes hasta la muerte. Y si llegara a ocurrir porque se lo arrebataran, se tiraría a sus brazos llorando a lágrima viva cuando al fin le viera. Los ojos de su madre mirándola fríamente el día de su primer encuentro le puso los pelos de punta. No se tragaba eso de que su abuelo había gastado su segundo deseo porque ella había querido ir a buscarla a Nueva York. Le tenía rencor porque su nacimiento le había arrebatado la vida a su padre. Puede que no le matara Afrodita, pero el resultado había sido el mismo. Y estaba segura que su madre había estado de acuerdo en que se la llevaran.

El rencor hacia ellos aumentó y la imagen de Mario apareció en su memoria el día del aeropuerto. Tan frío y estirado. No daba el perfil de tritón para nada. Ahora que los conocía, sabía que los esclavos eran totalmente sumisos y maleables. Había visto a las chicas cómo se comportaban con ellos y parecían marionetas en sus manos. Incluso se reían de ellos por ser tan

pusilánimes. Pero Mario no era así. Estaba claro que él no estaba destinado a ser su esclavo. Que estuviera al lado de su cuna cuando era un bebé demostraba la confianza que tenían sus padres hacia él. No era un sirviente, aunque cuando lo había conocido había intentado disimularlo. De hecho, daba órdenes a los demás como si tuviera derecho. Patricia entrecerró los ojos pensando en ello porque hasta ese momento no había caído. Ninguno de los tritones daba órdenes a no ser que una sirena diera la orden primero. Sin embargo, él tenía un cargo de poder dentro de la comunidad. Se encargaba del adiestramiento de los tritones y era un pilar dentro de la casa. Los tritones iban a consultarle asuntos y muchas veces se acercaron a él mientras estaba con ella en el solárium para preguntarle lo que tenían que hacer. Le había dicho que se había presentado voluntario para protegerla porque se lo debía, pero ahora que todo había quedado a la luz, estaba claro que esa no había sido su intención. Él era quien estaba encargado de la seguridad y la aparición de la sirena dorada ponía a todos en peligro. Qué mejor que tener a su lado al jefe del ejército para influir su voluntad y dejarse guiar. Querían iniciar una guerra para su supuesta liberación, que al parecer tenía que iniciar ella, así que Mario debía estar a su lado para controlar las cosas. Y las controló porque hasta hacía un par de horas ella estaba totalmente en la inopia. Habían jugado con ella y con sus sentimientos todo lo que habían querido.

Estaba claro que ninguno de ellos la habían amado nunca y que jamás la amarían. Sólo la utilizaban para un fin y ahora que había frustrado sus planes, no se quería ni imaginar lo que estarían tramando para convencerla de que iniciara una guerra temiendo la llegada de Poseidón. Hizo una mueca pensando en su Dios. Menuda pieza. Y ahora encima estaba furioso. Furiosa debería estar ella por todo lo que le habían hecho en la vida. Incluso habían matado a su padre para que no la protegiera. La rabia creció de manera alarmante hasta formar una bola en el estómago que no la dejaba respirar y se enderezó muy tensa aferrándose al tridente. Sin poder evitarlo gritó de dolor una y otra vez, doblándose sobre sí misma mientras lloraba desconsolada. Varios minutos después sintió una necesidad de escapar que fue irresistible. ¿Por qué debería quedarse allí? Nadie la quería y nunca lo harían. Que se arreglaran ellos con Poseidón, ya que habían sido ellos los que habían montado toda aquella obra de teatro que había sido su vida. Que les dieran a todos. Se enderezó apoyándose en el tridente y siseó —Llévame lejos. Llévame muy lejos.

El tridente tiró de ella y Patricia se agarró con las dos manos con fuerza

antes de que alcanzara velocidad y se deslizaran tan rápido que le era imposible mantener los ojos abiertos. Fueron apenas unos segundos o minutos porque ella no fue consciente del tiempo, pero cuando el tridente redujo la velocidad y abrió los ojos se quedó asombrada al ver que nadaban al lado de una pared blanca. La temperatura del agua le dijo que estaban en uno de los polos y sonrió encantada alargando la mano para acariciar la pared de hielo. El tridente se sumergió más profundo y todo se oscureció. De hecho, allí no había vida. Se agarró al tridente con ambas manos y sintió temor. —¿Dónde me llevas?

El tridente no se detuvo, pero se deslizó más lentamente. La temperatura era mucho más fría y se estremeció. El tridente continuó y cuando estaba a punto de ordenarle que diera la vuelta, abrió los labios de la sorpresa al ver una gran concha totalmente blanca. Era enorme y tenía enormes perlas en los extremos. Era increíble que en aquella oscuridad donde no había nada aquella concha estuviera allí. El tridente se detuvo ante ella. Y Patricia miró hacia arriba porque la curvatura de la concha doblaba su altura. Alargó la mano para tocar una de las perlas que eran tan grandes como balones de playa y al acariciarla sonrió por su suavidad. —Preciosa.

En cuanto dijo eso la concha se abrió de golpe y del impulso la empujó hacia atrás varios metros. Aferrada a su tridente apartó su cabello dorado para mirar la concha y se quedó de piedra al ver a una sirena totalmente blanca. Incluso su cabello era blanco, pero lo que la estremeció fueron sus ojos que parecían dos trozos de hielo. Se miraron de arriba abajo y no pudo evitar ver que sus escamas eran transparentes. Era preciosa y aparentaba su edad. Y estaba tan sorprendida como ella.

—La sirena dorada —susurró con reverencia—. Y lleva el tridente de Poseidón.

—¿Quién eres?

La sirena sonrió. —Soy Ice.

Un nombre apropiado. —¿Vives aquí? —Miró a su alrededor. —¿Sola? ¿Dónde está tu familia?

—No tengo familia. —Le hizo un gesto con la mano. —Por favor acércate. ¿Quieres una ostra? Estarás agotada de tu largo viaje.

—Lo ha hecho él todo. —Señaló con la cabeza al tridente.

—Entiendo. —Pareció incómoda. —¿Deseas algo?

Parecía tan inocente y tierna. Aunque sus ojos no podían mostrar ternura el resto de su rostro sí y se acercó sin temor a ella. —Yo me llamo Patricia.

—Yo te conozco como la sirena dorada. Llevan muchos siglos esperándote.

—¿Quiénes?

—Todos. —Sonrió divertida. —Yo estoy desinformada, pero al parecer tú lo estás más.

—Es que no hacen más que mentirme y ya no sé qué creer.

—No entiendo. ¿Quién se atreve a mentir a la descendiente de Poseidón? Se jugaría el cuello. —Sonrió divertida. —Ven. Hace mucho que no tengo compañía y estoy deseando hablar un rato. Comeremos algo.

La concha estaba vacía y la miró sorprendida. —¿Dónde duermes?

—Aquí.

—No tienes cama. Ni muebles.

—No los necesito. Siempre he vivido aquí. Es mi hogar.

Entonces entendió que Ice nunca había salido de allí. Ella era sirena y no se convertía en humana. No necesitaba cosas materiales. Una vida sencilla y sin complicaciones. Patricia sonrió e Ice alargó la mano. —Ven conmigo. Te enseñaré donde hay las mejores ostras de los alrededores.

—¿Con este frío hay ostras?

—O sí. Parece que no, pero es un sitio con mucha vida.

Se dejó guiar y para su sorpresa llegaron a unas rocas. En la arena había ostras enormes y riendo abrieron unas cuantas.

—Cuéntame porque vives aquí tú sola. —Se sentó en la roca e Ice lo hizo a su lado. El tridente se quedó de pie a su lado mientras comía. Ice apretó los labios y se encogió de hombros antes de comer lo que tenía en la mano. —¿Qué significa eso?

—Nunca he salido de aquí. Y me temo que no sería feliz en otro sitio.

—Pero estás sola. ¿No tienes miedo?

La miró sorprendida. —¿Por qué iba a tener miedo? Estoy rodeada de los

míos.

Patricia no entendió nada y de repente un pez se acercó de manera amenazante hasta Ice, pero ella sonrió y alargó la mano para alimentarle.

—Pero ellos no te dan cariño. ¿Dónde están tus padres? ¿No tienes hermanos? ¿Y tus esclavos?

Ice abrió los ojos como platos. —¿Mis qué? —Se echó a reír a carcajadas y Patricia se sonrojó sin saber por qué.

—¿De qué te ríes? —Intentó contener la risa, pero al mirarla se volvió a reír. Patricia se empezó a molestar. —¿Qué? ¿Qué he dicho?

—¿Tienes esclavos?

—Ya no, pero los tenía.

—¿Y para qué te sirven?

—Para nada por eso no los tengo.

—¿Tienes padres?

Ella pensó la respuesta porque la verdad es que madre si tenía, pero padre.... Menudo lío. —Sí que tengo.

La miró extrañada. —A mí me dejaron aquí cuando aprendí a alimentarme sola. —La mandíbula de Patricia cayó hasta su pecho. —Mis padres no soportan el frío y yo no soporto el calor.

—Pero...

—Tranquila, aquí estoy bien.

—Pero tienes que sentirte sola. Ven conmigo a mi casa.

—¿A tu casa? No puedo hacer eso. Yo pertenezco aquí. —Parecía incómoda y Patricia supo que le ocultaba algo. Más mentiras.

Suspiró levantándose y susurró —Tengo que irme.

—¡No, espera! —La cogió por la muñeca y le rogó con la mirada. —Por favor, no te vayas.

—Mira, me muero por tener una amiga, pero estoy harta de que me mientan. Entiendo que quieras ocultar cosas porque no me conoces, pero no me mientas.

—No te mentiré —dijo desesperada—. Pero no te vayas, por favor.

Eso demostraba que estaba harta de estar allí sola y Patricia se volvió a sentar. —Muy bien, cuéntame algo de ti. Las amigas se cuentan sus vidas.

Ice se echó a reír. —Es muy aburrido. Me despierto y hago la ronda.

—¿La ronda?

—Sí. Vigilo que ninguno de los rompehielos tengan problemas. El otro día uno se quedó atrapado en el hielo y avisé a unos amigos para que les ayudaran.

—Me imagino que tus amigos son ballenas o algo así.

Ice se echó a reír asintiendo. —¿Y tu vida? ¿Cómo es? Debe ser fascinante.

Antes de darse cuenta le había contado toda su vida mientras comía una cantidad indecente de ostras. Al final sí que tenía hambre. Ice la escuchaba atentamente sin hablar apretando los labios disgustada cuando escuchaba como la habían manipulado. Patricia ni se dio cuenta que estaba llorando hasta que Ice pasó su brazo sobre su hombro consolándola.

—Lo siento —susurró Ice en voz baja—. Siento que te hayan hecho daño.

Se encogió de hombros intentando no darle importancia. Avergonzada la miró de reojo. —Crearás que soy una ridícula niñata cuando a ti te han dejado sola desde pequeña.

—No creo que seas una ridícula. Al menos a mí no me han mentido nunca. Fueron claros sobre mi destino y yo lo entendí. Y de vez en cuando vienen a verme, ¿sabes? ¿Cómo crees que sabía que existías? Mi madre me lo contó en una de sus visitas. Me dijo que ya habías llegado.

—¿Y cómo lo sabía tu madre?

Ice frunció el ceño. —Patricia, están preparados para la guerra. Sólo esperaban que aparecieras.

Se llevó una mano al pecho. —¿Qué dices?

Su nueva amiga suspiró. —Veo que no te lo han dicho todo.

Nerviosa se levantó colocándose frente a ella. —¿Hay más? —preguntó histérica—. ¡No me jodas!

Su amiga abrió los ojos como platos. —¿Has dicho una palabrota!

—¡Tienes que relacionarte más con gente de tu edad, Ice! ¡No te desvíes!
¿Qué me han ocultado?

Ice se acercó a ella y le susurró al oído —Ella les dijo que venías. Les dijo que eras la esperanza de su pueblo. Que los liberarías. Ella es la culpable de todo.

—¿Ella? ¿Quién es ella?

Ice la miró a los ojos. —Yo. Yo les dije que estabas de camino y mi madre me confirmó tu llegada.

Patricia se estremeció. —¿Quién eres?

Ice se alejó sentándose sobre la roca de nuevo. —Soy la descendiente de cierta amiga de Poseidón que fue destinada a la profundidad de los mares. Soy la descendiente de Semiramis.

Ella abrió los ojos como platos. —¿Eres hermana de Cloe?

Chasqueó la lengua. —Menuda mentirosa. Nunca da ni una. No, no es mi hermana, es mi prima. No la veo desde que tenía diez años. Me tenía miedo —dijo disgustada—. Cree que no lo sé, pero sé muchas cosas. Ni aislada aquí pueden ocultarme lo que ocurre.

—¡Así que me conocías! —exclamó molesta—. ¡Sabías lo que había pasado!

—¡No! ¡No es así! Yo veo cosas, pero no lo veo todo. Yo también era pequeña cuando se te llevaron. No sabía que estabas en Nueva York como no sabía muchas otras cosas porque no las he visto. Pero si se cual será tu futuro. Tú no quieres saberlo.

Patricia negó con la cabeza e Ice sonrió. —Por eso no pienso decirte una palabra para no influir en ti.

Suspiró de alivio y se sentó en la roca derrotada. —Sé qué piensas que no te ofrezco mi amistad sinceramente, pero no es así. —Se sentó a su lado y abrió una ostra mostrando una perla preciosa. —Sé que por todo lo que te ha pasado no confiarás fácilmente y piensas que hay otra conspiración detrás de esto. En este momento estás pensando que el tridente te ha traído a mí por una razón, pero quiero que recuerdes que está unido a ti y seguramente pedías una amiga a gritos interiormente. —Los ojos de Patricia se llenaron de lágrimas. —¿Sabes? El mejor consejo que te han dado en tu vida te lo ha dado

Parténope. —Cogió la perla y cogió un mechón de su cabello cortándoselo con un pedazo de coral. Asombrada vio como trenzaba la perla entre sus hebras y hacia una preciosa pulsera con la enorme perla en el centro. —Debes seguir tu instinto. Dame tu muñeca.

—¿Para mí? —preguntó sorprendida.

—Quiero que tengas un recuerdo de mí. —Sonrió avergonzada. —Sé que no es mucho, pero...

—Es preciosa —dijo interrumpiéndola—. Perdóname por ser tan borde.

—¿Borde?

Patricia se echó a reír. —Yo te pondré al día.

Hablaron de mil cosas y ninguna tenía que ver con su supuesta misión de la vida. Hablaron de Nueva York y de cómo era su vida allí. Ice le preguntaba interesada. —Me muero de envidia. Nunca he comido una hamburguesa.

—Seguramente te sentaría fatal porque estás acostumbrada a comer lo que te da el mar, pero yo las echo de menos.

—¿Quieres quedarte a dormir?

Sorprendida miró a su alrededor y se dio cuenta que era de noche. —Debería volver a casa.

Ice asintió perdiendo algo la sonrisa. —Sí, por supuesto. Deben estar preocupados por ti.

Lo dudaba mucho después de cómo se habían portado con ella. De hecho, seguro que solo lo sentían porque no tenían el tridente de Poseidón para defenderse. Ice la miró con pena. —No pienses eso. Tu abuelo te adora.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No es cierto. Me ha mentado siempre.

—Temía por ti y te sacó de allí a toda prisa muerto de miedo porque te pasara algo. Si te mintió fue para intentar protegerte. —La cogió de la mano y se la apretó. —Te dije que no te diría nada sobre tu futuro para no influirte y no pienso hacerlo, pero las amigas hablan de pasado. Tú has vivido como humana casi toda tu vida y no les entiendes. Tu familia, como muchas otras están atrapadas en dos mundos. En la tierra son normales y tienen capacidad para elegir su destino, pero en cuanto entran en el agua todo cambia. Deben ser sumisos y atenerse a los caprichos de Poseidón. Con mi antepasada hizo lo mismo, ¿sabes? Y yo he pagado las mismas consecuencias que tú. —Patricia

iba a decir algo. —Pero a mí no me han mentido, cierto. Lo que pasa es que te sientes defraudada con todos porque ser sirena y todo lo demás ha sido una sorpresa para ti. Pero si hubieras vivido aquí, lo hubieras visto con otros ojos y te hubieras dado cuenta cuanto han hecho para protegerte.

—Querrás decir para proteger a su salvadora —dijo con rabia.

Ice sonrió. —¿Acaso no es lo mismo? Piensa esto. Si te hubieras quedado aquí arropada por los tuyos ocultando que eras la sirena dorada te hubieras sentido distinta a todos los demás. Y si añades que si alguien revelaba tu secreto a Zeus, puede que el dios de todos los dioses no se hubiera tomado demasiado bien tu nacimiento. ¿Quién sabe si te habría matado para dar una lección a Poseidón por su maldición?

—Mataron a mi padre, que era el único que me quería de verdad.

Ice sonrió con pena. —¿Acaso crees que tu madre no te quería? —Se levantó y suspirando se pasó una mano por su cabello blanco. —Voy a hacer algo que no me gusta hacer porque vas a pensar que te estoy mintiendo o algo por el estilo. Pero lo hago porque una amiga debe decirle a otra lo que está bien y lo que está mal. Y tus pensamientos sobre el amor de tu abuelo y de tu madre están equivocados. Ven.

—¿A dónde vamos? —Cogió el tridente y la siguió sin dudar.

—Necesito algo que haga de pantalla. Te voy a mostrar cómo era tu vida al nacer.

El corazón se le retorció deteniéndose en seco. —No.

—¡Claro que sí! —La cogió de la muñeca y tiró de ella hasta un iceberg. —Vas a ver lo que realmente ocurrió en esos días. Después puedes juzgar tú misma.

Nerviosa miró la pared impecablemente blanca y vio a su madre sonriendo radiante alargando los brazos para coger a un bebé rojo como un tomate que lloraba con fuerza. Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas al ver su cara y miró hacia arriba. La cara de su padre apareció para besarla suavemente en los labios. Parecían tan felices que el corazón de Patricia se retorció sufriendo por no haber tenido eso toda su vida. La siguiente imagen era de su madre en una enorme bañera y su padre se acercó a ella con Patricia en brazos. Con cuidado la metieron en el agua y sus caras lo dijeron todo al ver su pequeña cola dorada. Asustada su madre le dijo algo a su padre que la

sacó del baño de inmediato envolviéndola en una toalla mirando a su alrededor. Entonces vio a sus padres discutir y a su madre llorar mientras caminaba de un lado a otro desesperada pasándose las manos por su cabello rubio. Entonces entró una mujer más mayor en la habitación y muy seria les dijo algo. También era rubia y parecía enfadada.

—¿Quién es?

Ice la miró sorprendida. —Tu abuela.

Jadeó dando un paso atrás. —¿Mi abuela?

—Murió al día siguiente. Pero ella fue la que ordenó llamar a Poseidón para comunicar tu nacimiento.

—¿Murió al día siguiente? —No salía de su asombro.

—Sí, la encontraron con un golpe en la cabeza. Se atribuyó a un accidente.

Apretó las mandíbulas mirando las imágenes y la siguiente era la de ella en una piscina nadando sola mientras Poseidón, sus abuelos, sus padres y un niño moreno la miraban orgullosos y asustados. Poseidón sonrió encantado y se volvió hacia su abuela. La abuela asintió y Poseidón se fue mientras su abuelo lo miraba con rencor. El niño se acercó a la piscina y se sentó para observarla en su baño. Estaba muy serio y cuando ella pasó a su lado extendió una mano para tocar la aleta de su cola mientras los mayores discutían. Su padre estaba frenético mientras que su madre lloraba, pero atendía a lo que decía su abuela. El abuelo no estaba de acuerdo en absoluto y Patricia se tensó. Mario volvió a extender la mano y Patricia se acercó para cogérsela con fuerza sorprendiéndolo. Los adultos los observaron y su abuela entrecerró los ojos diciéndole algo a Mario que hizo que la soltara. Mario salió corriendo de la habitación. Los mayores se pusieron a discutir de nuevo y su padre se acercó a la bañera gritando como un poseso. La sacó de la bañera y la secó con ternura. Patricia se echó a llorar al ver como su madre la cogía en brazos como si quisiera protegerla y la besaba en la frente. El abuelo dijo algo, pero su abuela negó con la cabeza vehemente antes de salir de la habitación dando un portazo.

—Crees que esa es una madre que no quiere a su hija —preguntó mirando la imagen de Shine que sin dejar de llorar acariciaba a la niña—. Creo que ella ha sufrido aún más que tú. Quedando ante todos como la madre desnaturalizada que expulsa a su hija recién nacida de casa porque le echa la

culpa de la muerte de su marido. Tu abuela dio la orden de que se te ocultara para que cuando llegara la hora pudieras tomar por sorpresa a Zeus. —Ice se acercó a la imagen. —Pero tu madre y tu abuelo no lo hicieron por eso. Lo hicieron para protegerte. Lo hicieron para que nadie pudiera hacerte daño. Lo hicieron para que cuando fueras adulta pudieras liberarlos a todos de él. Incluida a ti.

Se volvió hacia Ice. —¿Quién mato a mi abuela?

Ice apretó los labios. —No voy a decírtelo. Tu abuela era distinta a ti. Ella era una fiel defensora de Poseidón y le hubiera dado todo lo que tenía a su Dios. Incluida a su nieta. Si tenía que sacrificarte lo hubiera hecho sin dudar y todo el mundo lo sabía. Pero los demás no eran así. Alguien que te ama más que a nada en la vida la asesinó para intentar evitar tu destino, pero el destino es imposible de evitar.

—Parténope dice que alterar el destino puede provocar un desastre.

Ice sonrió. —Es de la vieja escuela y es un poco apocalíptica. El destino está marcado, pero si se varía es porque algo ha cambiado y el destino cambia a su vez.

—¿Cómo la alteración de la ruta en un GPS? —preguntó irónica.

—¿Un qué?

—Déjalo. —Suspiró mirando la pared. —Les veía conspirar a su madre y a su abuelo, pero su padre pareció escandalizado. Ice sonrió con pena. —No quería que se te llevaran. Quería irse con su familia, pero su mujer le dijo que os encontrarían. Que eras demasiado importante para Poseidón como para dejarte ir. Tu padre no atendía a razones. Esa tarde apareció muerta tu abuela y unas semanas después moría tu padre.

Entonces la imagen cambió. Mario estaba al lado de la cuna intentado de cogerla de puntillas mirando hacia el suelo donde su padre se moría y su madre gritaba desesperada por él. Mario gritó cuando el hombre se la arrebató y se tiró a él, que le dio una patada que lo tiró al suelo. Se tapó la boca viendo como Mario se echaba a llorar de impotencia cuando su abuelo concedió el deseo que ese hombre pedía. Se acercó y tocó la cara de Mario.

—Ha sido duro para él, ¿sabes? Odió cuando se te llevaron. Hizo lo posible por evitarlo. Siempre se sintió ligado a ti. Poseidón se enteró de lo que deseaba tu padre y lo quitó del medio. No creo que se imaginara que tu

madre y el abuelo habían tramado aliarse contra él. Estoy segura que no, porque sino no le hubiera dado a tu abuelo esos tres deseos cuando falleció tu abuela. Poseidón se los dio con un propósito.

—Protegerme.

—Exacto. El primero era que no fueras sirena hasta los veinticinco y ellos acataron la orden porque lo que querían era sacarte de aquella casa a toda prisa y tu madre simuló ante todos que te odiaba para justificar tu marcha. —Ice hizo una mueca. —Pero Shine hizo algo que por poco os delata años después y tu abuelo tuvo que volver dejándote sola. En secreto compró un billete a Nueva York, pero Cloe la vio cuando salía con la maleta de la casa y se lo dijo a Poseidón y a tu abuelo.

—Cloe estaba al tanto de todo.

—Tu madre se delató. Se hicieron amigas y ella le preguntaba mucho por ti a pensar de que hablaba con tu abuelo todos los días. Estaba desesperada por verte e inició el viaje. Poseidón no hizo nada, pero tu abuelo la interceptó en el aeropuerto.

—¿En qué gastó ese segundo deseo?

—En hacer que Cloe lo olvidara todo. Pero ellos no sabían que Poseidón estaba al tanto. Perdonó la vida a tu madre. No sé la razón.

—Debió formar parte del deseo, porque Poseidón dijo que lo había hecho por él.

—Si hubiera sido en otro momento, la habría quitado de tu camino sin dudarlo —dijo muy tensa—. Eso te lo aseguro. Necesita algo de ella. —Patricia se tensó. —La necesita y por eso no le ha dado una lección. Si algo tiene Poseidón es que es rencoroso. No olvida una traición o que le lleven la contraria.

—Pues entonces a mí no me traga.

—Pero es que tú eras su arma. A ti te necesita más que a nadie y que te permitiera robar su tridente demuestra que es así. Ahora te has vuelto contra él y debes andar con pies de plomo. No te fíes de nadie que no sea tu familia. —La cogió del brazo asustada por ella. —De nadie. ¿Me has entendido?

—Sí, no te preocupes.

—Apóyate en Mario. Él es la persona a la que ha elegido tu corazón.

Puede que ahora estés dolida por sus mentiras, pero si tu corazón ha confiado en él, es porque no te fallará nunca. Es el amor de tu vida. No le des la espalda. Puede que tú no te des cuenta, pero hicieron bien al alejarte de aquí. —Al ver que Patricia iba a replicar levantó la mano. —¿No te das cuenta? ¡Eres objetiva! No te dejas influir por historias que has escuchado. Por eso intentaron alterarte, porque se han dado cuenta que no sientes rencor por Poseidón ni por los Dioses por todo lo que ha pasado. Para ti es como si no fuera contigo. Por eso te hicieron creer que ponían en peligro lo que más amabas. —Ice sonrió. —Y reaccionaste como ellos querían, porque hubieras arrasado todos los océanos con tal de encontrar al hombre que amas.

Levantó la barbilla orgullosa. —¿Estoy muy disgustada con él por mentirme! ¡Tu pareja no debería hacerlo nunca! ¿Si no confías en la persona con la que compartes tu vida, en quién puedes confiar?

Ice sonrió. —Tienes toda la razón. Tortúralo un poco antes de perdonarle.

—Le he echado de la casa.

—¿Que has hecho qué? —gritó Ice escandalizada—. ¡No puedes hacer eso! ¡Estás loca! —le gritó a la cara.

Patricia parpadeó. —Pues ya está hecho.

—¿Le has echado! —Su amiga nadó a su alrededor pensando en ello preocupada. —¿Cómo se te ha ocurrido? ¡Lo has alterado todo!

—Volverá. —Indiferente se sentó en una roca. Ice gimió negando con la cabeza y se levantó de golpe. —¿Cómo qué no?

—¿Le has echado!

—¡Sólo le he echado de casa, no del planeta! Lo dices como si lo hubiera enviado a Marte o algo así.

—¿Le has echado!

—¡Deja de repetir eso! ¡Ya lo sé!

—¡Eso significa que le has expulsado de tu vida! ¡Le has echado de la casa! ¡Se habrá ido!

—¿Qué quieres decir con que se habrá ido? —Patricia perdió color. —¿Te refieres de Nápoles?

—¡Me refiero que al ser expulsado de su familia no pertenece a ninguna!

Ahora está solo y lo más probable es que esté en tierra intentando empezar de nuevo en el otro lado de su vida.

Eso la tenso aún más. —¿No me digas?

—¿No piensas mover tu culo hasta casa para averiguarlo?

—No lo sé. Dímelo tú —dijo divertida—. ¿Qué es lo que voy a hacer?

—¡En este momento me tienes de lo más perdida!

—Estupendo. Así somos dos.

Ice gruñó exasperada y Patricia se echó a reír. —Volverá.

La miró fijamente. —No le conoces muy bien, ¿verdad?

—Claro que le conozco. Mejor que tú. Si me quiere tanto, volverá. ¡Si no es así, es que no me quería!

Su nueva amiga chasqueó la lengua y se volvió como si no quisiera mirarla. —¿Ice? —Dio un paso hacia ella y la cogió por los hombros para volverla. Se sobresaltó al darse cuenta que estaba en trance. Tenía los ojos cerrados y sus párpados temblaban abriéndose apenas.

—¿Ice? ¿Estás bien?

Abrió los ojos de golpe y al verla sonrió encantada. —¡Sí!

Interesada preguntó —¿Qué has visto?

—Nada que te importe.

—¿Era sobre mí?

—Sigue el consejo de Parténope y todo irá bien.

—¿Y todo ese rollo que me has soltado sobre la familia y Mario? ¡Me influís constantemente!

—Uy, perdona por darte un consejo —dijo con ironía sin molestarse—. Sigue tu instinto y todo irá bien.

—Pareces un disco rayado.

—Nunca he visto ninguno. Aquí cantamos. ¿Y tú cómo lo haces?

—Lo hago fatal. Si me esfuerzo puedo hacer que caigan rayos y truenos.

—¿No me digas? —preguntó asombrada.

—¡Era broma, Ice! Desafino mucho y cuando se canta mal se dice que va a llover y... —Al ver que su amiga no entendía nada dijo —Déjalo, tengo que irme.

—Eso, date prisa. Estarán preocupados.

Se quedaron mirando la una a la otra e Ice forzó una sonrisa. —Bueno...

—Gracias por escucharme.

—¿Volverás?

—Intenta detenerme.

Ice sonrió encantada. —Te estaré vigilando.

—Bien. Si te apetece ir, no lo dudes. Estaremos encantados de recibirte.

—Me lo pensaré. Estaría bien por ver la cara de Cloe. —Se miraron a los ojos. —Cuídate.

—Gracias por la pulsera.

—No es nada. La próxima vez te tendré preparada una corona. —La miró con horror haciéndola reír. —¡Si no la has visto!

—No te molestes —dijo haciéndola reír. Se acercó y le dio un abrazo—. Volveré. Me ha encantado conocerte.

—Lo mismo digo.

Se separaron y Patricia supo en ese momento que había ganado una amiga de corazón para toda la vida. —Hasta pronto. —Fue hasta la roca y cogió el tridente. Se volvió para despedirse con la mano. Ice hizo lo mismo perdiendo la sonrisa al verla alejarse.

Capítulo 9

Cuando emergió en la laguna el caos la rodaba. Varias sirenas que no había visto nunca se gritaban las unas a las otras mientras su abuelo gritaba a los tritones que hicieran guardia. Su madre lloraba sentada en el solárium mientras su padre caminaba de un lado a otro de los nervios, pasándose la mano por su cabello negro.

Sonrió mirando a su padre y se acercó hasta el borde lentamente. —Hola, ¿qué ocurre?

Su padre se tensó mientras su madre apartaba las manos de la cara y en ese instante los dos se pusieron a chillarle que dónde había estado.

Parpadeó sorprendida sintiendo que tenía doce años y la habían pillado en una falta grave. —Pues dando una vuelta.

—¿Cómo que dando una vuelta? —Su madre se levantó y la señaló con el dedo. —¡Estás castigada!

—Mamá, que ya soy mayorcita.

Se hizo el silencio en la sala y su padre gritó —¡Señorita... a tu habitación! ¡Menuda la que has organizado!

Les miró asombrada. —¿Que yo he hecho qué? ¡Habéis sido vosotros, pero vuestro plan era una mierda y ahora os ha salido el tiro por la culata! —Miró a su alrededor. —¿Dónde está Mario?

Se hizo el silencio y varios tritones incómodos se miraron los unos a los otros. Aquello no le gustó. —Voy a repetirlo de nuevo. ¿Dónde está Mario?

—Está en la ciudad —dijo su abuelo acercándose muy alterado—. Tienes que hacer que vuelva para liderar a los tritones.

—¿Cómo que está en la ciudad? —preguntó decepcionada—. ¿Qué hace

allí?

—¡Hija, le has echado! —le recriminó su madre—. ¿Qué esperabas que hiciera que se quedara ante la casa como si fuera un vagabundo?

Eso la puso de los nervios. ¡Había prometido que nunca la dejaría! Furiosa fue hasta las escaleras y para sorpresa de todos salió caminando. Las sirenas murmuraron admiradas y ella las observó desde arriba con el tridente en la mano mientras su madre la cubría a toda prisa con una toalla. —¿Qué hacéis en mi casa?

—Has iniciado una guerra que nos compete a todas —dijo la más anciana acercándose a las escaleras—. Venimos a ayudar.

—Yo no os he pedido ayuda.

Su abuelo la miró escandalizado. —Patricia, ¿pero qué dices? ¡Cuando llegue Poseidón, las necesitaremos a todas!

—Yo he molestado a Poseidón y yo pagaré las consecuencias. Si ocurre lo peor, no quiero a más implicados.

Las sirenas se negaron. —Queremos participar. Si la fuerza de Poseidón va contra tu familia, os apoyaremos. Será bueno que haya la presión de todas las familias para que no haya represalias.

—Sabéis tan bien como yo que Poseidón no se detendrá ante nada en su venganza. No os quiero en medio. Ahora podéis iros.

—¡Princesa, es una locura! —gritó la sirena—. Necesitáis ayuda. ¡La ayuda de todos para salir adelante!

—Tengo algo mucho mejor. —Sonrió mirando el tridente. —¿Acaso creéis que su tridente no le conoce mejor que nadie? Él me protegerá.

—¡Matará a los tuyos hasta que te entregues! ¡Sacrificara todo lo que es importante para ti con tal de que des la cara! —gritó otra sirena.

Eso hizo temblar a Patricia por dentro y miró a Daniel que estaba en una esquina realmente preocupado. —Busca a Mario. Dile que venga.

Daniel asintió y salió de allí a toda prisa. Se volvió hacia las sirenas y sonrió. —Prometo que si mi familia o yo necesitamos ayuda, os convocaré. ¿De acuerdo? Es lo único que puedo hacer de momento. No quiero precipitarme. Ahora si no os importa me encuentro muy cansada.

—¡La cena de la princesa! —ordenó su madre—. ¡Qué se la lleven a su habitación!

Su abuelo hizo un gesto a los tritones que empezaron a seguirla. Ella no dijo nada entendiendo que estaban preocupados por su seguridad. Parecía que no entendían que los tritones poco podrían hacer contra los deseos de Poseidón, que podría arrasar su casa con una sola ola. Sumida en sus pensamientos llegó a sus habitaciones y se quedó de piedra al ver en el salón a sus esclavos. —¿Qué rayos hacéis vosotros aquí?

—Serviros princesa —dijo uno agachando la cabeza—. ¿Necesitáis algo?

—¡Sí! ¡Necesito intimidad! ¡Fuera de mis habitaciones!

Atónitos se miraron los unos a los otros mientras su madre gruñía tras ella. —Hija, puede que los necesites.

—Ahora no, mamá. —Exasperada entró en su habitación y se detuvo en seco al ver a Mario mirando por la ventana vestido con un traje gris. Estaba muy tenso y tenía las manos a la espalda como si intentara contenerse. Su madre suspiró de alivio al verle y Patricia susurró —Cierra la puerta.

Su madre salió de inmediato cerrando las puertas a toda prisa. Patricia se acercó a su espalda y dejó el tridente de pie a su lado. —No te has ido. —Alargó la mano y tocó su espalda tensándolo aún más. —Estaba muy enfadada. ¿Me perdonas?

Se volvió sorprendido. —¿Qué te perdone? ¡Me has echado!

—¿Por qué todo el mundo ve eso tan importante?

—¿Estás loca? —La cogió por la cintura furioso y la pegó a él con fuerza. —¡Eres mi mujer! ¡No puedes echarme por una rabieta!

—¡Me mentiste!

—¡Lo hice por nuestro bien! ¿Crees que fue plato de gusto? ¡Odiaba hacerlo, pero tú no entendías la situación! ¡Te lo tomabas todo a broma!

—Te aseguro que ahora no me lo tomo a broma.

Se miraron a los ojos y los de Patricia se llenaron de lágrimas. —No vuelvas a mentirme. He creído que no te importaba.

—Si no me importaras, te aseguro que ya no estaría aquí. —Acercó su cara lo suficiente para acariciar su labio inferior con los labios antes de besar

el superior y pasar suavemente su lengua por él excitándola de tal manera que perdió el aliento. —Te necesito —susurró él con voz ronca—. Lo único que deseo en esta vida es estar contigo y que nunca te ocurra nada.

Patricia cerró los ojos saboreando esa sensación. Dios como le amaba y aunque él no se lo había dicho, saber que la necesitaba era suficiente. Se abrazó a su cuello y Mario la llevó hasta la cama. —¿Dónde has estado? —preguntó él molesto tumbándola.

Ella sonrió sin soltar su cuello y acarició su cabello negro. —Necesitaba pensar.

—¡Pues la próxima vez piensas aquí! ¡Podía haberte pasado algo!

Entonces gruñó su estómago y Mario se tensó. —¡Me dijiste que comerías! Que... —Miró su muñeca y se tensó. —¿Quién te ha dado esto?

Pensó en mentir, pero no quería que él pudiera acusarle de eso. —Ice.

Mario palideció apartándose de golpe. —¿Has visto a Ice?

—¡La conoces? —Intrigada por su reacción se apoyó en sus codos.

—¿Has ido al Ártico Norte?

—Al parecer sí. ¿Conoces a Ice?

—Nunca la he visto, pero he oído hablar de ella. Da mala suerte, no quiero que vuelvas.

Se apoyó en sus codos para mirarle bien. —¿Cómo que da mala suerte?

—¡Sólo profetiza desgracias, Patricia! ¡Por eso fue desterrada! La gente le tenía miedo. —Patricia se echó a reír y él la miró atónito. —Hablo en serio.

—Ya lo veo, pero es mentira. Me ha dicho que si sigo mi instinto todo irá bien y me ha ayudado a entenderos. —Le miró a los ojos. —Porque la verdad, con tanta mentira es que no sabía qué pensar. Hay que ser idiota para simular un secuestro y casi provocar una guerra con los Dioses. ¡No ganaríamos!

—Claro que sí. Somos un ejército poderoso y...

—No, Mario. ¡Qué crees que harían los demás dioses al sentirse amenazados! ¡Y no es por nada, pero en estos días sé que hay un montón de dioses dispuestos a defender su estatus! ¡Moriríamos todos y es algo que no pienso cargar sobre mi conciencia!

—¡No podemos seguir bajo el capricho de los dioses! ¡Mira cómo ha sido

tu vida! ¡Eso no es nada comparado con lo que he visto u oído a lo largo de los años! Y cuando vuelva Poseidón, todo será aun peor. ¡Debemos hacer algo!

—Por eso le he dicho a las sirenas que se mantengan al margen.

Mario palideció y se sentó a su lado. —Nena, va a eliminar a la familia. Nos matará a todos.

—No lo hará porque Zeus me debe una.

—¿Qué quieres decir? Si lo dices por lo del panteón, en cuanto hable con Poseidón...

—Voy a hablar con Zeus para independizarnos.

—Nena, no lo entiendes. Pertenece a Poseidón.

—No. Ya no. —Lo dijo tan convencida que Mario se quedó de piedra. — Se acabó. Las sirenas de todo el mundo ya no le pertenecen desde este momento. No lucharemos para eliminarlos porque es algo imposible. Lucharemos por nuestra libertad y por vivir nuestra vida como nos dé la gana.

—Poseidón no lo admitirá. Sin las sirenas y los tritones no tiene a quien dirigir.

—Pues que se aburra cambiando las mareas. Me da igual. Ha perdido el privilegio de que le sirvamos. Se terminó.

—Zeus no te dará la razón. Sobre todo, porque temerá que sus súbditos hagan lo mismo.

Patricia pensó en ello y se mordió el labio inferior porque tenía razón. — Si luchamos contra ellos, no tendremos ninguna posibilidad. ¿Cómo luchar contra alguien a quien no podemos matar? —Entrecerró los ojos y sonrió. — Nosotros no podemos matarles, ¿pero otro Dios sí, verdad?

—Sí, Zeus mató a Crono para ocupar su lugar al frente de los dioses. Entre ellos son mortales.

—Pues tenemos una aliada.

Mario se tensó. —No hablas en serio. Afrodita no se pondrá de nuestra parte. Además, adora a Poseidón.

—Sí, pero él la ha traicionado y Zeus también. Zeus me importa un pito, pero Afrodita puede enfrentarse a Poseidón.

—Cierto —dijo la voz de una mujer sobresaltándolos.

Mario se tiró sobre Patricia intentando protegerla y una risa femenina inundó la habitación. Al darse cuenta que no ocurría nada, Mario levantó la cabeza mirando sobre su hombro y al no ver a nadie se levantó a toda prisa llevándose a Patricia con él y poniéndola a su espalda. —¿Dónde estás? —preguntó Mario furioso.

Patricia miró el tridente que estaba al lado de la ventana y alargó el brazo susurrando —Ven aquí.

El tridente voló por la habitación llegando a su mano. Mario abrió los ojos como platos mientras la risa femenina aumentaba de volumen. —La pequeña sirena nos ha salido espabilada, ¿verdad Mario?

—¿Quién eres?

—Me habéis nombrado hace unos segundos. ¿No queríais mi ayuda?

Estaba claro que después de todo lo que había pasado, Patricia ya no se sorprendería de nada, porque en el momento que una mujer se materializó ante ellos se quedó como si nada. Era realmente bella. Morena con una larga melena negra, llevaba una túnica totalmente transparente mostrando unos pechos firmes y unos muslos de escándalo. No se cortaba en absoluto en mostrar la mercancía. Patricia chasqueó la lengua mirando de reojo a Mario. Pero no parecía en absoluto impresionado por aquella mujer.

Afrodita se echó a reír. —No, Patricia. Él sólo tiene ojos para ti. En otro momento puede que me molestara. Debo estar madurando.

—¿No me digas? Esa es una noticia estupenda —dijo apretando el tridente—. ¿Qué haces aquí?

—Me habéis llamado y aquí estoy. —Se acercó a la ventana y miró al exterior suspirando. —Me encanta el mar. Nací en el mar, ¿lo sabes?

—Sí, alguna noticia me ha llegado sobre eso —respondió exasperada—. ¿Te parece si vamos al grano?

—Oh, por supuesto. A mí tampoco me gusta perder el tiempo. —Se echó a reír. —Aunque tengo todo el del mundo.

—Pero yo no. Así que abreviemos.

Afrodita se volvió. —No puedo hacer lo que sugieres.

—¿Y eso?

—Le debo mucho a Poseidón y no puedo fallarle.

—¡Él te ha traicionado y a Zeus también!

—Cierto, pero son cosillas que ocurren a lo largo de los siglos. Los hermanos discuten constantemente y eso no significa que no se quieran. Pues eso ocurre con nosotros.

—Si no vas a ayudarnos, ¿qué haces aquí?

La miró a los ojos. —Has resucitado a Parténope. —Patricia se tensó. — No te voy a pedir que la mates de nuevo porque sí que quiero fastidiar un poco a Poseidón por ser tan idiota.

—Es cierto que sois unos manipuladores —dijo muy tensa—. ¡Deja a Parténope en paz!

—Si la mantienes con vida para fastidiar a Poseidón, que desea verla muerta, te diré cómo puedes conseguir esa independencia que tanto anhela tu familia.

—¿Sólo mi familia?

Afrodita perdió la sonrisa. —¡Tienes que ser realista! ¡Nunca conseguirás liberarlos a todos, pero si consigues algo para Zeus, él se encargará de que Poseidón no pueda tocaros jamás!

Las palabras de Ice diciéndole que no se fiara de nadie aparecieron en su mente una y otra vez, pero aun así preguntó —¿Qué quiere Zeus?

—Antes debes prometer que la mantendrás con vida. Cuando Zeus ordene que no se toque a tu familia, ella para fastidiar a su Dios le hará la vida imposible y quiero que sea así.

—Nena, es una trampa —dijo Mario muy tenso sin perder de vista a Afrodita.

Sí que lo era. No sabía que buscaba Afrodita, pero sabía que nunca la ayudaría porque sí. Lo de Parténope era una trampa de manual.

Apretó el mango de su tridente repitiendo interiormente lo que quería. Afrodita abrió los ojos sorprendida cuando intentó moverse y no fue capaz. — ¿Qué haces?

Mario la miró sorprendido. —¿Nena?

—El tridente es muy útil —dijo caminando hacia Afrodita y empujándola con la palma de la mano. La diosa cayó de costado al suelo con un quejido y se puso a gritar como una loca que la soltaran—. Mira cariño, no puedo matarla, pero sí puedo retenerla y evitar que nos hechize.

—Estúpida sirena. ¡Suéltame!

—¿Qué quiere Zeus? —preguntó agachándose para mirarla a la cara.

—¡Estás loca! No pienso decir una palabra.

—Mira tú por dónde. ¿Sabes que Poseidón no nos está viendo en este momento? No estamos en el mar y debe estar muy preocupado por Zeus como para que le moleste lo que hago. ¿Y si se me ocurre esconderte en el fondo del mar? Puede que se me olvide donde te he dejado y puede que te quedes allí para siempre. ¿Quién te iba a echar de menos?

Los ojos de Mario brillaron. —Nena, ¿y si hacemos eso?

—Sí, ahora que sabemos que funciona podríamos...

—¡Estáis locos! ¡Me encontrarían!

—¿Qué quiere Zeus?

Afrodita la fulminó con sus ojos marrones. —¿Quiere eso que tienes en la mano! ¡Es una trampa! ¿Contenta? ¡Ahora suéltame!

—¡Lo sabía! —Mario se pasó una mano por su cabello negro. —¿Quiere el tridente porque con el eres tan poderosa como ellos! Poseidón metió la pata al dártelo y ahora intentan recuperarlo. Le da igual que le hayas avisado de lo que pretendía su hermano. La ha enviado para tendernos una trampa.

Patricia chilló de alegría y se tiró a su hombre abrazándole. —¿Te das cuenta de lo que significa?

Mario se echó a reír. —Sí, nena.

—Somos libres si conservo el tridente.

—¡Os matará uno a uno hasta que se lo devuelvas! —gritó Afrodita.

—No porque le vas a enviar un mensaje. —Se volvió para mirarla a los ojos. —Queda expulsado de todos los mares. ¡Cómo se atreva a poner un pie en el agua, le encontraré, le apresaré y será llevado a las profundidades, donde pasará allí la eternidad! Y eso va para cualquiera que quiera meterse con las sirenas o los tritones que estén en tierra o en el agua.

La diosa la miró como si estuviera loca. —¿Nos estás declarando la guerra?

—No le he pedido al tridente que te haga desaparecer de la faz de la tierra. ¿Quieres ser la primera en probar si funciona?

—¡No! —gritó asustada antes de que la rabia la recorriera—. ¡Si Zeus no te fulmina con su rayo, Poseidón esperará a tu muerte y los aniquilará a todos! Él tiene todo el tiempo del mundo mientras que tú eres mortal. No podrás protegerlos siempre porque te dio el tridente a ti.

En eso tenía razón, pero le daba tiempo que era lo que necesitaba. —Tú envíale mi mensaje.

Mario se acercó con desconfianza a la diosa y apartó a Patricia. Afrodita se echó a reír. —Haces bien en desconfiar, tritón. Acabáis de sellar vuestra tumba.

—Parece que no te das cuenta, Afrodita. Pero si matáis a uno de los nuestros le resucitaré. Los resucitaré a todos. —La diosa perdió la risa. —Y enviaré un ejército al mismísimo Olimpo que lo arrasará todo y la amenaza de Poseidón se hará realidad. No me hagas llegar a esos extremos. Sólo queremos la libertad. Sólo eso. Díselo a Zeus de mi parte.

Mario asintió dándole la razón, lo que fue un auténtico alivio porque acababa de hacer lo que hacía unos minutos le había refutado a él. Acababan de entrar en guerra con los dioses.

Afrodita la miró con rencor. —Tienes que soltarme para que pueda irme.

Patricia sonrió. —Sé que en algún momento de esta conversación has intentado maldecirme o transformarme en rata o algo así como hiciste con Parténope —dijo divertida—. Pero en cuanto te he visto, le he pedido al tridente que protegiera a los míos de tus deseos. A lo largo de los siglos habéis dejado descubiertas vuestras cartas. No creas que no hemos aprendido vuestras lecciones y que estaremos preparados. —Le dio la espalda y la liberó para demostrar que no le tenía miedo. Mario se puso a su lado.

—Vais a pagar por esto. Todos lo pagareis —dijo rabiosa—. ¡Somos dioses!

—Y habéis abusado de ese privilegio. Adiós Afrodita. Espero no verte nunca más.

—Oh, por supuesto que me verás. ¡Estaré ahí el día que exhales el último aliento! —Desapareció y Mario se acercó a ella abrazándola por la espalda.

—Has hecho lo correcto.

—Eso espero. Porque sin el apoyo de Zeus esto va a ser una masacre.

—Se dará cuenta que si quiere mantener la paz deberá negociar contigo.

Ella se volvió para mirarle y casi le da con el tridente haciéndole reír. — Eso va a ser algo incómodo, aunque muy útil. —La besó suavemente en los labios. —Nena, deberías saber hasta dónde llega tu poder para marcar los límites a los que puedes llegar.

Miró el tridente. —¿Cómo voy a dormir sin soltarlo?

—Sí, eso también tendremos que solucionarlo. —Le pegó a él. —Nena, ¿crees que me soltara una descarga si te hago el amor? —Sus manos llegaron a su trasero. —Es que verte tan enérgica me ha levantado el ánimo.

Sonrió divertida. —Ya me he dado cuenta. Te gusto mandona, ¿eh? Pues a mí me excita que ordenes tú.

—Lo sé.

Zeus Afrodita y Poseidón observaban a la pareja cada uno con un pensamiento distinto. Poseidón estaba furioso contra ellos por dejarle en ridículo ante su hermano. Afrodita se sentía humillada porque no había esperado que la sirena le llevara la delantera pues no le había dado tiempo a hechizarla y Zeus se mantenía en calma porque sabía que Patricia no quería guerrear contra ellos. Sólo quería ser libre y el problema lo tenía su hermano que era un atencico estúpido para haber iniciado aquello con el asesinato de su esposa.

Zeus desvió la mirada hacia Parténope que sonreía satisfecha mirando a su descendiente hacer el amor con su pareja. Lo vio en sus ojos. Esa era la venganza perfecta para ella y seguro que sentía una satisfacción enorme al ver que sus descendientes la protegían a pesar de los siglos que habían pasado. Incluso Patricia que no había tenido conocimiento de su existencia hasta hacían unas semanas atrás. Zeus miró a Patricia que adoraba con la mirada a su tritón. Un amor puro tan fuerte que había sobrevivido a las mentiras de su

pareja. Sonrió divertido. Ciertamente se había enfadado un poco. Más que un poco. Le había metido dos descargas que a cualquier otro le hubieran dejado tieso y Zeus se había reído como nunca. Giró la mirada a su hermano. Sabía que estaba enfadado porque su plan no había dado resultado, aunque nunca los daba. Debería estar acostumbrado. —¿Qué piensas hacer?

—¿Cómo que qué pienso hacer? —preguntó sorprendido—. ¿No piensas ayudarme?

Afrodita se puso de su lado.

Zeus chasqueó la lengua y caminó por el mármol blanco hasta subir las escaleras y sentarse en su gigantesco trono. —No. Y mi decisión es firme.

Poseidón le miró atónito. —¡Piensa lo que dices! ¡El siguiente serás tú!

—No. Porque a mí mis súbditos me respetan. No me temen. No voy sembrando el caos a mi alrededor, al contrario que vosotros dos que os gustan los conflictos. A mí dejarme en paz. No pienso tomar parte por vosotros. No voy a protegeros. Si esa sirena tiene tu tridente es porque tú se lo has dado y debes pagar las consecuencias. Hay que ser idiota para dar tu arma más poderosa a cualquiera. —Se echó a reír sorprendiéndolos aún más. —¿Querías que una mujer que ha sido independiente durante veinticinco años sintiera rencor hacia mí? ¿Un rencor tan poderoso que se enfrentara al Dios de dioses? Sólo por su pareja la alteraron lo suficiente como para provocarla y no consiguieron engañarla. Quizás si Carla hubiera mantenido la boca cerrada, habría pasado algo mucho más grave. Debería preocuparte que todas tus sirenas sientan el suficiente rencor hacia ti como para unirse a su venganza.

Parténope sonrió y Poseidón la miró como si la quisiera muerta. —No podrás tocarla. —Sentenció Zeus perdiendo la sonrisa. —De hecho, no podrás tocar a ninguno. —Afrodita palideció. —Son hijos míos también y voy a protegerlos. La sirena dorada, cabreada y con tu tridente es peligrosa. No quiero guerrear con ella, aunque Patricia es la que más tiene que perder, porque tiene razón. Ella y toda su familia. La habéis manipulado desde su nacimiento y se ha terminado. Dejar a la familia de Parténope tranquila.

—¡Y mi tridente! —gritó furioso.

—Tendrás que conseguir que te lo de ella misma por propia iniciativa. Al fin y al cabo, es sangre de tu sangre. Convéncela.

—No lo lograré. Ya no confía en Poseidón. Y eso que hasta su propia

familia la ha traicionado, pero ha volcado su odio hacia él —dijo Afrodita fuera de sí.

—Su familia la ha traicionado y mentido para protegerla. Poseidón le ha mentido y manipulado para conseguir este trono. Precisamente que no me haya traicionado a mí es otro punto a su favor. Son intocables. Si tienes que esperar cien años a su muerte es problema tuyo. No me importa en absoluto. —Los ojos azules de Zeus fulminaron a Poseidón y a Afrodita. —Como no cumpláis mis órdenes les daré la razón del todo y les daré tu reino. Y Afrodita...

—¡No he hecho nada! Sólo fui a recuperar el tridente como me pedisteis.

—Deja de ponerte del lado del perdedor, preciosa. Te advertí hace siglos que tu lugar está a mi derecha. —Al escuchar eso se tensó. —No te desvíes por los tejemanejes de mi hermano o sino tendré que castigarte de nuevo. Sabes que no me tiembla el pulso y la cueva donde pasaste cinco años por tus devaneos sigue vacía. Saliste muy pálida, querida. Sería una pena para tu preciosa piel tener que encerrarte de nuevo.

Afrodita palideció y asintió alejándose de Poseidón, que la miró asombrado. —Lo siento. Por mucho que seas mi favorito no pienso dejar que me encierre de nuevo. Ni por ti ni por nadie. ¡Ya hice bastante librándote de ella! —gritó señalando a su mujer.

—¡Si solo fueron cinco años! Tampoco es tan grave.

—¡Porque no te ha encerrado a ti! No pienso volver a hacerte caso. ¡Si queréis fastidiaros a mí dejarme en paz! ¡Dejaste que me castigara a pesar de que las instrucciones me las habías dado tú!

Parténope levantó una ceja y Afrodita gruñó saliendo de allí a toda prisa. Poseidón miró a su mujer que dijo dulcemente —¿Sabe que le has echado la culpa de todo durante siglos? —Poseidón entrecerró los ojos. —¿No? —Parténope se echó a reír. —Será interesante cuando se entere.

Zeus se echó a reír mirando a la sirena que sentada en el suelo se acariciaba la trenza encantada. —Como ves mi pariente recibió su merecido a tu muerte. Poseidón vino a recriminarme la actitud de la persona que había seguido sus instrucciones y me amenazó ante mi familia con la llegada de Patricia. No decidí castigar a Afrodita por las palabras de mi hermano. Sino porque tuvo el descaro de jactarse de lo que había hecho ante Apolo, mi hijo. Recapacité y la castigué para que todos recibieran el mensaje de que a la

familia no se la toca. Afrodita lo entendió, pero al parecer mi hermano no. — Sonrió a la sirena. —Puedes volver a casa y diles lo que acaba de pasar aquí. No omitas nada —la advirtió seriamente—. Y dale este mensaje a Patricia de mi parte. —Parténope asintió mirándole atentamente. —Su primer hijo recibirá la bendición de Zeus y será un semidiós que al nacer tendrá el don de controlar las tormentas en el mar.

Poseidón se tensó y Zeus se echó a reír. —Sabes por qué lo hago, ¿verdad hermano? Eres demasiado rencoroso. No quiero que dentro de cien años recuerdes que te tomaron el pelo y decidas lanzar un tsunami sobre su casa por un capricho.

—No pensaba hacerlo. Ya me has dicho que son intocables.

—Sí, pero por si se te olvida. Tienes la memoria algo frágil. Debe ser la edad. —Se volvió hacia Parténope. —Envía mi mensaje.

—Mi Dios. ¿Puedo preguntar algo?

—Sí, por supuesto. —La animó con la mano y Parténope sonrió dulcemente. —Pregunta sin miedo.

—Sobre mi vida o mi muerte...

Zeus asintió. —Te dejo vivir. Tu vida avanzará normalmente como la vida del padre de Patricia desde este mismo instante. Dile a tu descendiente que es mi voluntad.

—Gracias mi Dios. —Levitó pasando al lado de Poseidón al que le sacó la lengua haciendo reír a Zeus a carcajadas.

Poseidón entrecerró los ojos pensando que algo se le ocurriría y cuando se quedaron solos Zeus apretó los labios. —Si fueras como debes de ser, estarías orgulloso de ella por proteger a los tuyos por encima de todo. Incluso poniéndose en contra a su propia familia. Es fuerte y cabal.

—¡Acaba de amenazarte!

—¡Sólo porque no tenía otra opción! Cuando acorralas a un perro, este te muerde, Poseidón. Retráctate y recupera a tu gente. Es lo mejor.

—¡No puedo hacer eso! ¡Soy un Dios! ¡Mi palabra es ley!

—Tú mismo, pero recuerda la amenaza de tu descendiente. Estás expulsado de los mares. —Poseidón abrió los ojos como platos. —Si vuelves, te apresará y te llevará al fondo de los mares. Y no pienso hacer nada para

evitarlo.

—¡No hablas en serio! —A Zeus le divirtió su frustración. Era un justo castigo a su traición. —¡Debes estar de mi lado!

—¿Y eso por qué? ¿Por ser tan buen hermano que intentaste eliminarme? Desaparece de mi vista. Y te lo advierto, como vuelvas a intentarlo, te voy a dar una lección que no olvidarás jamás —dijo muy seriamente—. Quizás si pierdes las piernas y tienes que arrastrarte por la profundidad de los mares, entiendas hasta donde llega mi poder.

—¡Lo he entendido!

—Recapacita Poseidón. Ahora vete.

—¿Irme a dónde? —preguntó atónito.

—¡Ese no es mi problema! —gritó haciendo que un trueno cayera ante sus pies haciendo que Poseidón diera varios pasos atrás—. ¡Desaparece de mi vista!

Vencido y humillado Poseidón se volvió caminando con rapidez hacia la puerta y su mirada prometía venganza.

Capítulo 10

Tres meses y medio después

—¿Cómo va todo? —preguntó Ice trezándole el cabello mientras estaban sentadas en una gran roca al lado de un iceberg.

Sonrió dejando el tridente a un lado. —Ya lo sabes, para qué me lo preguntas.

Ice se echó a reír. —Quiero saber tu opinión. ¿Por qué no se lo has dicho a Mario?

—¿El qué? —Se hizo la tonta, pero Ice tiró de su trenza. —Eyyy.

—Eso es para que no te burles de mí. ¿Por qué no le has dicho lo del bebé?

—No quiero preocuparle. Cuando Parténope le dijo que sería un semidiós casi le da algo. —Se echó a reír. —Les tiene alergia.

—Puede que no sea varón.

A Patricia se le cortó el aliento y volvió la cabeza. —¿Es una sirena?

—No he dicho nada. Simplemente estoy especulando como si no tuviera ni idea de lo que llevas dentro como cualquier amiga normal.

Entrecerró los ojos. —Muy graciosa. —Miró hacia delante y susurró sin poder evitarlo. —Mario me ha dicho algo que...

Ice dejó caer su trenza y se alejó de ella. Se arrepintió de sus palabras de inmediato, pero aun así esperó su respuesta.

Su amiga se apretó las manos nadando hasta el iceberg y lo tocó pasando la mano por la suave superficie. —Te mentí.

—No me mentiste. No hablamos de la razón por la que estabas aquí, ¿recuerdas? No tienes que justificarte por ocultar la razón por la que te enviaron aquí.

—Me avergonzaba que mi familia me hubiera hecho eso y te dije que aquí era feliz.

—Pero no lo eres.

Ice se echó a llorar y Patricia se acercó a toda prisa a consolar a su amiga. —Me temen. Mis padres me desterraron cuando dije que mi hermano moriría a manos de Poseidón.

Patricia jadeó. —¿Mató a tu hermano?

—Le insultó sin querer. Mis padres no le habían alertado y le mató ante todos para dar una lección.

—¿Cómo le insultó?

—Estaban festejando y Poseidón se puso a bailar, pero Roman... se llamaba Roman. —Patricia asintió. —Roman que había bebido de más, se echó a reír diciéndole que necesitaba unas clases.

Patricia se quedó con la boca abierta recordando las bromas que ella le había hecho. —Poseidón se enfureció porque había herido su orgullo y todos se dieron cuenta. Antes poder retractarse le atravesó con un rayo que le hizo perder la vida de inmediato.

—Y tus padres te empezaron a temer.

—Ya habían empezado antes. En ese momento quisieron alejarme de la comunidad porque corrían rumores de que sólo profetizaba cosas malas.

—¿Tu prima tuvo algo que ver en el asunto? —Ice se volvió sin querer darle la razón, pero al no negarlo se tensó con fuerza. —Lo va a pagar.

—¡No!

—No conozco a esa prima tuya y ya me cae de un quinto.

—¿Qué?

—Es otra frase hecha. Me cae mal. Es una chivata. ¡Si no hubiera sido por ella mi madre me hubiera ido a buscar hace años! Estoy harta de ella y encima me cuentas eso.

—¡Si le dices o haces algo quien lo voy a pagar soy yo! —dijo mirándola

con lágrimas en los ojos—. La creen a ella y yo solo soy la que cuenta malas noticias.

—No pienso dejarte aquí ni un segundo más. ¿Te vienes conmigo o te tengo que arrastrar hacia mi casa? ¡Puede que tu familia no te quiera, pero la mía te va a recibir con los brazos abiertos!

Ice se echó a llorar y se tapó la cara volviéndose para que no la viera. Patricia suspiró. —Lo siento. A veces no controlo mi lengua y hago daño sin darme cuenta. —Le acarició el hombro. —Pero allí estarás mucho mejor y me gustaría muchísimo tenerte a mi lado. Te aseguro que mi familia te recibirá muy bien y...

Ice negó con la cabeza. —No me querrán allí.

—Claro que sí. ¿Por qué dices eso?

—Porque lo he visto. —Se volvió para mirarla a los ojos. —Mi sitio es este. Por qué no dejas el tema y me cuentas esos planes tuyos para cuando Poseidón dé el siguiente paso.

—¡Ya los sabes! ¡Lo sabes todo! ¿Para qué quieres que te lo cuente? ¡Ice no me obligues a ordenarte la mudanza!

Ice parpadeó y de repente se echó a reír a carcajadas dejándola de piedra. —¿Qué he dicho? —Su amiga se echó a reír más fuerte y del esfuerzo tuvo que agarrarse la barriga. Patricia entrecerró los ojos. —¡Muy bien! Te voy a dar un tridentazo que te va a poner en su sitio. —Nadó a toda prisa hasta su tridente, pero Ice se lo impidió cogiéndola por la cola. Patricia miró hacia atrás y la muy descarada seguía riéndose. —Te vas a enterar. —Se tiró sobre su amiga y giraron en el agua sujetándose las manos la una a la otra cuando de repente más de veinte tritones las rodearon amenazantes. Distráidas se estaban riendo cuando alguien carraspeó. Patricia e Ice levantaron la mirada. Patricia se tensó poniéndose en guardia y su amiga hizo lo mismo a su espalda. Miraron a su alrededor y Patricia puso los ojos en blanco al ver a Mario mirándola con los brazos cruzados y una mirada amenazante. Estaba para comérselo.

—Preciosa, ¿qué haces aquí?

—Ice... —Cogió a su amiga de la mano y tiró de ella hacia su hombre. —Él es Mario.

—Mucho gusto —respondió sonrojándose. Entonces Patricia se dio cuenta que Ice nunca se había relacionado con tritones en su vida adulta y al mirar a

su alrededor vio el deseo en los ojos de los que la rodeaban.

—¡No podéis tocarla si ella no quiere!

—Nena, eso ya lo saben.

Miró a su amiga. —¿Tú lo sabías?

—Cállate... —siseó roja a más no poder.

Mario se echó a reír, pero al recordar por qué estaban allí perdió la sonrisa de nuevo. —¿Qué te he dicho de tus escapadas?

—Vengo con el tridente.

—¿Y dónde está? —Miró a su alrededor y nadó a toda prisa hacia él provocando que Mario la mirara exasperado. —¡Eres imposible!

—¿Cómo has llegado tan rápido?

—Los tritones somos muy rápidos cuando queremos.

—Está bien saberlo. —Recordando lo del bebé preguntó —¿Y lleváis aquí mucho tiempo?

—No te perdimos de vista desde que has salido de casa.

Ella miró a Ice como si quisiera matarla y su amiga levantó las manos en son de paz. —Te juro que no los he visto. ¡Veo lo que me sale!

—Pues a ver si afinas, guapa —siseó antes de volverse a su hombre y sonreír de oreja a oreja—. Qué bien que estéis aquí. Así me ayudareis en el traslado.

Los tritones miraron la concha e Ice dijo a toda prisa —No hace falta, de verdad.

Mario entrecerró los ojos tensándose y Patricia le advirtió con la mirada. —Nena...

—Ahora no, cariño. ¿Empezamos?

—¿Nos disculpas un momento? —Mario la cogió por el brazo y la apartó. —Esto no es buena idea.

—Es una idea buenísima. Es mi amiga y no voy a dejar que viva en este sitio helado y sin vida. —Le miró a los ojos. —Mira a tu alrededor. —Cuando lo hizo Mario apretó los labios. —No quiero que siga aquí, así que me ayudas u ordenó al tridente que se la lleve hasta casa.

Mario echó una vista rápida su amiga que se mantenía muy quieta mientras los tritones avanzaban hacia ella lentamente rodeándola. Patricia se giró y gritó —¡Cómo os acerquéis más os meto un paquete que os vais a enterar!

Los tritones retrocedieron lentamente haciéndose los locos. Ice sonrió tímidamente y varios tritones suspiraron. —Necesita un esclavo que le ponga las pilas.

—Nena, céntrate. Creará problemas.

—Claro que no. Me ayuda mucho.

—¿A qué?

—¡A relajarme! —gritó sin darse cuenta—. ¡La quiero conmigo!

—Muy bien. Pero luego si sufre no quiero que me digas una palabra.

—No sufrirá. De eso me encargo yo.

—¡Recoger la concha! —gritó Mario alejándose.

Emocionada su amiga se acercó a ella mientras varios tritones sonreían encantados acercándose a la concha a toda prisa. Se notaba la escasez de sirenas. Eso le recordó que podía estar esperando una niña y ese pensamiento la llevó a que nada de esclavos hasta los dieciocho por lo menos. Eso sí era niña, porque si era niño... miró a Mario que estaba supervisando como levantaban la enorme concha. —Si es niño, le adoraré. Es su padre —susurró su amiga al oído.

Se volvió con una sonrisa. —Lo sé.

—Ice, ¿cómo trajeron esto hasta aquí? —preguntó su marido divertido.

—Ya estaba aquí.

Todos la miraron con la boca abierta. —¿Cómo dices?

—Las perlas se las puse yo. ¿A que han quedado bonitas?

Mario entrecerró los ojos. —¿Me estás diciendo que aquí hay más conchas así?

—Claro. ¿Quieres verlas?

Todos asintieron e Ice sonrió encantada. —Seguirme. —Todos nadaron tras ella y cuando llegaron a una pared de iceberg descendieron en picado pegados a ella pasando de repente entre dos paredes. Mario se tensó y Patricia

sonrió sin darle importancia cuando la pared se abrió y todos se detuvieron en seco en la entrada de lo que parecía una enorme cueva de hielo.

—La leche... —susurró Mario viendo las ostras más enormes que nadie hubiera visto nunca.

Ice se echó a reír. —Tener cuidado que no os traguen.

—¿Has comido alguna vez una de estas? —preguntó Patricia viendo perlas tiradas en la arena tan grandes como cocos.

—La carne está muy dura. Comí la mía, pero no repetí porque prefiero las pequeñas. —Se acercó a una perla y la cogió con las dos manos. —¿Te imaginas un collar de estas?

—Debe pesar cinco kilos —dijo Mario admirado acercándose a otra que tenía cerca y cuando lo hizo la ostra que había frente a él abrió de pronto su concha casi absorbiéndolo. Si Ice no hubiera tirado la perla en su interior y lo hubiera agarrado del brazo se lo habría llevado.

Patricia pálida se les quedó mirando sin poder reaccionar y Mario que estaba agradeciendo levantó la vista. —¿Nena...?

Ella se volvió hacia Ice. —Lo has visto, ¿verdad? Por eso lo de la perla y la advertencia antes de entrar.

Su amiga la miró angustiada. —Sabía que no pasaría nada.

—¡Porque tú lo has impedido! —gritó histérica—. ¿Por qué no nos has avisado antes?

—Cielo, no ha pasado nada. Ha sido culpa mía y...

Patricia seguía mirando a Ice que dijo impotente —Nunca me hacen caso.

Mario se acercó rápidamente y la abrazó. —No ha pasado nada y tiene razón. Sentía tanta curiosidad que no le hubiera hecho caso. —Se apartó sonriendo pícaramente. —Ya me conoces. Cuando algo se me mete en la cabeza.

—Teníamos que venir —dijo Ice convencida.

Patricia la miró—¿Por qué?

En ese momento un gran estruendo hizo temblar la cueva con fuerza y Mario gritó protegiendo a Patricia con su cuerpo mientras varios tritones protegían a Ice. Algún cascote cayó a su lado y cuando todo dejó de temblar se

enderezaron lentamente mirando a su alrededor. —¿Qué ha pasado? — preguntó Mario sin soltar a su mujer.

—Un corrimiento de tierras —dijo Ice—. Era más seguro estar aquí.

—¿Podemos salir?

Ice levantó la vista como pensando en ello. —Espera... —escucharon como si cayera un trueno a lo lejos, pero todos sabían que no era una tormenta —. Ya podemos irnos.

Los tritones la miraron con admiración y Patricia susurró —Perdona, pero...

—No te disculpes. No quería dar explicaciones para que no me dijerais que no, así que... Siento haberos engañado.

—No nos has engañado —dijo Mario mirando a su alrededor—. Esto es impresionante. Voy a regalarle una perla a mi suegra para ganármela. Le va a encantar.

Todos se echaron a reír porque no bromeaba. Cogió la perla más grande que encontró y Patricia jadeó indignada. —¡A mí no me has regalado ni un anillo y a mi madre le regalas una fortuna!

—Vamos, nena. No he tenido tiempo —dijo arrepentido. Al ver que Patricia salía refunfuñando continuó —¿Nena? Estás fingiendo, ¿verdad?

Ice chasqueó la lengua antes de salir tras su amiga mientras que lo tritones le miraban como si fuera idiota. —¡Mover el culo a por la concha!

Podía haberles ayudado pidiéndoselo al tridente, pero lo de la perla le había cabreado tanto que dejó que se deslomaran cargando con la pesada concha todo el camino de vuelta a casa. El problema fue colocarla, porque debido a su tamaño no entraba por la salida de la laguna. Patricia aburrida del tema cogió a Ice del brazo. —Ven que te presente a la familia.

—Nena, esto es imposible. No entra

Se volvió fulminándole con la mirada. —Pues métela por arriba. —Todos la miraron como si estuviera loca, pero ella les ignoró tirando de su amiga hacia la entrada de la laguna. —¡Y no me molestéis más con este tema!

—¡Patricia!

Maliciosa tiró de Ice metiéndola por el túnel y su amiga susurró —Me va

a odiar.

—No. Me va a echar la bronca a mí por hablarle en ese tono ante los tritones. No tiene nada que ver contigo. ¡Pero que se fastidie! Ha cargado con esa perla para mi madre cuando no me ha regalado ni un miserable anillo.

Ice sonrió. —Serás mala. Nosotros no regalamos anillos.

—En Nueva York...

—Pero no estás en Nueva York. Te ha dado algo mucho más importante.

—¿No me digas? ¿El qué?

La miró a los ojos. —Te ha dado su corazón.

—Sí, pero eso no se puede llevar a todos los sitios, ni se puede enseñar a las amigas para que se mueran de envidia.

Ice se echó a reír siguiéndola y cuando salieron a la superficie su amiga se detuvo en seco al ver la enorme estancia. —Vaya —susurró mirando el cráter por donde entraba la luz del día. Cerró los ojos un par de veces porque le molestaba la luz.

—Lo siento. No me había dado cuenta. Te buscaremos unas gafas de sol.

—No —susurró—, es maravilloso. —Se acercó a las piedras y salió del agua con mucha agilidad mostrando su impresionante cola blanca. Patricia gimió porque a ella le costaba muchísimo subirse allí sin ayuda. Su amiga se echó a reír al ver sus esfuerzos y alargó la mano tirando de ella.

Pero en ese momento llegaron sus padres, que mirándola como si hubiera cometido un terrible pecado se acercaban a toda prisa. —Mamá, mira esta es mi amiga Ice.

Ice giró la cabeza y al ver sus expresiones soltó la mano de Patricia dejándola caer al agua de nuevo. Su madre jadeó llevándose una mano al pecho como si hubiera cometido un delito. —¿Has dejado caer a la princesa!

—Lo siento —susurró tímidamente.

—Mamá, no exageres. Ice puede dejarme caer todo lo que le dé la gana.

Roberto carraspeó y sonrió débilmente a Ice. —Encantado de conocerte. Eres una sirena muy peculiar.

Ice miró de reojo a Patricia. —No lo sabe bien.

—Oh, por favor. Tutéame.

—¡Roberto, por favor! Ya te he dicho que ...

—¡Mamá! —Alargó la mano de nuevo e Ice la cogió con firmeza levantándola para ponerla a su lado. La imagen era espectacular. Una sirena dorada y una totalmente blanca cuyas escamas brillaban al sol era algo digno de ver. Sus padres las miraron con la boca abierta y ambas sonrieron. — Mamá, mi amiga Ice se va a quedar a vivir con nosotros.

Su madre se apretó las manos forzando una sonrisa. —Hija, ¿te importa si hablamos fuera un momentito?

—Mamá, Ice ve el pasado y el futuro. ¿Crees que no sabe lo que me vas a decir?

Su madre se sonrojó intensamente. —Niña... menuda boca tienes.

Patricia chasqueó la lengua guiñándole un ojo a su amiga intentando que se relajara. —No me ha educado ella y ahora se arrepiente.

—¡Patricia! —dijo su padre molesto.

—Papá, se va a quedar.

—No la conozco de nada, pero según me han dicho...

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó intrigada.

Su padre miró a su madre que se puso como un tomate. —¿Y qué es lo que le has dicho, mamá?

—Si quieres que hable delante de tu amiga te diré que no tiene buena fama. ¡Siempre profetiza desgracias!

—Acaba de salvarme la vida hace menos de una hora por profetizar esas desgracias que decís. ¿Creéis que es mejor que se calle?

Sus padres se miraron y Roberto dijo —Se queda.

—Sí, querido. Tienes toda la razón.

Sonrieron a su nueva amiga. —Bienvenida a nuestra casa. Tu habitación...

—Soy sirena —dijo Ice tímidamente.

—Oh, entonces... —Parpadeó mirando a su hija. —¿Se va a quedar aquí? ¿En la laguna?

—No te preocupes, mamá. Los chicos se encargan. —Miró a Ice. —
¿Tienes hambre?

En ese momento varios tritones entraban por la puerta con la enorme concha. Su madre abrió los ojos como platos mirando las perlas. —¿Has visto eso, Roberto? —chilló cuando Mario entró en la laguna con la perla debajo del brazo como si fuera un balón de fútbol y se acercó a tocarla—. ¡Es de verdad!

Mario sonrió satisfecho y se la entregó a su madre. —La perla más hermosa para la reina... —Miró a su mujer buscando una ayuda y Shine entrecerró los ojos. —Más...

Patricia se echó a reír a carcajadas y su amiga se tapó la boca al ver la cara de cabreo de Shine. —No tiene gracia.

—Perdona suegra, pero todavía no encuentro un calificativo específico para definirte.

—Muy gracioso. —Cogió la perla que casi se le cae del peso y levantando la barbilla como la reina que era, salió de la laguna lo más dignamente que pudo. —¡Roberto!

Su padre reprimió la risa y dijo en voz alta —Enseguida voy querida... —
Se volvió hacia su hija. —Pórtate bien.

—Sí, papá. —Le lanzó un beso.

Los chicos colocaron la gran concha en una esquina de la laguna para que no molestara. —¿Te gusta ahí o...

Varios gimieron y se echaron a reír divertidas. Mario se acercó a su mujer llevando una túnica dorada. —Nena, a dormir un rato.

—Estoy bien.

—Además tenemos que hablar. Verás a tu amiga después.

—Búscales unos esclavos, cariño. —Mientras Mario entrecerraba los ojos mirando a los chicos que se acercaron a toda prisa, su amiga se puso como un tomate.

—Patricia, no los necesito.

—Claro que sí. Ya verás lo útiles que son —dijo como si ella supiera mucho del tema—. ¿Mario?

Su hombre señaló a los cinco más fuertes que sonrieron encantados. Patricia entrecerró los ojos mirando a uno moreno. —Oye, ¿ese no era mío?

—Sí, pero tú ya no le necesitas. —Mario la cogió en brazos. —Si nos disculpas, tenemos asuntos muy importantes que tratar y los chicos te proporcionarían todo lo que necesites en tierra.

—Pero es que no necesito nada —dijo incómoda en intimidada por la mirada de los tritones que se acercaban lentamente.

—No te pueden tocar a no ser que tú quieras. Así que estás segura. — Luego pensó en que Mario no se había cortado nada y cuando Mario la sacó de la laguna, le abrazó por el cuello sonriendo. —Pero tú te saltaste las reglas.

—Por ti lo que sea, nena. —La besó suavemente en los labios y empezó a subir la enorme escalera. —No me arrepiento nada de ese día. —Entrecerró los ojos. —¿Y tú?

—¿Si me arrepiento? —Mario asintió. —No. Claro que no. ¿Por qué lo preguntas?

—Después de todo lo que ha pasado, me preguntaba si desearías volver a Nueva York y dejarlo todo atrás.

Patricia le cogió por la barbilla y le miró a los ojos. —¿Qué me estás preguntando, Mario?

Él apretó los labios y la metió en la habitación a toda prisa. Como ya tenía piernas la dejó de pie al lado de la cama antes de volver y cerrar la puerta asegurándose de que no les oía nadie. —Mario, ¿qué ocurre?

—Espero que lo que he escuchado en la antigua casa de Ice no sea cierto, porque creo que me voy a cabrear muchísimo —dijo como si nada.

—¿Y qué has escuchado? —preguntó haciéndose la tonta.

—Nena...

—¡Eso te pasa por espiarme! ¡No tenías que enterarte así!

—¿Y cómo se supone que tenía que enterarme? —Se puso como un tomate porque ni lo había pensado. —¿Nena? ¿Estás embarazada?

—No estoy segura. Casi. —Al ver su mirada susurró —Quiero decir que no está confirmado todavía. Creo.

—¡Lo sabe Ice!

—Vale entonces sí.

—¡No tiene gracia!

—No te lo quería decir porque si es niño...

—¡También he oído esa tontería! —La miró con desconfianza. —No estarás pensando en dejarnos.

Asombrada se sentó sobre la cama. —¿Por qué piensas eso?

Mario desvió la mirada. —¡Porque no entiendo como al enterarte de la verdad, no has salido corriendo de vuelta a tu vida!

Entonces fue cuando Patricia se dio cuenta de que Mario estaba inseguro de sus sentimientos hacia él y seguramente era culpa suya porque no le había demostrado lo importante que era para ella y lo mucho que le amaba. Se le quedó mirando con sus preciosos ojos dorados y Mario se pasó la mano por su cabello negro muy nervioso. —Nena, si te quieres ir, encontraré la manera de que desaparezcas. Te cubriré el rastro y...

Esas palabras la emocionaron tanto que una lágrima cayó por su mejilla. Era el gesto de amor más desinteresado que había experimentado nunca. Estaba dispuesta a perderla con tal de que fuera feliz. Incluso si no estaba a su lado.

—Nena, no llores. Sé que todo esto ha tenido que ser muy duro para ti y si quieres ser libre encontraré la manera. —Se sentó a su lado y le cogió la mano besándola emocionado. —¿Quieres irte? Dímelo.

—¿Desde cuándo piensas en ayudarme a escapar?

—Desde que descubriste la verdad y desde que vi la decepción en tus ojos al enterarte de mi traición. Me di cuenta de lo injustos que hemos sido contigo. —Apretó su mano como si temiera que se le escapara entre los dedos. —No pienses en Poseidón, ni en lo que nos rodea. Si eras más feliz antes...

Patricia le acarició la mejilla con la mano libre y susurró —Nunca sería feliz sin ti porque te quiero tanto que sufriría sin besarte, abrazarte o sentirte. Mario eres parte de mí desde el momento que mi corazón se unió al tuyo y será así hasta el día en que me muera. No vuelvas a dudar nunca del amor que siento, porque mi corazón late gracias a ti.

Mario la abrazó con fuerza y susurró a su oído —Mi vida... no puedo creer la suerte que tengo. Y vas a darme un hijo.

—Bueno, sobre eso... —Divertida vio como la apartaba para mirarla a los ojos. —Puede que sea niña.

—Lo que sea estará bien. —La besó suavemente en los labios. —Te quiero, nena.

—Y yo a ti. Soy tuya hasta la muerte.

Esa noche su madre le preparó una sorpresa. Una cena en la laguna para que su nueva amiga conociera a toda la familia. Estaban festejando y Marla y Carla se acercaron a la mesa central donde estaban sentados sus padres y ellos. Patricia tenía la boca llena con patatas fritas con queso, cuando se plantaron ante ella sonriendo maliciosas. —Madre mía. ¿Qué queréis? —preguntó con la boca llena—. No me provoquéis que os meto el tridente por esa parte de vuestro cuerpo que nunca ve el sol.

Mario se echó a reír a carcajadas y Marla replicó —Muy graciosa. Ya va siendo hora...

Cogió un puñado de patatas y se las metió en la boca. —¿Hora de qué?

—De que cantes.

Patricia se atragantó y Mario preocupado le dio varias palmaditas en la espalda. Con los ojos llorosos miró a las primas de su marido. —¿Es coña?

Se miraron la una a la otra. —No. No sé por qué te sorprende tanto —dijo Carla—. Todas las sirenas cantamos. Ya va siendo hora de oírte a ti.

Su madre la miró encantada mientras Parténope aplaudía al lado de Ice, que hizo una mueca como si supiera lo que se avecinaba.

—Venga, Patricia —dijo el abuelo encantado—. Seguro que tu voz es maravillosa y a la altura de tu belleza.

—Abuelo, te aseguro que lo hago fatal. ¿Me has oído alguna vez?

Su abuelo entrecerró los ojos. —¿No habías estado en el coro del colegio?

—Me echaron, abuelo.

Mario la miró como si hubiera dicho una blasfemia y su abuelo jadeó —¿Cómo se atrevieron?

—Después de romper una ventana no se lo pensaron, te lo aseguro.

—Es lógico que rompieras una ventana. Las sirenas tenemos una voz muy potente. —dijo Carla sonriendo de oreja a oreja.

—La rompió el director del coro. Exasperado tiró la batuta sobre ella porque decía que no tenía ningún oído. —Cogió otro puñado de patatas y todos la miraron asombrados.

—Nena, eso es imposible. Nunca ha habido una sirena que no cantara bien.

—Tampoco la había dorada hasta que aparecí yo —dijo con la boca llena encogiéndose de hombros.

—¿No será que te da vergüenza? —preguntó Marla maliciosa.

—¿Vergüenza a mí? —Se levantó y todos la miraron impacientes. —Vale, ¿qué queréis que cante? Os advierto que esos cánticos que soltáis vosotras no me los sé.

—Cántanos lo que sea. También oímos música actual, ¿sabes?

Mario la observaba preocupado. —Nena, si no quieres hacerlo...

—No... si se empeñan. Cariño, tapate los oídos que no quiero dejarte secuelas.

Ice se echó a reír a carcajadas al ver la cara de su madre que parecía ofendida. —Una hija mía nunca cantaría mal.

—Madre, vas a llevarte una decepción... —Se alejó de la mesa y miró a Ice que le hizo un gesto con la mano.

—Ahora no —siseó, pero su amiga le hizo el gesto de nuevo con contundencia. Se acercó a ella y se agachó—. ¿Qué pasa? Mi público espera.

Ice se sonrojó al darse cuenta que todo el mundo la observaba y le susurró algo al oído mientras Mario se levantaba de su asiento tensándose.

Sorprendida la miró a los ojos. —¿De verdad? —Su amiga hizo una mueca. —Eso no es bueno.

Mario se acercó a toda prisa. —Nena, ¿qué ocurre?

—Creo que debemos suspender la actuación. —Se acercó a Mario y le susurró —Al parecer como me ponga a cantar corremos el riesgo de quedarnos sin choza. —Mario la miró sin comprender. —Vamos, que voy a

tirar la casa abajo como el cuento de los tres cerditos, pero cantando.

Su marido se echó a reír, pero al ver que Ice no se reía perdió la risa poco a poco. —Eso es imposible.

—¿Qué tal si hago una prueba?

—Yo no lo haría —le advirtió Ice preocupándola de veras—. Tu don es distinto a las demás que nacemos para atraer. Tú has nacido para cambiar las cosas y tu don es especial.

Esas palabras la tensaron y Mario dio un paso hacia Ice. —¿Qué estás diciendo?

—Mario, déjalo —dijo Patricia aparentando diversión sabiendo que su amiga hablaba totalmente en serio—. Está exagerando.

Ice la miró a los ojos y asintió. —Por supuesto princesa si quieres cantar... ¿qué te parece una nana? Así practicas.

Su madre jadeó llevándose una mano al pecho de la emoción mientras su padre se levantaba de golpe tirando la silla abajo. —¡Un nieto! ¡Voy a tener un nieto!

Patricia sonrió a su amiga antes de volverse y dejarse abrazar mientras recibías las felicitaciones de la familia. Su abuelo con lágrimas en los ojos la abrazó con fuerza y ella cerró los ojos disfrutando del momento porque le había echado muchísimo de menos. Se dio cuenta en ese instante que le había perdonado sus mentiras y manipulaciones. Al apartarse, su padre hizo un brindis por su futuro nieto en el que participó toda la familia y Mario encantado la abrazó por la cintura escuchando su discurso.

—Es increíble todo lo que ha pasado desde que Patricia ha vuelto entre nosotros —decía su padre—. Y no hablo solamente de que me haya resucitado. —Sus amigos se echaron a reír. —Hablo de que todo ha cambiado y para mejor. Por primera vez en nuestra historia estamos libres de presiones de los dioses. Somos libres para decidir y llevamos más de tres meses de tranquilidad. —Miró a su hija a los ojos. —Y todo gracias a ti. Hija, di unas palabras a la familia que dirigirás en el futuro.

Patricia levantó una ceja y Mario la miró divertido. —¿Qué digo? —susurró avergonzada al ver que todos se volvían hacia ella.

—Sé tú misma.

Puso los ojos en blanco porque eso no ayudaba nada y forzó una sonrisa que parecía más una mueca horripilante. Ice se echó a reír y Patricia la fulminó con la mirada decidiendo decir otra cosa. Igual por una vez debería empezar a ser un poco más diplomática. —Bueno... —Carraspeó dando un paso al frente con su tridente en la mano. —Si vuestra vida ha cambiado, no digo nada de la mía. —Varios se echaron a reír lo que significaba que iba bien. —Pero debo de admitir que desde que he llegado aquí he encontrado un hogar y un compañero. —Miró con amor a Mario y extendió la mano. —Si él no me hubiera engañado nada habría pasado y si mi familia no me hubiera alejado, puede que hubiera seguido haciendo el canelo el resto de mi existencia como vosotros, sin luchar por nuestros derechos. —Varios perdieron la sonrisa poco a poco y Mario le apretó la mano mientras Ice se partía de la risa. Aquello ya no iba tan bien y forzó aun más la sonrisa pareciendo una chiflada. —Pero lo importante es que estamos aquí y que todo siga tan bien como ahora.

—Lo que mi mujer quiere decir es que las circunstancias en las que se crió, propiciaron su rebelión y las consecuencias que vinieron después que nos ha liberado.

—Cariño, qué bien hablas. Yo no lo hubiera dicho mejor. Ahora a cenar que se enfría.

Todos se echaron a reír dándola por imposible, pero Marla se acercó de nuevo haciéndola gemir. —Princesa...

—Piérdete —siseó rodeando a toda prisa la mesa para seguir cenando—. Me va a salir una úlcera con tanta interrupción.

—Pero es que te le ha olvidado cantar.

—Mira que eres cansina. —Mario se sentó a su lado. —Dile algo a tu prima.

—Es que yo también quiero oírte. Tengo curiosidad.

Le miró a los ojos y levantó ambas cejas. Mario frunció el entrecejo y dijo —¿Es algún lenguaje oculto que desconozco?

—¿No me entiendes? —preguntó sorprendida—. Deberías saber lo que pienso con solo mirarme.

Su padre se echó a reír a carcajadas. —A las mujeres no se las entiende ni con libro de instrucciones.

—Muy gracioso. —Miró al frente y bufó al ver a Marla allí esperando como si nada. —Largo.

—¡Pero princesa! Aunque sean unas notas para su público.

Miró a su alrededor y todo el mundo estaba a lo suyo. Todos menos Ice que negó con la cabeza imperceptiblemente. Al parecer tendría que ser algo drástica y miró a Marla a los ojos. —¿Qué parte de no quiero cantar no has entendido? ¿Acaso eres tonta? —preguntó levantando la voz.

Marla se sonrojó porque no esperaba esa reacción. —Lo siento, princesa.

—¡Déjame cenar tranquila!

Su amiga agachó la cabeza y se alejó con la espalda rígida. Mario estaba tan sorprendido como los demás porque nunca había hablado así a nadie y Patricia se avergonzó por haberla hecho sentir mal. Su padre se acercó a susurrarle —¿Te encuentras bien?

Apretó los labios y se levantó de golpe saliendo de la laguna. Todos la miraron asombrados.

Cuando llegó a su habitación dejó el tridente al lado de la cama y se tumbó mirando el techo. La puerta se cerró de un portazo. —Estupendo —susurró girándose en la cama para mirar hacia las ventanas.

—¿Qué ha pasado ahí abajo, Patricia? —preguntó él entrando en la habitación.

—Si me hubieras ayudado, no habría pasado nada —susurró agotada de repente.

—¿Pero qué estás diciendo? ¡Tu manera de hablarle a Marla ha sido tan déspota que hasta me he avergonzado de ti! —gritó a los cuatro vientos.

Patricia palideció sin poder creerse lo que oía. Se levantó lentamente girándose para mirarlo y Mario apretó los labios. —Nena...

—¿Has dicho que te avergüenzas de mí? —Su voz era tan fría que Mario dio un paso hacia la cama, pero ella se levantó. —Explícame eso, por favor. ¿Te avergüenzas de mí por cortar a tu prima por ser una pesada? ¿O te avergüenzas de mí por ser como soy?

—No cambies de tema. ¡Cómo le has hablado a Marla es intolerable por muy princesa que seas!

—¡Será que cuando le pedí ayuda a mi marido con la mirada, me ignoró y tuve que ser así de borde para que me dejara en paz, porque Ice me había advertido delante de ti que no cantara! ¡Delante de ti!

—¡Dijiste que exageraba!

—¡Cuando Ice dice algo, debes tenerla en cuenta! —gritó furiosa—. ¡Lo hace para protegernos!

—¡Esa mujer acaba de llegar y ya está creando problemas!

Asombrada respondió —No. ¡El problema es que yo nunca me avergonzaría de ti y eso que has metido la pata lo suficiente para que lo haga!

—¿Siempre vas a volver con eso? ¡Lo hice por nosotros!

Eso la puso de los nervios aun más y siseó —No, Mario. Lo hiciste por tu familia. No pensaste en mis sentimientos en absoluto. —Sus ojos se llenaron de lágrimas sin darse cuenta. —Me hiciste entrar en pánico al pensar en la posibilidad de que te había perdido y a ti te dio igual.

Mario palideció. —Nena, eso no es cierto.

—Mientes. ¿Y encima tienes el descaro de decirme a mí que yo te avergüenzo? —Se echó a reír sin ganas. —Eres increíble. Esta misma tarde me preguntaste si quería desaparecer y te juro por lo más sagrado que en este momento me iría sin dudarle porque me acabo de dar cuenta que tú eres el que no me amas. —Mario se tensó. —Pero no es raro, ¿verdad? —Una lágrima cayó por su mejilla. —Somos las sirenas las que entregamos el corazón. Para vosotros no es así.

—¡Sí es así! ¡Esta misma tarde te he dicho todo lo que te amaba! —Fue hasta la puerta. —Me parece que en este momento no piensas con cordura. Mejor descansas hasta que se te pase.

—¡Sí! ¡Ahora estoy loca! ¡Estoy loca y te avergüenzo! ¡No tengo ni idea de lo que haces conmigo!

Mario salió dando un portazo y Patricia se echó a llorar tirándose en la cama. No podía creer que le hubiera dicho eso cuando ella lo había dado todo por él. ¡Por ellos! Puede que su vida en Nueva York fuera una mierda, pero al menos vivía tranquila. Entonces una idea loca se le pasó por la cabeza. ¿Cómo era posible que Mario esa tarde le hubiera dado la oportunidad de huir, cuando antes era imprescindible que se quedara para defender a su pueblo?

¿Cómo después de decirle que se quedaba porque le quería, él reaccionaba así unas horas después diciéndole que se avergonzaba de ella? La desconfianza por las mentiras pasadas empezó a hacer mella en sus pensamientos y se sentó en la cama limpiándose las mejillas. Negó con la cabeza. —No puede estar manipulándome de nuevo —siseó incrédula.

Entonces se levantó olvidándose del tridente en la habitación y salió a toda prisa. No estaba en el salón, así que fue hacia el pasillo dispuesta a aclarar las cosas de una vez por todas. Iba a bajar las escaleras cuando vio al final del pasillo que la puerta de la habitación del trono estaba abierta. Descalza se acercó sin hacer ruido sobre el mármol blanco y miró por la rendija, pues si su madre hablaba con algún familiar no quería interrumpir, pero se quedó de piedra al ver a Mario rodeado de su familia. —¡No pienso consentirlo! —decía su marido.

—Tienes que entender que ha sido un cambio muy brusco para ella y todo lo que ha pasado... —Su abuelo le miró preocupado. —Mario, está en estado. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—¡No estaba planeado, pero ya está aquí! —A Patricia se le cortó el aliento.

—¡Cuando te dijimos que la sedujeras para que se sintiera integrada, no esperábamos que se ligara a ti y mucho menos que te diera el heredero que necesitamos! —dijo Shine mirándole enfadada—. ¡Mi hija debe tener un proceso de adaptación! ¡No responde a nada como habíamos planeado porque está descontrolada!

—¡Me parece que dadas las circunstancias y a todas las mentiras que le habéis contado, se está comportando demasiado bien! —gritó Mario—. Ha conseguido libraros de Poseidón, ¿verdad?

Se padre no hablaba cruzado de brazos y su madre le miró. —¿No piensas decir nada?

—Solo tengo una frase que decir. Dejar a mi hija en paz de una maldita vez.

Shine le miró asombrada. —¿Pero qué dices? ¡Todo ha salido de perlas! Mejor aún porque ahora estás entre nosotros.

Roberto contestó —Y agradezco muchísimo a Zeus que me diera la oportunidad de ver a mi hija dar a luz a mi nieto o nieta. ¡Pero seguís

intentando controlar su vida! ¡Todos! —Señaló a Shine—. ¡Has hecho que Mario le pregunte si quiere alejarse! —Patricia dio un paso atrás como si la hubiera golpeado. —¿Ahora que la he recuperado? ¿Qué pretendes? ¡Porque no lo entiendo!

—¡Quería saber si aquí era feliz! —gritó su madre con lágrimas en los ojos mientras el corazón de Patricia se rompía mirando el perfil de Mario—. ¡Y reprimir esas pretensiones si eran ciertas!

—¡Estás loca!

—Shine, debemos dejarla a su albedrío durante una temporada. Además, puede que sigas siendo la reina porque ella quiere, pero es Patricia la que tiene el poder y lo sabes.

—No me importa la corona. ¡Sólo quiero que todo siga como en estos últimos meses! —Levantó la barbilla. —¡A mí también me importa mi hija!

—No —susurró Patricia dejándolos de piedra sin moverse. Mario se volvió lentamente para mirarla sobre su hombro y cerró los ojos apretando las mandíbulas al verla destrozada empujando la puerta suavemente. Pero Patricia no quiso ni mirarle dirigiéndose a su madre—. Nunca te he importado. —Su madre palideció y Roberto dio un paso hacia su hija al ver que estaba totalmente descompuesta. —Así que le has dicho a Mario que me pregunte si quiero desaparecer. —Sonrió con tristeza. —Sólo te importo para mantener en paz tu pequeño reino. Qué triste. Realmente triste.

—Niña, no es eso —dijo su abuelo preocupado ganándose una mirada de odio.

—No, claro que no. Me queréis con locura. Me amáis tanto que ante todo están mis sentimientos. Los anteponéis a todo. —Caminó hacia el trono pasando ante su madre y se sentó en él con descaro dejando la pierna colgando de uno de los brazos de oro. —¿Pues sabes qué? No es nada cómodo, madre.

—Hija, te juro que todo lo que he hecho...

—¡Espera! —dijo enderezándose sobre el asiento—. ¡Lo has hecho por mi bien! ¿A que sí?

Shine tuvo la decencia de sonrojarse y Roberto se pasó la mano por debajo de los ojos al ver su dolor en sus ojos dorados. Incluso su abuelo estaba pálido mientras que Mario la observaba muy tenso, pero ella centraba su atención en su madre añadiendo —Yo nunca seré como tú. —Shine tembló

visiblemente. —A mi hijo nunca le faltará el amor, aunque solo sea el mío y no os quiero cerca de él para que intentes manipularle como a mí.

—Hija, ¿pero qué dices? —preguntó su madre atónita.

—Quedas desterrada. —Su madre jadeó llevándose la mano al pecho mientras que su abuelo se tambaleaba de la impresión. Sin ningún remordimiento miró a su padre. —Puedes quedarse si quieres. Pero no te culpo si la sigues, ya que es tu esposa. —Se volvió hacia su abuelo. —Por los años que me cuidaste, puedes quedarte con la condición de que jamás vuelvas a tener contacto con ella y con Mario. Aunque si me dejara llevar por el odio que en este momento siento dentro, te desterraría con ella por manipularme como lo has hecho y no hablo solamente del pasado.

—¡No me pidas que elija entre mi hija y mi nieta!

—No te lo pido —dijo fríamente—. Es decisión tuya qué hacer. Tú decides. En realidad, me importa muy poco si te quedas o te vas. —Se volvió hacia Mario y le miró a los ojos. —Si te digo la verdad no sé qué decirte —dijo con la voz rota de dolor.

—Nena, yo...

—¡Cállate! —gritó tan fuerte que las paredes retumbaron dejándolos de piedra. Sonrió con tristeza—. ¿Ahora me teméis? Volver a traicionarme y sabréis lo que es el temor.

—¡No te he traicionado! —gritó Mario—. ¡Sólo seguí las instrucciones de mi reina! —El desprecio en su mirada se lo dijo todo y Mario dio un paso atrás. —Nena, no nos hagas esto.

—¿Yo? —Se echó a reír mientras una lágrima recorría su mejilla. —Mi marido. La marioneta de la reina, que simulaba que la odiaba para aparentar estar de mi lado. Tan culpable como ellos. ¿Así que tenías que seducirme para que me sintiera integrada? —Le taladró con la mirada. —Pues ahora estoy integrada del todo y ya no te necesito. Quedas desterrado de los mares y como vuelvas a aparecer por aquí, te mataré —dijo con odio provocando que Mario palideciera—. Puede que te entregara mi corazón, pero como todo ha sido un engaño, supongo que no te molestará que lo recupere.

—Nunca lo recuperarás —dijo él sin aliento—. Eres mía y lo serás hasta el día de tu muerte.

—Pues rezaré para que ese día llegue pronto. —Su madre se tapó la boca

asombrada mientras lloraba desolada. —¡Quizás debería quitármela ahora para que todo termine de una maldita vez! ¡Fuera de mi vista! ¡Me dais asco! —gritó a los cuatro vientos provocando que las ventanas estallaran. El aire recorrió la sala y sus padres salieron de allí a toda prisa mientras su abuelo la observaba sentada en el trono.

—Niña... siento lo que hemos hecho contigo. Lo siento de veras.

—Estoy harta de vuestras disculpas —dijo con ironía—. ¿No has oído eso de que pierden efecto si se piden demasiado? Pues es cierto.

Su abuelo salió de la sala mientras Mario se quedaba allí mirándola. Patricia se levantó de su trono y bajó los escalones caminando hacia él mientras le miraba fijamente. Se detuvo a su lado y siseó —Tu misión ha terminado, tritón. Espero no verte nunca más porque sino ya sabes lo que te espera.

—¿Y el bebé?

—El bebé fue un error de cálculo por tu parte, según tengo entendido. No te necesita.

—Nena, no ha sido como crees. —Intentó cogerla del brazo y Patricia gritó de dolor expulsándole diez metros hasta la pared donde se estrelló cayendo al suelo de mármol sin aliento. Patricia desgarrada se acercó a él caminando lentamente mientras Mario intentaba reponerse del golpe. Su marido levantó la vista impotente apoyándose en sus manos para intentar levantarse. —Te amo.

Patricia tragó saliva intentando no llorar. —Sigues mintiendo. Pero no debería sorprenderme pues lo has hecho desde el principio. Debe ser algo innato a ti. No te acerques de nuevo. No quiero matar al padre de mi hijo.

Se volvió y caminó hacia la puerta. Cuando cerró tras ella sintió como se rompía el hilo invisible que los unía y algo murió por dentro.

Capítulo 11

La noticia de que la reina había sido desterrada y que Mario también se había ido de la casa corrió como la pólvora y un esclavo llamó a su puerta diciéndole que Ice pedía verla de inmediato. Estaba tan rota de dolor que no era capaz de levantarse de la cama, mucho menos bajar a hablar con nadie. Ordenó que nadie la molestara. Se pasó tres días dentro de su habitación y agotada se levantó por pura cabezonería porque solo quería morir de tanto llorar. Se sentía ridiculizada por su propia familia y lo que había hecho Mario le provocaba un dolor en el pecho que no la dejaba respirar. Se miró al espejo y separó los labios al ver su aspecto. Tenía el cabello del color del cobre y sus ojos también. Se tocó la cara que tenía un color ceniciento bastante preocupante y las ojeras alrededor de los ojos indicaban que estaba al borde de la muerte. Sujetándose en el lavabo tomó aire al sentir que se desmayaba de la impresión y susurró —No, esto no me va a pasar a mí. No vais a poder conmigo.

Se agarró a la pared para salir del baño y vio el tridente que no había tocado en tres días. Se acercó a él lentamente y lo cogió con las dos manos apoyándose en él y susurró —Ayúdame a liberarme de este dolor.

El alivio que la invadió de repente fue tan intenso que solo quiso dormir. Cayó sobre la cama con el tridente en la mano y durmió dos días enteros.

Un roce en el hombro la hizo suspirar y al mover la cara abrió los ojos sintiendo que le pesaban una tonelada. Ice estaba sentada a su lado llorando y ella forzó una sonrisa. —Estoy bien.

—Casi te mueres. He pasado tanto miedo... Pero tenías que pasarlo sola.

Con esfuerzo se sentó en la cama al lado de su amiga y al volverse vio a un esclavo allí con una enorme bandeja en la mano. —Tienes que alimentarte. Llevas muchos días sin comer.

Cogió un mechón de pelo e hizo una mueca porque no había vuelto a su color habitual. —He cambiado.

—Sigues siendo muy hermosa y darás a luz un hermoso varón —dijo su amiga cogiendo un bol de fruta de la bandeja—. Come, por favor.

Soltó el tridente y cogió el bol entre sus manos. —Lo sabías, ¿verdad?

—Te dije una vez que no lo veo todo. Lo he visto después. De hecho, durante.

Se metió algo de manzana en la boca e Ice le hizo un gesto al esclavo para que dejara la bandeja y se fuera. En cuanto lo hizo Ice la miró a los ojos. —No has hecho bien, amiga. Por eso te llamé de inmediato.

—No tenía fuerzas para ver a nadie. Y no me he equivocado. Creen que pueden seguir haciendo conmigo lo que quieran y lo de Mario...

—Está de los nervios porque sabe que estás enferma y no puede acercarse. Incluso tu padre ha intentado verte en varias ocasiones y sólo se han relajado cuando les he dicho que te encontrabas mejor.

—¿Mi padre se ha quedado?

—Y tu abuelo. Está destrozado porque piensa que te quieres morir por lo que te han hecho. Incluso Daniel ha querido llamar a un médico, pero he pedido que tengan paciencia. Que te repondrías. —Mientras masticaba la miró de reojo y su amiga sonrió. —Está en la ciudad.

—¡No me importa!

—Está esperando a poder verte.

—¡Pues ya puede esperar sentado! —Cogió un plátano y lo mordió con saña. —Hablo en serio. El tridente me ha librado de él y no volveré a caer en sus mentiras.

Ice apretó los labios. —Sí que te quiere y...

—¡Cállate Ice!

—¡No, no me callo! —le gritó a la cara—. ¡Me vas a escuchar al menos! ¡Mario te quiere! ¡Puede que no empezara esta relación por la razón correcta, pero al final se ha enamorado de ti!

—¡Me ha dicho que se avergüenza de mí! —gritó con lágrimas en los ojos—. ¡De mí, después de todo lo que me han hecho! ¡Y después me entero de que

todo ha sido mentira! ¡No se ofreció voluntario para cuidarme como había dicho! ¡No quería protegerme! ¡Sólo quería manipularme! ¡Como todos!

Su amiga la abrazó con fuerza y se echó a llorar en su hombro. —Sé que duele que te hagan daño los que más quieres. Lo sé. Pero no debes dejar que el odio pueda contigo.

—Te juro que si no fuera porque Poseidón tomaría represalias contra los que me han ayudado, me largaba de aquí.

—Pues es una pena porque no te vería más.

Levantó la cabeza de su hombro y se miraron a los ojos. —Si hubiera tenido una hermana me hubiera gustado que fuera como tú.

Ice se emocionó. —Gracias. No puede haber un cumplido mejor.

—No es un cumplido. Es la verdad.

Se miraron a los ojos e Ice sonrió con tristeza. —No te sorprendas si les perdonas.

—Eso no va a pasar.

—Lo harás. Y me alegraré muchísimo, porque tienes un corazón enorme que no guarda rencores.

—Puede que en la próxima vida.

—Puede...

Siete meses después

Muerta de calor miraba el agua de la laguna con deseo. —Ni hablar —dijo Ice sin dejar de leer su libro.

—¡Eres una tirana!

—Protesta lo que quieras. Estás a punto de dar a luz y no quiero que lo hagas en el agua. —Volvió la página divertida. —Tus gritos podrían provocar un maremoto.

—Qué graciosa. ¿Y si se cae la casa abajo?

—Nada que una constructora no pueda arreglar.

Gruñó haciéndole un gesto a uno de los tritones. —Algo de beber.

—Sí, mi reina.

En ese momento entró su padre sonriendo de oreja a oreja. —¿Cómo se encuentra la reina de la casa?

—Está a punto de reventar. —Se acarició su vientre mientras su padre la besaba en la mejilla. —¿De dónde vienes?

—De ver a mamá.

—¿Y cómo está la bruja? —Su padre puso los ojos en blanco. —¿Qué está maquinando ahora?

—Está loca por venir a verte y tu marido también.

—Que se hagan compañía en sus maquinaciones —dijo sin darle importancia cogiendo el enorme vaso de agua con hielo que le tendía el esclavo. Bebió con ganas y se lo terminó dejando caer el hielo sobre su pecho —. Uff, qué calor —dijo exasperada—. ¡Esto es como llevar un horno encima! ¡Ice!

—Todavía no. —Pasó otra hoja.

—¿Y cuándo va a salir?

—Cuando llegue la hora.

—¡Pues dame una pista! —Su padre se echó a reír. —¡No tiene gracia! ¡Estoy agotada!

Ice la miró muy seria e hizo un gesto para que el esclavo saliera de la laguna de inmediato mientras su padre acucillándose a su lado se preocupaba al verla a punto de llorar. —Hija, queda muy poco.

—¡Sí, pero es que tengo muchísimo calor y tengo hambre todo el tiempo! ¡Incluso cuando duermo! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Quiero que me lo saquen ya!

Ice se tiró al agua y se acercó a ella todo lo que pudo cogiendo su mano. —Muy bien. Vamos.

—¿A dónde? —preguntó su padre asombrado.

—Necesita relajarse. Hace tres días que no sale.

—¿Pero es seguro? —Roberto miró a su alrededor. —Llamaré a los tritones.

—No pasará nada. Vamos.

Sin pensárselo se tiró al agua y su amiga la ayudó a quitarse la túnica sujetando su tridente. —Vamos a disfrutar un poco.

Ice sonrió y salió de la laguna mientras Roberto gritaba —¡Tener cuidado!

En cuanto salieron Ice le guiñó un ojo. —¿Te apetece una ostra?

—Claro.

Fueron hasta el Ártico Norte y disfrutaron de su paseo. Ice le trenzó el cabello anudando en él varias perlas. Estaban a punto de volver e Ice le cogió la mano para que el tridente las llevara. —Nunca olvides que siempre estaré de tu lado.

Extrañada apretó su mano. —¿Por qué lo dices?

—Vas a tener un hijo y van a cambiar muchas cosas, pero yo siempre estaré ahí. Puede que no me veas, pero lo estaré si me necesitas.

—Estarás ahí porque no quiero que te separes de mi lado.

—A veces las circunstancias obligan a una separación. —Sonrió antes de besarla en la mejilla. —Pero si me necesitas sólo tienes que llamarme.

—Lo mismo digo.

—Debemos volver.

Patricia asintió tirando de su mano y el tridente las llevó de vuelta. Estaban pasando al lado del barco hundido cuando vieron a una mujer caminando sobre la arena. Patricia se tensó al reconocer que era Lunai, la esposa de Poseidón. Se detuvo a unos metros mientras Lunai se volvía y al reconocerla se tensó. —¿Qué haces aquí?

—A mí no me has expulsado de los mares. ¿Se me prohíbe ir a verte?

—¿Ibas a verme?

—Ahora diriges los mares como si fueras un Dios. ¿Se supone que si hay un problema no debo hablarlo contigo?

—Pues habla de una vez —siseó apretando el tridente mirándola con desconfianza.

—No te das cuenta de lo que estás provocando, ¿verdad? Ignoras las mareas y no provocas tormentas. ¡Estás alterando el equilibrio!

—¿Por qué dices que lo estoy alterando? No intervengo, que es distinto.

—Pero Poseidón intervenía para mantenerlo precisamente. No provocas tormentas y los barcos salen a faenar. ¡Están arrasando con todo! ¡Dentro de unos años no habrá pescado que llevarse a la boca y la flora lo invadirá todo! ¡Mira a tu alrededor! Ya está cambiando.

Se volvió para darse cuenta que había menos peces que de costumbre. De hecho, el casco del barco estaba lleno de algas, cuando antes no las había. ¿Había cometido un error? Cuando cogió el tridente no pensaba que tendría que encargarse de esas cosas y nadie le había enseñado cómo se usaba aquel chisme.

—Lo arreglaré.

—¡Pues más te vale que empieces cuanto antes! ¡O mejor devuélvele el tridente a su dueño!

—¡Poseidón no volverá al mar mientras yo viva!

—Eso tiene arreglo —dijo Lunai con odio antes de que algo se le clavara en la espalda a Patricia cortándole el aliento.

Atónita llevó su mano allí y sintió que era un arpón. Miró a Ice y gritó de dolor al ver que un arpón le había atravesado el pecho. Su amiga sonrió con tristeza antes de susurrar —Siempre estaré contigo.

—¡No! —gritó haciendo retumbar el fondo marino con fuerza viendo como su amiga se moría e ignorando el dolor que le recorría porque sentía otro mucho más profundo.

Algo tiró de ella con fuerza y el desgarró que sintió en su interior hizo que tuviera que soltar el tridente que al caer a la arena retumbó como un trueno que caía con fuerza sobre sus cabezas. Tiraron de ella hacia atrás llevándosela y alejándola de su amiga que flotó en el agua. Gritó de nuevo y el barco volcó estremeciéndose con fuerza por la fuerza de su voz.

Intentó mirar hacia atrás, pero volvieron a tirar con fuerza de ella provocando que se desmayara de dolor.

Al despertar sentía todo el cuerpo dolorido y ante ella estaba Poseidón observándola con satisfacción en los ojos con su tridente en la mano. Fue consciente que estaba atada a dos postes con los brazos abiertos y que seguramente estaba dando a luz porque su vientre se encogía con fuerza. Cerró los ojos intentando concentrarse y los volvió a abrir esperando a que la matara. Sólo esperaba que no se diera prisa para poder parir y que al menos su hijo se salvara.

—¿Creías que podías ganarme? —Su mujer se acercó a él y le acarició en el pecho mirándolo enamorada. —Mi esposa me ha echado de menos. ¿Creías que ella no haría nada?

—Zeus te prohibió tocarme. Tocar a cualquiera de mi familia y habéis matado a Ice.

—Ella no era de tu familia y yo no he matado a nadie —dijo divertido.

—Ya veo. Sabes moldear la ley a tu gusto.

—¡La ley! —gritó Poseidón—. ¡La ley en los mares soy yo! ¡Vas a arrepentirte de haberme llevado la contraria! —Miró a su mujer y le acarició la barbilla. —¿Crees que queda mucho?

—Está a punto de parir. —Sonrieron con malicia y a Patricia se le pusieron los pelos de punta.

—¿Qué pretendéis?

—¿Crees que vamos a matar a un semidiós que domina las mareas? —Lunai se echó a reír a carcajadas. —No somos estúpidos. Nos será muy útil.

Sabiendo que tardarían unos minutos miró a su alrededor y vio que estaban detrás de la enorme casa de Poseidón. Aunque gritara no conseguiría nada porque no tenían nada encima que pudiera caérseles. Nerviosa miró a su izquierda y vio algo que le llamó la atención. Una cola verde estaba entre la barrera de algas. ¡No! Gritó interiormente muerta de miedo porque sin el tridente todos morirían si atacaban.

Entonces miró el tridente y siseó furiosa —¿Estás seguro que el tridente te obedece?

Poseidón se echó a reír y ella aprovechó ese momento para susurrar —Vuelve a mí. Eres mío. Vuelve a mí. Ayúdame a salvar a los míos.

El tridente tembló visiblemente en la mano de Poseidón, que lo miró

sorprendido apretándolo con fuerza. —¡Lucha! —gritó ella provocando una onda expansiva que desestabilizó a Poseidón que trastrabilló hacia atrás mientras que su mujer salió despedida varios metros—. ¡Lucha por mí! — Entonces recordó las palabras de Ice y empezó a tararear una canción de Shakira porque no recordaba otra. Asombrada vio como el suelo empezaba a temblar con fuerza y Poseidón caía al suelo. Tarareó más fuerte y entonces los tritones salieron de su escondite. Y eran cientos. No solo tritones. Las sirenas también les acompañaban y Poseidón intentando ponerse en pie, miró a su alrededor asustado mientras intentaba aferrarse a su tridente que daba tirones con fuerza. Ella mirando a su alrededor siguió cantando y al ver a Mario acercándose a toda velocidad casi pierde el aliento. Varios cogieron a la mujer de Poseidón que intentaba huir corriendo. Los tritones rodearon a Poseidón y Mario llegó hasta ella cortando la cuerda que tenía en la muñeca derecha.

—Sigue cantando, nena.

—¿Y si les hago daño?

—Llama al tridente. ¡Tienes que arrebatárselo! —Cortó la otra ligadura y la cogió por debajo de las axilas y ella gritó de dolor cuando sintió su pecho sobre la herida de su espalda. Ese sonido hizo que el tridente saliera despedido de la mano de Poseidón sobre el que se tiraron los tritones. El Dios gritó elevándose de golpe mientras los tritones salían despedidos.

—¡Patricia! —gritó Mario asustado sujetándola.

Ella alargó la mano sin perder de vista a Poseidón y gritó con fuerza abriendo un tubo de aire entre ellos antes de coger con fuerza el tridente y decir —¡Aprésalo! —Dirigió el tridente hacia él y un rayo salió de sus tres puntas uniéndose al llegar a su Dios y rodearle varias veces impidiéndole moverse justo antes de que ella agotada cayera sobre los brazos de Mario.

—¡No, nena! No te desmayes ahora —dijo preocupado a su oído—. Tienes que resistir. —La cogió en brazos y ella gritó tocándose el vientre con fuerza. Mario palideció cuando varios tritones salieron despedidos del impulso. —Patricia no grites. —Ella gimió entre sus brazos. —Eso es, nena. —Miró a su alrededor y su padre se acercó nadando hacia ellos. —Está de parto.

—¿Ahora?

Su madre apareció tras él tímidamente y susurró —Hija, ¿te duele mucho?

—¡Sacármelo ya! —Sus caras temblaron por la vibración del agua.

—Mario, ¿qué hacemos? —gritó un tritón señalando a Poseidón que intentaba soltarse.

—¡Llevarlo a la cueva de las Bermudas!

El tritón sonrió. —¿Cerramos la cueva?

—Por supuesto. Y esconder la entrada para que nadie la encuentre.

Patricia respiró jadeante antes de gruñir encogiéndose de dolor y su madre chilló. —¡Son muy seguidas!

—No puedo —dijo agotada antes de echarse a llorar de la frustración que sentía por no tener fuerza.

—¡Súbela, Mario!

Pálido nadó a toda prisa y justo antes de llegar al túnel Patricia le agarró por el cuello con fuerza empujando sin poder evitarlo. La sangre comenzó a manar de ella y Mario se asustó deteniéndose justo antes de que Patricia enterrara la frente en su cuello y gritara contra su piel amortiguando el sonido justo antes de que su bebé saliera. Su madre lo sujetó emocionada abrazándolo con ternura. —Tiene la cola plateada.

—Mario... —susurró contra su piel antes de perder el sentido.

Le dolía todo e incómoda se intentó colocar boca arriba. Se le cortó el aliento por el dolor que le atravesó la espalda. —No te muevas, hija. Se te puede abrir la herida.

Abrió sus preciosos ojos cobrizos y vio a su padre sentado a su lado. —Me duele todo.

—El médico acaba de aumentarte la dosis porque te quejabas en sueños. Enseguida te encontrarás mejor. —Acarició su frente sonriendo orgulloso. —Lo has hecho muy bien.

Miró a su alrededor y vio que estaban solos. —¿Y lo demás?

—Mario no quería que te alteraras si despertabas. Están con Marco.

—¿Quién es Marco? —preguntó confusa.

—Tu bebé. El niño más hermoso que jamás haya dado a luz una sirena.

Parpadeó procesando esas palabras. —¿Cómo que Marco? Se llama Ian.

Su padre carraspeó y se levantó lentamente. —Hija, es privilegio del padre ponerle el nombre.

—¿Se llama Ian! ¿Quién se cree que es? ¿Se larga durante meses y porque me haya cogido en brazos se cree que tiene derecho a ponerle el nombre? ¡Soy yo quien lo ha parido! ¡Se llama Ian! —Su voz retumbo en la habitación resquebrajando una pared y la puerta se abrió de repente dando paso a Mario que llevaba a su bebé en brazos.

—Los gritos me han indicado que ya estás despierta, nena. Y como ya estás alterada he decidido entrar.

Entrecerró los ojos por su ironía. —Dame a mi hijo.

Mario se acercó y se lo colocó en brazos. Se quedó sin aliento viendo el pelito moreno que tenía en la cabeza y acarició su mejilla con ternura ignorando a quienes la contemplaban. —Es cierto lo que dice el abuelo. Eres tan hermoso que quitas el aliento Ian.

—Se llama Marco.

—¿Y eso quién lo ha decidido? —preguntó irónica levantando la mirada hasta él. Dios, estaba guapísimo. No como ella que debía estar hecha un desastre. Y encima ya no era dorada como a él le gustaba, sino que su pelo seguía cobrizo.

—Lo he decidido yo que soy el padre. ¿O también vas a discutirme eso?

—Eso no tiene discusión, pero respecto al nombre...

—Es privilegio mío y ya está registrado. —Abrió los ojos como platos. —¡Llevas tres días inconsciente! —le gritó como si ella tuviera la culpa—. Así que ahora no te quejes.

—Mario... —dijo su padre incómodo—. Casi se muere.

—¿Crees que no lo sé?

Sorprendida vio que iba hacia la puerta y que estaba furioso. Increíble. Cuando salió dando un portazo, miró a su padre que se sonrojó ligeramente. —Está un poco nervioso con toda la situación.

Ella entrecerró los ojos. —¡Qué yo sepa, no debería estar aquí!

—Le avisó Ice.

Al recordar a su amiga sus ojos se llenaron de lágrimas. —Sabía lo que iba a pasar y se sacrificó para que cogiéramos a Poseidón.

—Lo sé. Me lo imaginé cuando vi su cadáver al poco de salir de la casa. Sabía que era una trampa, pero también conocía el resultado. Se ha sacrificado por todos nosotros.

—Pues no se va a quedar así. Coge al niño.

Su padre entrecerró los ojos. —¿Qué piensas hacer?

—¡Traer a mi amiga de vuelta! —Como no la ayudaba, sacó las piernas de la cama.

—¡No puedes meterte en el agua! Está en la isla y...

En ese momento se volvió a abrir la puerta y su marido entró con su madre y con su abuelo. —Aquí están los conspiradores —siseó fastidiada al ver su mirada de resolución—. ¿Qué queréis?

—Niña... tienes una boca —dijo su madre cruzándose de brazos.

—¡Coge a tu nieto y déjame en paz! —Alargó los brazos y su madre exasperada lo cogió mirando la cara del niño y sonriendo de oreja a oreja.

Mario se tensó al ver sus esfuerzos por levantarse de la cama. —No puedes levantarte. Has perdido mucha sangre Patricia.

—Métete en tus asuntos.

—¡Tú eres asunto mío! —gritó sobresaltándolos a todos.

Sus padres se miraron y salieron de allí tan rápido que ella casi ni se enteró mientras que su abuelo sonrió divertido. —Ponla en su sitio, Mario. Ya va siendo hora.

Jadeó indignada mientras que Mario se acercaba en dos zancadas y le subía las piernas a la cama de nuevo. Casi sin fuerzas no se pudo resistir demasiado y reprimió una mueca cuando su espalda tocó el colchón. —Serás idiota. ¡Me has hecho daño!

Mario la miró a los ojos sentándose a su lado y suspiró pasándose las manos por su pelo negro antes de observarla en silencio. Incómoda por su escrutinio se volvió dándole la espalda. —¿Crees que no lo sé? —susurró él

provocando que se le retorciera el corazón que pensaba que llevaba muerto meses—. Preciosa, no te pregunté lo de Nueva York por lo que sugirió tu madre, sino porque me sentía inseguro y quería saber si me amabas. —Apretó la sábana entre sus dedos. —Soy un idiota, ¿verdad? —Sintió como cogía un mechón de su melena. —Sentí como tu corazón se separaba del mío y me sentí impotente porque lo había hecho yo. Parece que no hago más que defraudarte.

—Quiero que te vayas —dijo con la voz congestionada de dolor.

—¿Qué querías que te dijera? ¿Que tu madre me pidió que te sedujera para ayudarte en tu transición? Había tantas mentiras rodeándonos, que habrías pensado que mis intenciones eran embaucarte.

—No quiero oírte —dijo con rabia—. Desaparece de mi vista.

—¡Y no era esa mi intención! ¡Cuando te dije que me ofrecí voluntario para protegerte, era así! ¡Llevaba años esperando que volvieras! ¡Pero ella era la reina! Hacía que le daba la razón porque quería estar a tu lado y ...

—¡Vete! —gritó desgarrada provocando que la pared de en frente se resquebrajara.

Sorprendiéndola la cogió por los hombros girándola y la abrazó con fuerza pegándola a su cuerpo. —No, nena —dijo angustiado—. No me voy a ir. Tendrás que matarme porque no me voy a ir voluntariamente. —La besó en el cuello desesperado por sentirla y a Patricia le dio un vuelco el corazón desgarrándola de dolor porque nunca sería capaz de matarle. El grito de la reina estremeció la casa hasta sus cimientos antes de caer desmayada entre los brazos de Mario, que asustado apartó la cara para mirarla. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver el rostro aparentemente sin vida de su mujer. —Mi amor, no me hagas esto. —La besó en la mejilla pegándola a él antes de que sus labios recorrieran sus párpados cerrados, su nariz y su boca. Acarició sus labios con ternura. —Lo siento. —Una lágrima de Mario cayó sobre sus labios y Patricia los separó suavemente provocando que la lágrima cayera en el interior de su boca. Mario se apartó para ver su cara y vio cómo su cabello volvía a cambiar de color lentamente hasta que pudo acariciar sus preciosos rizos rubios. —Nena, abre los ojos. Quiero ver esos preciosos ojos verdes. Los he echado de menos.

Pero ella no le escuchaba. Estaba viendo una luz maravillosa que estaba sobre ellos en su imaginación e intentó ver qué era. Cuando vio que de esa luz salía el rostro de Ice que sonreía con tristeza. —Hola. Marco es guapísimo. Lo

has hecho estupendamente.

—Ice... —susurró mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—, lo arreglaré. Te juro que...

—No prometas nada. No deberías hacerlo.

—¡Me dijisteis que yo debía seguir mi instinto y todos me influís constantemente para hacer lo que vosotros consideráis que está bien! ¡No quiero tu muerte!

Ice sonrió antes de echarse a reír a carcajadas. —Vale.

Parpadeó sorprendida. —¿Vale? ¿Ya está? ¿No vas a decirme que alteramos el equilibrio o cualquier otra chorrada?

—No. No estoy aquí por eso.

—¿Y por qué estás aquí? —La miró con desconfianza. —¿Estás aquí por Mario?

—Quiero que le hagas una pregunta.

—¿Qué pregunta? Además, tú ya sabes la respuesta. No me lées, que te conozco.

Ice jadeó indignada. —¡Encima que he liberado a tu pueblo!

—¡Lo he liberado yo! ¡Mejor dicho, el tridente! Con tu ayuda, claro.

—Vaya, gracias. —Ice chasqueó la lengua. —¿Le vas a hacer la pregunta o no?

—Si te empeñas....

—Pregúntale qué hizo el día que te enviaron a Nueva York.

—¡Era un niño! ¿Y si no se acuerda? Cuéntamelo tú y así no perdemos el tiempo.

—¡Pregúntaselo, Patricia!

—Qué mandona te estás volviendo. ¡Mira que no te resucito!

Se miraron a los ojos y se echaron a reír hasta que se calmaron mirándose a los ojos. —Siento haberte asustado. Pero déjame aquí unos días. Recupérate sin prisa y después haces lo que quieras.

—¿Cómo es eso?

—No está nada mal. Pero no puedo contarte nada. Lo descubrirás tú misma dentro de muchos años. Ahora tengo que irme. —Empezó a difuminarse, pero volvió. —¡Ah! Y si Mario se resiste a contarte lo que pasó aquel día pregúntaselo a tu madre.

Antes de poder replicarle su amiga desapareció y la imagen de Mario apareció ante ella pálido de miedo. —¿Qué ocurre? —preguntó al ver que estaba llorando.

Mario la abrazó con fuerza casi impidiéndole respirar y ella susurró —Me ahogas.

Él se separó en el acto y la besó por toda la cara. Sus manos temblaban y Patricia se estremeció al sentir sus labios. —No vuelvas a hacerme esto —dijo angustiada—. Creía que te había perdido. —La abrazó a él de nuevo como si no quisiera separarse de ella jamás y su corazón calentó su pecho.

—No vuelvas a mentirme.

—No lo haré.

—¿Qué ocurrió el día que me enviaron a Nueva York?

Mario se tensó y la apartó suavemente para mirarla. —¿Qué?

—¿Qué ocurrió el día que me enviaron a Nueva York?

—No entiendo muy bien a qué te refieres —dijo haciéndose el tonto—. Te subieron en un avión privado con tu abuelo y te fuiste.

—No, me refiero a ti. ¿Qué te pasó a ti ese día?

—¡Tenías seis años!

—Ya... —Le miró con desconfianza. —Y recuerda antes de hablar, que como me mientas en eso, no me verás más.

Mario apretó las mandíbulas y la tumbó sobre la cama lentamente. —No sé por qué quieres saber lo que ocurrió hace tantos años. ¿Y si no lo recuerdo bien? ¡Tenía seis años!

Tantas excusas la mosquearon y entrecerró los ojos. —Cuéntame lo que recuerdes.

Él se pasó la mano por el cabello y se volvió ligeramente como si no quisiera mirarla porque se sentía avergonzado. —¿Mario?

—Una limusina vino a buscaros. —Ella asintió porque estaba segura que

eso era verdad. —Subieron el equipaje y os fuisteis. Tu madre se echó a llorar cuando vio irse la limusina. Ya está. Eso es lo que pasó.

—¿Y qué más?

—No entiendo muy bien a dónde quieres llegar.

—Muy bien. Ya que no quieres ser sincero conmigo...

—¡Soy sincero!

—Puedes llamar a mi madre.

—Para qué.

—¡Quiero hablar con ella! Y que me traiga a Marco.

Pareció aliviado de que quisiera ver al niño y sonrió. —Claro. Ahora te lo traigo.

—No, quiero hablar con mamá. A solas.

—¿De qué?

—¡Eso es problema mío!

—¡Nena, estás insoportable!

—¡Muy bonito decirle eso a tu mujer!

Mario sonrió y se acercó a ella para cogerla por la nuca y besarla como si necesitara su sabor. Respirando agitadamente se separó lentamente y se miraron a los ojos. —Nena, te he echado de menos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿De veras?

—He soñado contigo todas las noches. —Besó su labio inferior. —¿Y tú?

—No, yo no.

Mario se apartó furioso. —¿Cómo que tú no?

—Le dije al tridente que me librara de lo que sentía por ti —dijo sintiéndose algo culpable.

—¿Que has hecho qué? —La cogió por los hombros con fuerza. —¡Pues ya lo estás arreglando!

—No sé... —dijo maliciosa—. ¿Y si no se arregla?

—¡Claro que se va a arreglar! —le gritó a la cara.

Reprimió la sonrisa que luchaba por salir y dijo como si nada —Mi madre...

—Coge el tridente y ...

—Uff, ahora no tengo ganas. —Mario la miró asombrado. —¿Me traes a mamá? No quiero gritar por si se me cae la casa encima.

Él apretó los labios impotente antes de gritar —¡Shine!

Patricia chasqueó la lengua al darse cuenta que no quería separarse de su cama. ¿Cómo iba a preguntar a su madre nada con él delante? Shine entró con el niño en brazos. —Menudo revuelo que has montado. Todos han huido de la casa en cuando se ha puesto a temblar.

—¿Algún desperfecto importante?

—¿Aparte de que has resquebrajado el mármol del suelo del hall que llevaba intacto desde que se colocó hace dos siglos? —Ella entrecerró los ojos cogiendo a Marco en brazos. —No todo está muy bien.

Ignorándola miró a su bebé y sonrió. —Hola, precioso.

—Nena, el tridente...

—Ahora no. Tengo hambre.

—No me extraña. Llevas días sin comer —dijo su madre—. Mario, ¿te encargas?

—¡La comida! —gritó sobresaltándolas. Se sonrojó ligeramente cuando Marco se echó a llorar y ambas le fulminaron con la mirada—. Será mejor que me encargue yo.

—Eso estaba pensando —siseó mientras le veía ir hacia la puerta.

—No puedes cargar al niño con la espalda así. —Su madre se lo cogió y empezó a acunar al niño para que se calmara.

—Mamá, ¿qué ocurrió el día que me enviasteis a Nueva York? —Su madre se detuvo en seco y volvió la cabeza para mirarla.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué le ocurrió a Mario? ¿Qué pasó ese día?

—Oh, chiquilladas. —Se sonrojó y miró a su nieto. —Eso es, precioso. Duérmete.

—Mamá...

Su madre suspiró. —¿Quién te lo ha contado?

—Nadie.

—No quiere que lo sepas. Le da vergüenza.

Eso la intrigó aún más. —¿Qué hizo?

—Te secuestró. —A Patricia se le cortó el aliento. —Te cogió de la cuna y se fue contigo a Nápoles porque tú ya no eras una sirena en ese momento. Tardamos dos días en encontraros. El muy pillo lo tenía todo pensado. Estabais en casa de unos familiares que en ese momento estaban de viaje por Europa. Fue una suerte que Daniel se hubiera acordado de eso, porque no había dejado pistas. Incluso tenía suficiente dinero para manteneros una temporada.

—¿Me secuestró?

—Y no solo eso. Cuando os ibais, se escondió en el capó, pero el chófer lo encontró al meter tu bolsa de viaje.

—¿Se quería ir con nosotros?

—¡Y eso que estaba encerrado en una habitación hasta que te fueras! —Entrecerró los ojos. —Ahora que lo recuerdo, nunca averigüé cómo lo había hecho. Bueno, da igual. Se pasó llorando todo el día cuando os fuisteis. Nadie podía calmarle. Después empezó a entrenarse y se olvidó del asunto. Chiquilladas. —Le advirtió con la mirada. —No se lo digas, porque le da vergüenza que se lo recuerden.

Impresionada miró a su hijo en sus brazos y entonces se dio cuenta de que Mario siempre había estado ahí para ella, aunque no lo supiera. La había intentado proteger siempre, incluso cuando no tenía edad para hacerlo. Y porque la protegía nunca le había dicho la verdad. Para no hacerle daño. Se mordió el labio inferior sintiéndose muy culpable. En ese momento entró Mario con una bandeja y se detuvo cerca de la cama en cuanto le vio la cara. Se tensó al ver la culpabilidad en sus ojos y fulminó con la mirada a su suegra que le miró asombrada. —¿Y ahora qué he hecho?

—¡Tener la lengua muy larga!

Shine se sonrojó y le dijo a su nieto —Vámonos de aquí que hay marejada.

Mario gruñó acercándose a la cama y se sentó a su lado dejando la

bandeja en sus rodillas. —Ven nena. Tienes que comer. —La cogió suavemente por los brazos y la incorporó para sentarla.

—¿Por qué?

Mario miró la bandeja. —Tienes varias cosas que te gustan. Pero una hamburguesa me parecía muy fuerte en tu estado. Tendrás que conformarte con el puré de guisantes.

No la miraba a los ojos y ella susurró —¿Por qué siempre has querido protegerme?

Sonrió con tristeza y cogió la cuchara. —Ya te lo he dicho.

Es cierto que se lo había dicho. Se había enamorado de ella nada más verla y desde ese momento hizo todo lo posible por protegerla. Se lo había dicho, pero ella lo había ignorado por todo lo que había pasado después.

Él acercó la cuchara a su boca, pero no la miraba a los ojos. —Vamos, nena. Tienes que recuperarte.

—Les seguiste la corriente para estar conmigo, ¿verdad?

Mario apretó los labios. —Se va a enfriar.

—Me lo dijiste, pero no te creí. Por eso estabas enfadado cuando me viste en el aeropuerto.

Mario dejó la cuchara y se levantó. —¿Quieres saber la verdad? La verdad es que cuando te vi por primera vez en aquella cuna, supe que estaba destinado a ti. ¡La verdad es que estaba desesperado porque era un niño y sabía que te iba a perder! ¡Así que te llevé conmigo, pero no sirvió de nada! —gritó furioso—. Y cuando te vuelvo a ver, no solo no me conoces, ni conoces nuestras costumbres, sino que sentía tal deseo por ti... —Se volvió deteniéndose y a Patricia se le llenaron los ojos de lágrimas al ver su impotencia. —No sabía cómo comportarme contigo. Nunca he deseado nada como deseaba estar a tu lado, pero a ti parecía que te daba igual. Te uniste a mí, pero ni te diste cuenta. ¡Sabía que en algún momento todo me iba a estallar en la cara, porque solo era un peón en los planes de tu familia! —Se volvió fulminándola con la mirada. —¿Cuando idearon el plan para que te revelaras contra Poseidón, yo solo quería saber si me amabas de verdad! —Patricia palideció. —No imaginaba que iba a pasar todo lo que vino después, pero me alegré. Sé que te sentiste dolida por todas las mentiras que te contamos, pero lo superaste y nos diste una lección a todos. Pero ...

—Seguías teniendo dudas de mí.

—Cuando me enteré de que estabas embarazada, me surgió la duda de que no me habías dicho que estabas embarazada porque querías huir con el bebé —dijo arrepentido—. Entonces recordé que un par de días antes, tu madre había hablado conmigo para que te preguntara si querías huir y darte la oportunidad para asegurarnos de tu reacción. Y te negaste a huir. Me sentí tan feliz... —Se pasó las manos por los ojos como si estuviera agotado. —No entiendo lo que ocurrió esa noche. No sé por qué te dije que me avergonzaba de ti, cuando nunca ha sido cierto. Lo hice para controlarte, supongo. No soporto la idea de que te vuelvas una reina caprichosa. Cuando te escuché hablar a Marla en ese tono, no pude evitarlo. —Suspiró sentándose de nuevo y apoyando los codos sobre sus rodillas mientras miraba al suelo. —Y después nos escuchaste hablar y todo salió a la luz. —Se apretó las manos con fuerza. —Y casi te pierdo por mi estupidez.

—La estúpida soy yo porque nunca he confiado en ti.

Mario sonrió con tristeza. —Eso también es culpa mía.

—No, es culpa mía por no guiarme por el corazón. —Alargó la mano y le acarició el cuello. —Mírame, mi amor.

Mario se volvió sorprendido y a Patricia se le llenaron los ojos de lágrimas porque no se podía creer que le amara. Sonrió con tristeza. —Cuando te vi en aquel aeropuerto, no me podía creer que tuviera la suerte de que fueras el nieto de Daniel. Me enamoré de ti en ese mismo instante y cuando me tocaste en la ducha unas horas después, mi corazón supo que era tuya. —Mario sonrió cogiendo su mano. —Pero vino todo lo demás y yo me dejé guiar por la cabeza en el lugar de hacerlo por lo que mi alma sentía hacia ti. No voy a negar que me sentí dolida cuando me enteré de que te habían ordenado que me sedujeras, pero si hubiéramos sido sinceros el uno con el otro, no hubiera estado meses separada de tu lado.

—No más secretos, nena. Te lo juro por lo más sagrado. —Se acercó y la besó suavemente en los labios. —Mi hermosa sirena.

Ella sonrió acariciando su cuello. —Te amo, recuérdalo siempre.

—Para siempre.

Epílogo

Sentada en el trono observaba divertida como Marco sentado en el suelo intentaba tirarle del pelo a Ice que estaba sentada ante él con su larga cola blanca rodeándolo.

—¡Niño! Menudo tirón de pelo —protestó su amiga divertida llevándose la mano al cuero cabelludo para masajearse—. Eres un poco cavernícola, ¿no crees?

Patricia se echó a reír justo cuando se abría la puerta y entraron varias personas, pero ella solo miró a los ojos a su marido, que sonrió prometiéndole con la mirada que aquello terminaría pronto.

—Mi reina... —Una sirena se arrodilló en el suelo ante ella.

—Dime, ¿qué ocurre?

—Tengo un problema muy serio con mis esclavos.

—¿No me digas? ¿Y eso es problema mío?

La sirena miró a Ice de reojo. —Es que el problema es su hermana.

Ice jadeó indignada desde su sitio, pero Patricia levantó la mano deteniendo sus palabras para mirar a la sirena. —¿Cómo te llamas?

—Liria, mi reina.

—Y qué problema tienes con los esclavos.

—El que tenemos todas —dijo Carla enfurruñada entrando en la sala—. Que todos quieren a Ice.

Su amiga la miró tan sorprendida que casi le entra la risa. —Es que Ice es una rareza.

—¡Vaya, gracias! —dijo su amiga enfurruñada—. ¡Yo no he hecho nada!

—¡Cásala mi reina o todos los tritones la pretenderán!

—Es culpa vuestra. Uniros y ese no os lo quitará nadie.

—¡Esto no funciona así! —protestó Carla—. ¡Ellos son nuestros esclavos!
¡Nuestros!

Mario carraspeó y su marido se acercó a ella sentándose en el brazo del trono para susurrarle al oído—Debes unirlos, cielo. Ya hay muchos conflictos por su causa.

—¡No! —gritó Ice alucinando—. Ni se te ocurra.

—Si ya sabes lo que va a pasar —dijo Patricia al ver su cara de miedo—. Tampoco es tan terrible estar unida. Le gritas y él te ignora. Se aprende rápido.

—Gracias amor.

Ella sonrió radiante. —No voy a contarle todo lo demás. Que lo averigüe ella.

—¡Patricia! ¡Hablo en serio!

—Tendrás que escoger. El otro día entraron en mi alcoba tres tritones para solicitar ser tus esclavos. ¿Cuántos tienes ya?

Ice se puso como un tomate. —¡Treinta y seis!

—Pues entre treinta y seis... ¿No te gusta ninguno?

—¡No!

—¡Pues haremos una fiesta!

Ice gimió mientras Mario reprimía una sonrisa. —Seguro que encontramos el tritón perfecto para ti.

—Gracias, mi reina —dijeron las tres sirenas a la vez encantadas de su decisión.

—Patricia... —Sus ojos coincidieron con los de su amiga. —No va a salir bien.

—¿Alguna desgracia que deba saber?

—No que yo sepa.

—Entonces lo pasaremos bien en la fiesta. No hay de qué preocuparse.

—¿Y si no lo encuentro?

—¡Entonces tendré que instaurar una nueva ley que diga que los tritones no se cambian como si fueran cromos!

—Desaparecer que la reina está cansada —ordenó su marido muy serio.

Mientras un esclavo se llevaba a Ice, su amiga le gritó —¡No tiene gracia Patricia! ¡El que vendrá, es idiota!

—Sangre nueva. ¡Estupendo!

Su amiga chilló de la rabia desde el pasillo y ella sonrió a su marido. — ¿Tengo aspecto cansado?

—Nunca has estado más hermosa —susurró el cogiéndola en brazos y sentándose en el trono con ella encima—. Es que quería estar a solas contigo.

—¿No me digas? —Le abrazó por el cuello. —No sabes cuánto me alegro de ello.

Entonces Mario colocó ante ella un hermoso anillo que tenía una esmeralda en talla baguete. —Mi amor. ¿Y eso?

—Como me has recordado cien veces. No tienes anillo de compromiso, así que ... —La miró a los ojos. —Patricia, eres la persona que más amo, mi amiga y mi compañera. Eres mi amante, mi confidente y la madre de mi hijo. Deseo atarte a mí de todas las maneras posibles, porque temo que algún día alguien se entere de que el verdadero amor lo tenemos nosotros e intenten arrebatarémoslo. Mi vida, ¿quieres casarte conmigo?

—Me casaría contigo mil veces. —Le besó suavemente en los labios. — Esto es perfecto desde que no hay secretos.

Mario se tensó y miró de reojo hacia la puerta. Patricia entrecerró los ojos. —¡No me fastidies, Mario!

—¡No es cosa mía! ¡Ella me ha dicho que todavía no cuente nada!

—¡Mamá!

Su madre entró en la sala y levantó la barbilla sin ningún sentimiento de culpabilidad. —¿Qué ocurre ahora, hija?

—No ha sido ella —susurró Mario.

—Claro que sí. Siempre está metida en todo. —La señaló con el dedo. — ¿Ahora que me ocultas?

Su madre hizo una mueca. —¡Oye que no tengo que contártelo todo!

—Nena, no ha sido ella.

—¿Pero no le ves la cara? Me oculta algo.

—Ha sido Ice la que no quiere que el embarazo se sepa aún.

Patricia abrió los ojos como platos. —¿Estoy embarazada?

Mario gimió. —No cariño, no estás embarazada.

Patricia suspiró de alivio. —Menos mal. Necesito un descanso. —
Entonces lo pensó y abrió los ojos como platos. —¡No! —Se llevó la mano al
pecho. —¿Ice? ¿De quién es?

—Cariño, no das una. —Mario reprimió la risa y confundida miró a su
madre que estaba muy interesada en la conversación.

—¿Quién crees que será, hija? —Se cruzó de brazos pensando en ello. —
¿No será Carla o Marla?

¿Por qué Ice no le iba a contar que sus amigas estaban embarazadas? No,
tenía que ser alguien más cercano, pero de mujeres solo estaban Ice, su madre
y ella. Si Ice no era y ella tampoco. Gimió mirando a su madre y Mario se
echó a reír besándola en la sien. Shine sonrió emocionada. —¿Quién es?
¿Quién es?

—Mamá, es mejor que vayas tú a sonsacar a Ice.

Su madre entrecerró los ojos. —No se me escapa el nombre. Te lo cuento
en la cena.

—Sí. Cuéntamelo luego.

En cuanto se fue miró a su marido que se echó a reír. —No tiene gracia.

—Mi suegro se va a poner como loco. —Patricia sonrió porque era
verdad.

—Loco le va a volver con sus antojos.

—Yo esa parte me la perdí. —La abrazó por la cintura. —Me la debes.

Acarició su mejilla con una triste sonrisa. —Haré lo que pueda para que
pases por eso.

—Lo sé. Pero no hay prisa. —La besó en los labios. —Tenemos todo el
tiempo del mundo. Te quiero.

—Y yo a ti, eternamente.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Elizabeth Bilford” o “Juramento de amor”. Próximamente publicará “Protégeme” y “Róbame el corazón”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de ochenta para elegir. También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.